



## LA CARTA DE LUTO.

(conclusion.)

### ABNEGACION.



UANDO la mente se halla excitada por una pasión profunda, todas las ideas, los mismos comunes actos de la vida llevan en sí el sello indeleble de esa fiebre misteriosa. Imagínase el objeto amado como espejo purísimo donde toma forma visible el esperado ideal, todo belleza, todo armonía, todo bien, todo virtud. Poetiza la imaginación sus más prosaicos detalles, y cuando una sombra empaña la hermosa visión, si al fin lógrase hacerla recobrar su candidez gloriosa, un movimiento irresistible de gratitud conmueve el alma. Creemos que no se ha manchado sólo para que nosotros podamos contemplarla pura y sentimos la necesidad de la adoración.

El privilegio de comprender y estimar esos movimientos íntimos del corazón no es por cierto patrimonio de las mujeres. Conmuévense más éstas con las pulidas exterioridades, y las declamaciones trágicas que con el severo silencio de una pasión elevada que juzga indigna de sí engalanarse con flores robadas al ingenio.

Sólo el hombre acostumbrado desde niño á mirar al cielo



para pesar los astros, á esperar al rayo para sujetarle y á contemplar el mar para vencerle, siente y comprende esas emociones; mas parece que bien tan grande lleve en sí propio el gérmen de los dolores más ásperos al alma.

---

El afecto de Valentin, nublado por el menosprecio que su alma honrada sentía considerando liviana é impura á la mujer amada, despertó más ardiente y poderoso que nunca al convencerse de su errado juicio. Al amor se unió la compasion, y á la compasion la gratitud, y la pasion, apoderándose por completo de aquella alma solitaria, tocó los límites del amor divino.

Sólo él adivinaba las mudas angustias, los arrebatados propósitos que cruzaban por la mente de María; él era el único que comprendía con terror la vacilante marcha de aquella mujer, á cuyos piés habían abierto un abismo el amor y la desesperacion.

No se renuncia á la dicha sino cuando tras largos combates la pasion se rinde á sí misma. Toma entónces el cansancio disfraz de virtud y quémanse los sueños de felicidad en estéril sacrificio sobre el austero altar del deber, murmurando no una oracion de gracias, sino una cobarde blasfemia.

María no la había pronunciado aún. Veía posible su felicidad, aunque para lograrla hubiera de pasar el dintel de la deshonra, y el problema se había planteado en su mente claro y espantoso: Eterna desdicha ó deshonor eterno. ¡Terrible alternativa!

---

La tarde avanzaba. María, sentada junto á un balcon, escribía. Su mano corría rápida por el lustroso papel con movimiento convulsivo. Firmó. Levantóse vivamente, tomó un sobre, puso el sobrescrito y cerró la carta. En su semblante se leía la dureza de una determinacion irrevocable. Nadie al verla hubiera dudado de que su porvenir iba en el frágil mensaje.



D. Antonio y Valentin aparecieron en la puerta. Aquél se llegó á su hija y la besó en la frente, ella cerró los ojos, se estremeció y la carta cayó de sus manos como un mal pensamiento en el olvido.

¡Pobre D. Antonio! Él nada sabía, y sin embargo, con un beso suyo había salvado su honra. Los ángeles se regocijaron en el cielo. Su hija le estrechó en sus brazos.

—¿Estás bien? la preguntó.

—Sí, padre mio.

—¿Qué hacías?...

—No sé. Estaba distraída.

—Aquí te traigo á Valentin, que viene á comer con nosotros, y te dará conversacion miéntras me mudo.

Valentin extendió la mano y María la estrechó con afecto.

—Vaya, vengo en seguida, continuó D. Antonio; entre tanto quiero que la convenza V. de que debemos ir á Portugal. El calor se ha adelantado y en Madrid el verano es irresistible.

—Pero...

—Nada, díselo á Valentin. Tiene mis plenos poderes.

Quedaron solos. María no se atrevía á dar un paso, procurando ocultar con su falda la carta. Valentin la miraba en silencio. De pronto se inclinó y cogiendo el perfumado sobre, que conservó en su mano, preguntó á María:

—¿Me permite V. romper esta carta?

María vaciló, y por fin le dijo:

—Sí, rómpala V. No puedo más. Y cayó en un sillón.

—¿Me permite V., María, que yo la hable, que yo la diga para quién es esta carta y lo que dice?

—No, Valentin, me avergonzaría... ¡Soy tan desgraciada!

—Lo sé, María, lo sé, y porque lo sé quiero consolarla, quiero ayudarla, quiero compartir con V. su propia salvacion.

—No, para mí ya no hay salvacion. Criminal ó infeliz, todo es ya imposible. Mi vida no puede ser más que una eterna desesperacion ó un remordimiento eterno. He puesto el pié en el abismo, dudo de mí, dudo de todo. No hay salvacion. Antes de escribir esa carta he llamado en mi ayuda



todo lo bueno, todo lo honrado, todo lo santo, y todo ha sido vencido en mi pecho por este amor del infierno. Mi espíritu ha caído, mi alma se ha manchado. Comprendo mi yerro y mi ingratitud, me avergüenzo ahora de ello; pero sé que mañana volveré á luchar, volveré á ser vencida y escribiré de nuevo. He transigido una vez con la deshonra y la infamia y estoy perdida.

—Más bajo, por Dios. Su padre de V. puede oírlo.

—¿Y qué importa? Tarde ó temprano ha de recibir el golpe. Porque yo me ahogo, me muero y no quiero dejarme morir. Quiero vivir un día, un día nada más, aunque me cueste una eternidad de sufrimientos. ¿Sólo para mí no ha de haber felicidad en la tierra?

—Cálmese V. Oiga por un momento la voz de la reflexión. Dice V. que ha caído... No. Su alma de V. ha desmayado; pero un momento nada más, y ese desmayo ha de servirle á V. de provechosa experiencia y de fuerte muro en las luchas venideras. ¡Se avergüenza V.! No, también el espíritu tiene sus noches. El soldado valiente cobra en la derrota ánimo y brío para vencer; sólo el cobarde desmaya para siempre, una vez vencido. Aún hay dichas, y dichas honradas é intensas, para V. en el mundo. La ventura de la mujer está en el hogar y V. no le tiene aún. Usted vencerá esa pasión, y aún mal domada, encontrará en sagrados deberes escudo contra sus desfallecimientos. Si un día llega á ser ángel custodio y señora de un hogar, guardadora del nombre y de la honra de un hombre bueno y confiado, al calor de aquellas estrechas paredes se fundirá esa pasión insensata, convirtiéndose en vivísima satisfacción de sí misma, como el sucio mineral se funde en el crisol para dejar el oro puro.

—¡Hogar! ¡Familia! ¿Á quién podré yo querer ya, ni quién querrá confiarme su honra y su nombre si yo no he de ocultarle mi cariño por Fernando? ¿Cómo mis labios han de jurar fidelidad y amor á otro? Sería yo muy infame y él muy torpe.

—¡Ay, María! Los afectos imposibles duran poco, y usted puede encontrar quien arrostrando noblemente inmensos



peligros, quiera hacer de su vida un sacrificio para salvarla de esa locura. ¡Qué hermosa empresa y qué digna de un alma levantada! Colocarse entre V. y ese hombre como imposible cariñoso que rechaza acariciando; lograr que un día hijos inocentes y amantes pronuncien el nombre de V. como una oración, ese nombre que hoy V. pretende cubrir de luto; verla á V. feliz y honrada y decirse: ¡eso es obra mia! ¡Mi cariño y mi lealtad la han salvado; no se ha manchado por no mancharme!... ¡Qué sacrificio no compensaría tanta dicha! Ver á su padre de V. vivir feliz y morir tranquilo cuando hoy le amenaza una desdicha tan grande... Y eso es posible, porque V. es buena, no hay en su alma un solo sentimiento, no hay en su mente una sola inclinación indigna. Yo lo sé bien, porque hace mucho tiempo que yo vivo la vida de usted, que los pensamientos de V. repercuten en el mío, que contemplo y lloro sus dolores, que aún los celos no han logrado borrar en mi alma la alegría de sus alegrías, y yo hubiera sido feliz viéndola á V. dichosa, porque en medio de las dudas más terrible no he podido ahogar este afecto inmenso y único que llena mi alma.

Yo me siento capaz de hacer que V. olvide, que V. viva sin desventuras y sin remordimiento. Usted necesita un apoyo, yo la ofrezco el mío. Nada exijo hoy, ni amor, ni compasión, ni olvido, sólo la pido valor. Para el que quiere como yo, no hay nada imposible. No me quejaré si salgo vencido en la lucha, me culparé á mí mismo por no haber sabido lograr la victoria, por haber sentido la presunción de realizar una empresa para la que no habré tenido fuerza bastante. Decida V., pues. Si acepta, yo me sentiré orgulloso de su confianza; una negativa no me humillará ni hará menguar en nada mi cariño: la he merecido.

María escuchaba atónita. Lo inesperado é inconcebible de aquella revelación, lo extraordinario de aquel amor que sólo hablaba de deber y de sacrificios, la ardiente palabra y persuasivo semblante de Valentin la llenaban de confusión. Contrastaban de tal modo aquellas ideas con las que cruzaban por su pensamiento, que parecíale sueño lo que oía.

El momento era solemne. Valentin, dejándose llevar por



el sentimiento que le animaba, había dado un golpe hábil. En las crisis del alma la resolución más absurda es probable. La razón pierde su imperio y el sentimiento rige las acciones con su arrebatado impulso.

—Pero lo que V. me propone es una locura, respondió María.

—¿Acaso es sensato lo que V. piensa? Locura por locura, la que yo le ofrezco es una locura honrada. Usted lo confiesa: ni su rígida educación, ni su alma purísima, ni el amor de su anciano padre son lazos bastantes para detenerla en un camino fatal; yo la ofrezco un nuevo deber que hollar, una inesperada resistencia que vencer, más fuerte porque tendrá algo de voluntaria, más poderosa porque aún no ha luchado usted con ella. Al unirse conmigo, la alegría de su padre aumentará el cariño que V. le profesa; la idea de que en su deshonra va envuelta la mía, se la hará ver más repugnante, y V. se vencerá. Yo, conociendo el riesgo, le combatiré con mejor éxito, y ¡quién sabe! acaso un día vendrá V. á mí arrepentida de haber soñado una locura que había de hacer imposible la dicha de V. y la de todos los que la rodean. Un esfuerzo; los dolores imaginados son siempre mayores que la realidad. Dos caminos tiene V. abiertos: allí una dicha efímera y vergonzosa, el remordimiento eterno, el pesar incesante; aquí la paz de la conciencia, el aprecio de sí misma la virtud y la dignidad sin mancha. Allí los hijos se avergonzarán de su madre, el hombre querido dudará de V.; aquí los hijos serán palma y corona, y yo no podré desconfiar nunca. ¿Qué otro afecto vencerá su virtud cuando haya triunfado de este?...

—¡Sí, hija mía! ¡Sí, hijos míos! Así será, exclamó D. Antonio entrando precipitadamente y abrazando á los dos. El alma de tu madre hablaba por boca de Valentin. Ya sabía yo que ella no abandonaría á su hija. Ven, María, ven, arrodillémonos todos. Dale las gracias á aquella hermosa sombra de nuestra perdida felicidad. Lloro, pero jura ser la esposa de aquel que ella te envía para salvarle.

—¡Lo juro! exclamó María, pero pronto, muy pronto.



## DOS NOTICIAS.

*La Correspondencia* del 21 de Junio de aquel año publicó los dos sueltos siguientes:

«Hoy se ha celebrado el enlace del conocido hombre de negocios don Valentin San Juan con la bella hija del rico propietario D. Antonio García Cuenca. Después de la ceremonia el padre de la desposada obsequió á las personas invitadas con un espléndido almuerzo. Los recién casados han salido en el *expres* del Norte á uno de los establecimientos de baños de Guipúzcoa.»

---

«En el *expres* de esta tarde ha salido para Italia el jóven conde de... aún convaleciente de la grave enfermedad que ha puesto en riesgo su vida. Numerosos amigos han acudido á despedirle á la estacion.»

---

Iban en el mismo tren. Quizá no les separaba sino una ligera tabla, y sin embargo ¡cuán léjos estaban uno de otro!

---

Fernando volvía á la embajada de España en Roma. Quería apartarse de Madrid, donde alguna vez podía encontrarse frente á frente con la mujer á quien había engañado. De aquel drama que él recordaba como sueño lejano no quedaba en su alma más que un culto religioso por María. Había huido de saber noticias de ella, temeroso de renovar con una imprudencia su dolor, y á veces, volviendo al cielo su espíritu, cosa que los hombres hacen sólo cuando una desgracia



irremediable doma su orgullo, confiaba en que Dios premiaría la virtud de aquella mujer y compensaría el mal que él la había causado, concediéndola una vida tranquila y feliz.

Colgado al cuello, en un relicario que su madre le había puesto cuando niño, y mezclado con cabello de la santa mujer cortado por la mano del hijo cuando ya la muerte había dado fin á una vida de caridad y de amor, llevaba el retrato de María y aquel nardo seco que durante tres años se había entibiado al calor dulcísimo del seno virginal de la mujer amada.

Había renunciado á toda esperanza, pero no á amarla.

Y sin embargo, no habían faltado Evas tentadoras que encendiéndose en repentino amor por el héroe de aquella revista de la semana publicada meses ántes, le ofrecían dulces consuelos á su desventura.

La condesa de... ponía á su disposición la bella y alegre quinta de..., donde ayudarían á la convalecencia, á más del aire puro y los fragantes bosquecillos, frecuentes y cariñosas visitas de la propietaria.

Otra le suplicaba no fuera ingrato y se dejara ver, indicándole á qué horas estaría solo en casa.

Y una antigua amante le escribía apasionadas cartas, jurándole, por la memoria de su hijo muerto, que ya no sería infiel más que á su marido.

Fernando no había aceptado ni la quinta ni la cita ni la fidelidad que le brindaban, y marchaba á Italia, en cuyo cielo azul podrían fijarse sus ojos con delicia mientras pensaba con amargura en dulcísimos recuerdos y en sueños ya desvanecidos.

María y Valentin huían también de Madrid.

Uno y otro permanecían en silencio después de algunas palabras de cortesía cambiadas con sus compañeros de viaje, silencio interrumpido solamente por alguna cariñosa atención de Valentin hacia su esposa.

María pensaba, pero sus pensamientos de aquella hora sólo Dios puede saberlos; la mano grosera del hombre, levantando el velo de aquella mente agitada por tan diversas emociones, profanaría acaso el dón más hermoso que el cielo ha concedido á la mujer.



El sacrificio se había realizado; ¿tendría recompensa?

¡Desgraciado del que busca en la tierra premio á la virtud ó compasion de la desventura! ¡Feliz del que espera encontrarlos en otra parte!

Valentin, preocupado por distintos pensamientos, reflexionaba friamente definiendo su situacion, midiendo los peligros que había de evitar ó combatir, eligiendo prudentes caminos para conseguir que no fuera estéril su generosa acción.

Pasado el primer momento y casi olvidada la tiernísima escena en que María, hallando fuerzas en el cariño de su padre, había retrocedido en su loca decision, parecíale más terrible la lucha, más difícil la victoria. No se arrepentía, mas dudaba. Quedábale, sin embargo, una viva satisfaccion de sí propio, una decision invariable de cumplir su promesa y una esperanza cada vez más fuerte de llegar á conquistar el cariño de María.

Contemplaba, pues, á su esposa entre cariñoso y pensativo, tratando de adivinar los sufrimientos que la conmovían; pero la oscilante luz que se estremecía en el globo de cristal á impulso de los movimientos del wagon producía sobre su rostro una mezcla de luz y sombra que no dejaba ver claro los contornos ni la expresion, como si la casualidad quisiera reproducir en el semblante de la desposada la confusion de su mente.

Llegó el dia. María parecía dormir. Un rayo de sol, pasando á traves del cristal de la ventanilla, iluminó pálidamente aquella cabeza dolorida. Valentin la contempló con ansiedad y sintió sus ojos humedecidos. El amor despertó de nuevo, y sus dudas se disiparon como las sombras de la noche habían huido ante la luz de la aurora.

¡Amor! ¡Hermosa mentira! Tú eres el único sol que nutre y vivifica el alma. Tú eres la única luz que llega á ella á traves de la densa niebla de la vida social. Tristes y medrosos son tus ocasos, pero ¡qué hermosas son tus auroras!

Poco tiempo despues el tren se detenía ante la estacion de Vitoria. Valentin y María bajaron del wagon y tomando un carruaje se dirigieron á la fonda de Pallares, de donde pocas horas despues salían de nuevo en un carruaje que los debía conducir al establecimiento de X...



Fernando dormía cuando el tren se detuvo. Al arrancar de nuevo la máquina, un sacudimiento nervioso le despertó haciéndole sentir una conmoción extraña. Instintivamente se abalanzó á la ventanilla y miró á la estación. Sólo quedaban en ella los empleados de la vía y algunos mozos que conducían enormes bultos desde el andén al despacho de equipajes.

#### EL CORREO.

Quince días han transcurrido apenas desde la llegada de los nuevos esposos á X.

Algo de la paz de aquellos valles parece haberse infiltrado en el corazón de María. La vida monótona, el clima dulce y benigno, los paseos silenciosos influyen suavemente sobre una imaginación excitada; la desesperación se trueca en melancolía: dijérase que los sentimientos arrebatados sólo puedan existir bajo un cielo azul y un sol brillante. ¡Desconsoladora observación para los que dentro de sí creen llevar algo que no obedece á las leyes invariables de la materia!

Valentin, ya más confiado, se juzga completamente feliz, y ve el porvenir seguro. A sus apasionados transportes responde María con una cariñosa atención que le hace esperar que un día haya de crecer y convertirse en firmísimo amor. Sin embargo, las palabras, los actos, los pensamientos mismos de la esposa tienen algo de atonía, algo de automático: no habla, contesta; no camina, se deja llevar; parece que haya perdido la facultad de querer.

---

Son las doce de la mañana. La campana del comedor llama á los bañistas. María, apoyada en el brazo de Valentin, baja la escalera pausadamente. El cartero, que sube los escalones de dos en dos, se detiene al verlos y entrega á Valentin un pliego grande en el que, como todos los días, D. Antonio



escribe á sus hijos y les envía las cartas que les han sido dirigidas á Madrid.

—¿Quieres bajar sola?... Yo veré el correo, y si hay algo de particular te lo diré en la mesa.

—Como quieras, responde María.

—Pues en seguida bajo, vida mia.

Él sube precipitadamente rompiendo el sobre y entra en el cuarto, en tanto que ella desciende con calma y se detiene para saludar á algunos bañistas.

Valentin abre el sobre, del que caen encima de la mesa diez ó doce cartas, unas de ese papel azul cuadriculado, tan conocido en los escritorios, otras perfumadas y brillantes, luciendo vistosos monogramas, otras grandes y severas como un pliego oficial. Abre una y otra y otra, las hojea vivamente y va dejándolas aparte. Entre las que aún no ha visto se destaca un sobre de luto de ancha orla y con sellos del extranjero. Mira el sobre, lo vuelve buscando la cifra y al no hallarla rompe el crugiente papel. Desdobla el contenido, lee las primeras líneas y va á buscar con presteza la firma.

Sus brazos caen á lo largo del cuerpo, oprimiendo en una de sus manos el enlutado papel, y fijando la vista en un mueble queda abismado en honda meditacion.

¡Algun pensamiento espantoso hace contraerse su semblante y cerrarse sus ojos! Vuelve á alzar los brazos para leer, y los deja caer de nuevo. Por fin se decide y aproximándose al balcon lee.

La carta dice así:

«María: Dios ha tenido compasion de mí. Hoy puedo borrar mi crimen y hacerte dichosa. Soy libre. Yo sé que me amas, tú sabes tambien cuánto te quiero. Mañana salgo para Madrid.»

«Tuyo para siempre,

«FERNANDO.»

---

El golpe era espantoso. Todos los proyectos, todos los sueños de felicidad se habían desvanecido como sombras efímeras. Ya no era él el salvador y el apoyo de la mujer des-



valida, habíase trocado en odiosa barrera que la separaba de la dicha soñada. Convertíase el amor en remordimiento y la generosidad en crimen.

Imaginaba Valentin el disimulado odio, el escondido llorar, el solitario gemir, las criminales esperanzas que su esposa había de alimentar en su alma.

Consideraba qué suspicaz recelo había de reemplazar á su noble confianza, qué espantadizo cuidado, qué atenta malicia habían de hacerle amarga la vida y odioso el lazo que con aquella mujer le unía.

Él había sido hasta entónces la única valla que la separaba de la deshonra, y era ya la causa única que podía hacerla llegar á la infamia.

Veía ridícula su pretension y torpe su conducta. ¿Cómo no había previsto que lo que había sucedido pudiera suceder?

¿Qué hacer?

Ocultar á María aquella carta era una cobardía inútil. Tarde ó temprano había de saber la verdad. Llamarla, dársela á leer y esperar como una sentencia á sorprender en su rostro un pensamiento era ser cruel consigo mismo inútilmente.

¡Demasiado sabía que ella amaba á aquel hombre! ¡Y de qué modo!

Por otra parte, ¿no había él expuesto su honra por salvarla, por amor de ella? ¿Pues qué otra pérdida podría darle temor?

—¡Ahora, ahora! murmuró cubriéndose el rostro con las manos... Un año nada más y la victoria era mia... ¡Dios no lo ha querido!... Y me odiará, y yo lo comprenderé... ¡Imposible!...

Y dirigiéndose á una maleta que había en un rincon del aposento, la abrió con precipitacion, tomó de ella una preciosa pistola *Lafauchaux*, y la montó.

Luégo, como herido por una idea suprema, dejó el arma sobre la mesa, abrió la puerta y dió un paso para salir; pero se detuvo y, entrando nuevamente, fué á arrojarse sobre una cama sollozando. Sobre ella había dejado María su bata de mañana. Asíola convulsivamente, la estrechó contra su pecho y la cubrió de besos, repitiendo al mismo tiempo el nombre de la mujer querida... Levantóse despues, besó uno por uno



los muebles, los dijes esparcidos sobre el tocador, la almohada en que reposaba aquella hermosa cabeza, todo lo que ella había tocado, hasta la rama de un álamo que descansaba sobre el antepecho del balcon como para espiar cómodamente lo que dentro ocurría. Sobre un mueble se hallaba el rosario de María. Cogióle con cariño y respeto, volvió á tomar la pistola y se detuvo como si escuchara algo.

Pasó un momento.

Luego estrechó el rosario contra sus labios con una mano, y llevando con la otra la pistola á su sien disparó.

Giró sobre sí mismo y cayó pesadamente.

Pocos momentos despues llegamos todos. María fué la primera.

Vió la carta y comprendió el horrible sacrificio.

Y cayó sobre el cuerpo de su esposo hundiendo el negro cabello en la sangre que encharcaba la habitacion.

## FIN.

Pocas horas despues, el juzgado sellaba la habitacion donde había terminado el espantoso drama.

Las señoras que habitaban el establecimiento turnaban á la cabecera de María, que aún no había recobrado el sentido. Los hombres murmuraban en corrillos, y los criados de la casa pasaban silenciosos ocupados en sus faenas, pero amedrentados y sombríos.

A la mañana siguiente una triste comitiva salía del establecimiento, y cruzando por estrechos senderos, se dirigía al cementerio del pueblecillo inmediato, blanco y solitario recinto que, asentado sobre una loma siempre verde y rodeado de toscas cruces, guardaba el sueño eterno de ignoradas generaciones. A la sombra de sus paredes, pero fuera de ellas, fué depositado el cadáver de aquel hombre generoso, á quien la fortuna había negado su apoyo en una noble empresa, y la religion abrigo y respeto para sus huesos.



Yo le ví ántes de cubrir para siempre su rostro, y cuando ya la tierra había recogido en su seno maternal el cuerpo inanimado, grabé una cruz en el alto cipres cuya sombra había de cubrir durante muchos años la escondida sepultura.

.....  
 »Fernando de mi alma: Tambien yo he recobrado mi libertad; nada se opone á que realicemos nuestros sueños de amor, y sin embargo, ahora son más imposibles que nunca.

Cuando yo era libre tú estabas sujeto por un lazo que sólo podía romper la muerte. Quiso Dios que así fuera y quedaste dueño de tí; pero entónces otro lazo indisoluble hacía necesaria una nueva víctima para que nuestra felicidad fuera posible.

No más votos irrevocables. ¿Quién sabe si el que nos uniera mañana pudiera exigir otra vida?

Sólo en una forma, pues; podríamos realizar nuestro deseo. Nada me importaría la opinion del mundo ni me avergonzaría de una union fundada en el mutuo amor y la estimacion mutua; pero tambien esto es imposible. No quiero que sea estéril el sacrificio de aquel cuyo nombre llevo con orgullo.

Te quiere con toda su alma y te querrá siempre

MARÍA.»

15 de Noviembre de 1878.

J. CAMPO ARANA.







## MR. HERBERT SPENCER

### Y SUS PRINCIPIOS DE SOCIOLOGÍA.

---

**L**A sociología es una ciencia reciente. La idea de que las sociedades humanas presentan fenómenos sujetos á leyes constantes, no se entrevió siquiera en la antigüedad. Se ocuparon, ciertamente, los antiguos de las leyes políticas y de sus efectos: estudiaron el arte de actuar sobre los hombres, con ingeniosas legislaciones: *La Política* de Aristóteles nos ofrece un análisis exacto y profundo de todas las Constituciones conocidas en su tiempo. Pero esto se halla muy distante del concepto de un desarrollo progresivo de las sociedades, independiente de la voluntad humana. ¿Cómo podía formarse entónces éste, cuando la relacion de la causa con el efecto sólo se apercibía vagamente en los fenómenos de la materia, donde, no obstante, se presenta en forma más perceptible? Preciso era que la ciencia de la naturaleza se constituyera sólidamente para que se pudiese pensar siquiera en una ciencia social. Para que los hechos sociales sean objeto de una ciencia, es preciso admitir que obedecen á leyes ménos precisas acaso, pero tan inflexibles como las de la física. Es esta una nocion, que en nuestros dias empieza á penetrar los ánimos, aunque lentamente. No hay que sorpren-



derse. Hace apenas dos siglos que se han desterrado por completo de la física las cualidades ocultas : no debe extrañar que los hechos sociales, más complejos que los del mundo inorgánico, se atribuyan aún á causas misteriosas y que todavía no se haya conseguido descubrir su encadenamiento.

En el siglo XVIII se hicieron algunas tentativas en este sentido. Montesquieu, tratando de explicar la diversidad de las legislaciones por la influencia de los climas, y definiendo las leyes como «las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas,» presintió la posibilidad de una ciencia social ; pero se detuvo á los primeros pasos, encerrándose acto continuo en el estudio de lo que él llama leyes positivas, es decir, leyes establecidas por los hombres. La economía política fué una aplicacion más importante del método científico á los hechos sociales; pero una aplicacion limitada á un orden de hechos particulares, los que se relacionan con la produccion y la distribucion de la riqueza.

Augusto Comte es el primero que intentó abandonar en su conjunto todos los fenómenos que presenta el desarrollo de las necesidades. Él hizo circular la palabra *sociología*. Otros muchos penetraron tras él por esta vía: ninguno con más poder y autoridad que Mr. Herbert Spencer.

Los *Principios de sociología* de Mr. Spencer forman el coronamiento de su gran edificio de *Filosofía sintética*. Después de haber expuesto en sus *Primeros principios* el conjunto de su doctrina, es decir, la teoría de la evolucion; después de haber indicado en los *Principios de biología* y en los *Principios de psicología* las aplicaciones de esta teoría á los fenómenos de la vida y á los fenómenos intelectuales, emprende hoy la tarea de someterla los fenómenos sociales. Es, pues, imposible apreciar ni aún comprender los *Principios de sociología*, sin tener idea somera, cuando ménos, del conjunto del sistema cuya parte integrante constituye. Con esta razon nos escudamos para intentar aquí, no criticar y juzgar este sistema, sino recordar sus grandes rasgos é indicar en qué se distingue del positivismo, con el cual nos sentimos á veces inclinados á confundirle.



## I.

Hay ciertamente puntos de contacto entre ambas doctrinas. Mr. Herbert Spencer ha aceptado, casi por completo, la clasificación de las ciencias de Augusto Comte; admite, como él, la relatividad de todos nuestros conocimientos; pero no son éstos los rasgos originales y distintivos del sistema de Comte.

La clasificación de las ciencias, fundada en su dependencia recíproca, es un concepto sencillo y fecundo que empieza á prevalecer doquiera. La relatividad de nuestros conocimientos no se duda desde Kant, y las filosofías ambiciosas que pretenden llegar al absoluto, no consiguen triunfar de este obstáculo más que con esfuerzos de lógica.

El carácter propio del positivismo consiste en relacionarlo todo con el hombre: todo lo que no es fenómeno puro, todo lo que no cae más ó ménos directamente bajo el dominio de nuestra percepción, no existe á sus ojos. Para el positivismo, la religion y la ciencia son dos potencias enemigas que lucharán sin tregua ni reposo, hasta que la ciencia logre una victoria definitiva. Cada conquista científica es una derrota de la idea religiosa.

Para Mr. Spencer, por el contrario, no hay antagonismo fundamental entre la ciencia y la religion. Existe un terreno comun, en el cual puede y debe operarse la reconciliación. La ciencia, que sólo se ocupa de las apariencias, se ve obligada á reconocer que detras de las apariencias hay una realidad cuya naturaleza es absolutamente insondable. Ahora bien, este concepto de un poder incomprensible, es precisamente lo que sirve de base á la religion.

El conflicto proviene, pues, de una mala inteligencia: la religion ha querido ser científica y definir lo que es indefinible; la ciencia, por su parte, entra en el dominio religioso cuando toma por realidades las potencias hipotéticas á que se ve obligada á recurrir para explicar los fenómenos «y finge, sin decirlo, darse aires de saber algo de la naturaleza de estas potencias.» Estos desacuerdos de la religion y de la ciencia no



fueron nunca otra cosa más que consecuencias de su imperfección, y á medida que se acercan á su situación definitiva, establécese entre ellas la armonía. Cada conquista de la ciencia es un servicio que se hace á la religion: ésta, obligada á despojarse de sus elementos antireligiosos, se purifica y limita cada vez más en su dominio propio.

Fuera apartarnos de nuestro asunto seguir en sus consecuencias este concepto tan original y tan fecundo. Bástanos haber mostrado que la filosofía de Mr. Spencer es una reacción ofensiva del espíritu metafísico contra las tendencias exclusivamente científicas y positivas que parecieron prevalecer por un instante. Así, en Inglaterra, los discípulos de Augusto Comte reprocharon á Mr. Spencer el hacer retroceder el espíritu humano y hacerle abandonar el terreno sólido por que Comte logró llevarlo, haciéndole retroceder por la movediza arena de la metafísica.

Pero no puede prescindirse de la metafísica. Si el espíritu humano pudo alguna vez, al ver derrumbarse los sistemas en que se fió, sentirse acometida de desaliento, este desaliento nunca fué de larga duración. Nuestro siglo ha atravesado uno de esos períodos de laxitud. Háse dicho que la humanidad, ya en la edad madura y curada de las locas ilusiones de la juventud, debía renunciar á penetrar misterios insondables y contentarse prudente y modestamente en investigar las causas segundas. En vez de querer penetrar el secreto de la naturaleza, debiera tenerse por satisfecha con poder dominarla y utilizarla en su provecho.

Pero de todas nuestras ilusiones, las ilusiones metafísicas son las más vivas. Como las danaidas de Sully-Prudhonne, esclavas de un trabajo que no termina nunca:

Siempre decaen, pero risueña la Esperanza

Les dice siempre: Hermanas, volvamos á empezar!

Nuestro siglo, despues de haber proclamado que la era de la especulación estaba terminada, es testigo de uno de los más poderosos esfuerzos que se han podido hacer para reasumir en una ley única la explicación del universo. Sorprende que este movimiento nazca en Inglaterra, porque la filosofía inglesa tuvo hasta ahora una reputación de prudencia llevada



hasta la timidez, y el genio inglés parecía ménos inclinado á las audacias de la especulacion que á la observacion paciente, un tanto minuciosa, de los hechos. Sorprenderá ménos esta anomalía aparente si se considera que la filosofía nueva está asentada sobre el terreno de los hechos más sólidamente que ninguna otra. No es más que la prolongacion ideal de las grandes líneas de un edificio científico aún no acabado. No hace más que interpretar y recoger en una sola fórmula las leyes recientemente establecidas por la física y la biología.

La ciencia, en efecto, la ciencia positiva, acaba de invadir dominios que hasta hoy sólo parecieron accesibles á la especulacion.

Darwin ha transportado al terreno científico la antigua cuestion tan debatida en las escuelas de la Edad Media: ¿es realidad la especie? La doctrina transformista deja muy atras, no sólo el idealismo de los realistas, sino tambien el conceptualismo de Abelardo, y decide la causa completamente en favor de la hipótesis nominalista tantas veces condenada por los concilios.

El darwinismo cuenta aún entre los naturalistas tantos adversarios como partidarios. No es nuestro intento preguntar aquí á quiénes corresponde la razon: bástanos declarar que el problema más grande y difícil de la escolástica debátese hoy entre sabios, y para resolverlo, se acude, no á la razon pura, sino á la observacion y la experiencia. Ahora bien: el transformismo tiene analogías tan íntimas con la doctrina de la evolucion, que Mr. Spencer llegó hasta él ántes de Darwin.

La física tambien, estableciendo la ley de la transformacion de las fuerzas y de la conservacion de la energía, ha entrado en un terreno que en otro tiempo estaba reservado á la metafísica únicamente. El segundo principio fundamental de la teoría mecánica del calor va más léjos todavía: define la direccion en que se verifican las modificaciones del universo material, y permite discernir cuál fué su punto de partida y hácia qué fin tiende progresivamente. Bueno es repetir que esto no es metafísica, sino leyes científicas tan bien establecidas como las de Kepler.

La doctrina de la evolucion de Mr. Spencer es la generaliza-



lizacion de estos principios de física. De la indestructibilidad de la materia, de la continuidad del movimiento y de la persistencia de la fuerza, deduce, primero «la persistencia de las relaciones entre las fuerzas;» despues la ley segun la cual «todo se coloca en la línea de la menor resistencia ó en la línea de la mayor traccion, ó en la resultante de estas dos líneas.» Y demuestra la aplicacion de esta ley «á los movimientos de toda clase, desde los de las estrellas hasta los de las descargas nerviosas, ó los de las corrientes comerciales.» Establece, en fin, que todo desarrollo, el de una sociedad ó el de un sistema solar ó el de un sér viviente, supone un paso de la homogeneidad á la heterogeneidad, y de la difusion á la concentracion.

La evolucion es *una*. Ya se prosiga en el mundo inorgánico, en el orgánico ó en el mundo super-orgánico, obedece á idénticas leyes, ó más bien los desenvolvimientos que vemos manifestarse en estos tres mundos, no son más que los diversos aspectos de un solo y único desenvolvimiento. Las sociedades humanas desarrollándose, como las células vivientes agrupándose para formar plantas ó animales, como los soles desprendiéndose de la materia cósmica, son momentos diferentes de la evolucion del universo, que prosigue su marcha regular hasta el dia en que, llegado á su término, dé lugar á la disolucion.

De aquí resulta que debe existir, no sólo semejanza, sino identidad entre la organizacion de los animales y la de las sociedades. La biología nos da el secreto de la sociología. Mr. Herbert Spencer sigue este paralelismo en sus últimas consecuencias. Encuentra en las sociedades la analogía del sistema nutritivo del animal: la organizacion industrial y productiva. El aparato nervo-motor que procede á las funciones de relacion, corresponde de igual modo á la organizacion militar y gubernamental que tiene por objeto mantener á una sociedad en relaciones con las sociedades vecinas, poniéndola en estado de defenderse contra ellas.

Por último, el aparato circulatorio tiene por equivalente la organizacion comercial que realiza los cambios y transportes de mercancías.



La semejanza va aún más léjos. En las sociedades muy adelantadas, fuera de la organizacion reguladora general del gobierno propiamente dicho, se forma otro sistema regulador que rige la produccion industrial y el cambio de los productos. Así es como en los animales superiores el sistema nervioso de la vida orgánica ha llegado á ser independiente del sistema nervioso cerebro-espinal. Pudiérase, pues, sostener, exagerando un poco el pensamiento de Mr. H. Spencer, que las Bolsas y los Tribunales de Comercio tienen sus equivalentes en la organizacion fisiológica de los animales de gran tamaño.

De igual modo que los séres organizados inferiores se componen de un corto número de células, las 'sociedades primitivas se componen de un corto número de hombres. La formacion de sociedades más extensas resulta ménos de la extension de una de estas sociedades minúsculas que de la fusion de varias de ellas, realizada por la conquista. A la par que se engrandecen las sociedades, se complica su estructura. Las funciones gubernamentales se separan de las funciones industriales: establécese una jerarquía: la dependencia recíproca de las diversas partes de la sociedad se hace más estricta. Así véense formar sucesivamente sociedades *compuestas*, y despues sociedades *doblemente compuestas*, y al fin las grandes naciones civilizadas, que son sociedades *triplemente compuestas*. Pero hay que notar que una tribu no se convierte nunca en nacion por vía simple de acrecentamiento, y que una gran sociedad no se forma más que por la union directa de sociedades muy pequeñas. Es preciso pasar por los grados intermediarios; es preciso que varias sociedades *compuestas* se consoliden por la guerra, que desarrollen sus industrias y artes, que se conviertan de este modo en unidades para que puedan combinarse y formar por conquista ó federacion sociedades más complejas.

## II.

Por rapido é incompleto que sea el resúmen que acaba de leerse, permite formarse alguna idea del método seguido por Mr. Herbert Spencer. Los *Principios de sociología* no se sacan



de la observacion por la vía inductiva, y se deducen de la doctrina de la evolucion. No es esto decir que Mr. Spencer no se apoye en observaciones muy numerosas y sólidas, todo lo contrario. Trae en apoyo de sus afirmaciones una enorme masa de hechos, de ejemplos, de ilustraciones; une constantemente la induccion á la deduccion. Pero sabe de antemano las conclusiones á que debe llegar: la observacion no interviene más que para confirmar lo que sin ella se ha establecido. Ahora bien, como dijo Claudio Bernard, cuando se sabe lo que se busca, se encuentra siempre.

Trátese de sociología ó de cualquier otra ciencia, no se puede proceder más que por 'vía de la síntesis ó por la del análisis. Es preciso, ó bien elevarse del simple al compuesto, ó descender del compuesto al simple. Mr. Spencer hubiera podido tomar, como punto de partida, los fenómenos complejos que presentan las sociedades modernas, analizarlos, buscar uno por uno todos los elementos hasta llegar á los hechos primordiales, refractarios á todo análisis. Hubiera tenido así la ventaja de ir de lo conocido á lo desconocido. Este método, ménos ambicioso, hubiese sido al par el más seguro. Pero su sociología no es más que un fragmento de su gran «sistema de filosofía sintética.» Debió seguir para esta ciencia, aún embrionaria, la misma marcha que para las ciencias más adelantadas, empezando por buscar los factores originarios de los fenómenos sociales, estudiarlos aisladamente, demostrar cómo entran en juego para formar primero sociedades simples y luégo sociedades más complejas, llegando, por último, á explicar la organizacion cada vez más complicada de nuestras sociedades modernas. Fácil es ver que hay en esto un peligro: se va del simple al compuesto; pero al mismo tiempo de lo desconocido á lo conocido: el menor error en el punto de partida, puede dar lugar á los más considerables en el de llegada. La síntesis conviene á la exposicion de una ciencia ya constituida; el análisis se aplica naturalmente á una ciencia que se está formando. Hacer en la actualidad sociología sintética, es algo como querer aplicar los procedimientos de M. Berthelot ántes de la aparicion de Lavoisier. Si hoy dia podemos empezar sin inconveniente el estudio de la química por los cuerpos simples,



es porque sabemos reducir á sus elementos las combinaciones más complejas. La sociología no está tan adelantada.

Mr. Herbert Spencer empieza, no obstante, por estudiar lo que él llama los *factores originarios*, en cuyo número uno de los más importantes es el estado intelectual del hombre primitivo. Como este hombre primitivo no ha dejado sus Memorias, vése obligado á adivinar lo que podía ser por medio de observaciones recogidas entre los salvajes, contemporáneos nuestros. Nada prueba que estos salvajes reproduzcan exactamente el tipo del hombre primitivo. Mr. Spencer vió bien la dificultad, y él mismo presenta con mucha fuerza las objeciones que pudieran hacérsele.

«Es probable, dice, que muchos salvajes, si no todos, desciendan de antepasados que lograron un estado más avanzado, y que una parte de sus actuales creencias sean un resto de las que se desarrollaran en este estado de mayor adelanto... Las ruinas de Java y las de Cambodge demuestran que existieron allí sociedades más desarrolladas que las que se ven hoy día en aquellos sitios. El Perú y Méjico fueron en otro tiempo sedes de grandes sociedades, cuya complicada organización destruyó la conquista. En los sitios donde las ciudades de la América Central contenían grandes poblaciones dedicadas al arte y la industria, no se ven hoy día más que tribus dispersas de salvajes... De aquí resulta que ciertas tribus, colocadas en el más bajo grado de la escala, ofrecen fenómenos debidos, no á causas eficientes en la actualidad, sino á causas que actuaron en un estado social anterior más adelantado que el de hoy.»

La simple inducción no bastaría, pues: entre las ideas de los salvajes actuales, preciso es discernir las que son verdaderamente primitivas y las que son legado de una civilización superior. El método deductivo no nos auxilia ya; tan difícil es para el hombre civilizado penetrar directamente en las ideas del hombre primitivo, como volver á pensar el adulto lo que pensó en su infancia.

Mr. Spencer cree, no obstante, que se puede vencer la dificultad, y por un camino indirecto acercarse al fin que no se puede alcanzar directamente. Aquí le citaremos textualmente:



«Guiados por la doctrina de la evolucion en general y por la doctrina más especial de la evolucion mental, podemos llegar á dibujar las ideas primitivas en algunos de sus principales rasgos. Despues de observar *à priori* cuáles deben ser los caractéres de estas ideas, nos hallaremos preparados en lo posible á realizarlas en nuestra imaginacion y, por tanto, á reconocerlas cuando existan actualmente.

»Debemos partir de esta proposicion, á saber, que las ideas primitivas son naturales, y racionales las condiciones en que se presentan.»

De este modo un *à priori*, y una proposicion apoyada en el dogma de la evolucion, son el punto de partida de Mr. Spencer. ¿Qué acontecería si la teoría de la evolucion fuera falsa ó tan sólo si no fuera completamente verdadera?

Las ideas que Mr. Spencer atribuye al hombre primitivo, son, en efecto, la clave de la bóveda de su sistema. Consagra casi la mitad de su volúmen á exponer cómo todos los cultos salieron de los conceptos groseros que el hombre se formaba del mundo visible y del invisible.

A sus ojos, estos conceptos rudimentarios tienen por origen los fenómenos del sueño. El salvaje se ve á sí propio en sus sueños, persiguiendo á su presa, matándola y devorándola: al dia siguiente conserva el recuerdo de esta caza imaginaria y, no obstante, se le asegura que no abandonó su lecho. De aquí deduce que es doble, que uno de sus *yo* va corriendo tierras, miéntras que el otro permanece tendido tranquilamente en su cabaña. Vuelve á ver, en sueños tambien, á sus amigos muertos, y deduce que el segundo *yo* sobrevive al primero. Esta nocion rudimentaria nada de comun tiene con las distinciones del alma y del cuerpo. El segundo *yo* es tan material como el primero: como éste, necesita alimentos. De aquí los ritos funerarios: las ofrendas á los manes, la costumbre de enterrar con el cadáver sus armas, caballos y esclavos.

A consecuencia de estas creencias, el aire y la tierra se pueblan de miriadas de séres imaginarios. Cada muerto añade un fantasma más á este ejército innumerable. La prácticas religiosas tienen por objeto atraerse el favor de los espíritus bienhe-



chores y combatir la malignidad de los perversos ; algunos ascienden en categoría y son dioses.

El politeísmo homérico no tiene más origen que los groseros cultos de los salvajes. Los griegos de Homero, lo mismo que los polinesios, consagran á sus inmortales «una parte del vino que corre y de la carne que humea en los altares.»

El culto de los animales, de las plantas, de los grandes fenómenos de la naturaleza, se liga al culto de los antepasados, á veces como resultado de una confusion de nombres. El lenguaje primitivo no puede expresar la diferencia entre un objeto y el hombre que lleva el nombre de este objeto. De este modo *sol levante*, *sol poniente*, *sol brillante*, se transformaron en otras tantas divinidades distintas, porque han existido hombres que se llamaban *sol levante*, *sol poniente*, *sol brillante*.

Un análisis tan rápido y seco no puede dar completa idea de la teoría de Mr. Spencer acerca del origen de los cultos, y aún ménos permite apreciar su valor. Mr. Spencer, en apoyo de su tesis, da una maravillosa abundancia de hechos y ejemplos. Pero lo que hemos dicho basta para demostrar que su teoría difiere por completo de la que se adopta generalmente. Los mitólogos derivan las religiones de la divinizacion de las fuerzas naturales : en su opinion, las potencias de la naturaleza se concibieron y adoraron primero como impersonales y despues se personificaron, tomando á la letra las expresiones metafóricas que se les aplicaban. Mr. Spencer, por el contrario, cree que la personalidad humana es el elemento primitivo que posteriormente se identificó con una potencia de la naturaleza, á consecuencia de una identidad de nombre. En otros términos, el culto de la naturaleza no es más que una forma del culto de los antepasados.

Aunque Mr. Spencer tiene en gran menoscabo á los mitólogos y su «robusta fe» en cosas claramente absurdas, no podemos olvidar que entre ellos hay hombres de gran valer. Es posible que se hayan engañado por completo y que Mr. Spencer tenga razon contra todos: hay, sin embargo, alguna temeridad en tomar como base de una importantísima parte de la sociología, una teoría mitológica que rechazan todos los hombres que son autoridad en esta ciencia.



## III.

Las otras partes del libro de Mr. Spencer no dan lugar á las mismas objeciones. En su clasificacion de las sociedades, segun la naturaleza de las actividades que en ellas predominan, da pruebas de aquella sagacidad penetrante, de aquel talento de observacion exacta y precisa que en él se unen de tan curioso modo á una gran potencia de abstraccion y á una tendencia de generalizaciones á veces aventuradas.

Todas las sociedades están en antagonismo con las sociedades inmediatas: de aquí la necesidad de una organizacion para el ataque y la defensa. Todas necesitan nutrirse: de aquí la necesidad de una organizacion de las fuerzas productivas. Todas tienen, pues, á la vez una organizacion militar y una organizacion industrial. Segun que predomine una y otra de ambas organizaciones, la sociedad se asemeja al tipo guerrero ó al tipo industrial.

Todos los detalles de la estructura social son profundamente diferentes, segun que una sociedad se asemeje á uno ú otro de ambos tipos. El principio predominante lo modela todo á su imágen, el gobierno, la administracion y las ideas morales y sentimientos religiosos. Mr. Spencer, describiendo esta consideracion, usó procedimientos análogos á los de Cuvier, cuando con la sola inspeccion del diente de un animal que ya no existe, reconstituía su estructura, su especie y género de vida.

En las sociedades que pertenecen al tipo guerrero, todos los resortes del gobierno están distendidos con extremo: el éxito en la lucha con las sociedades rivales, exige una gran rapidez de informacion, una presteza extrema de concentracion. La subordinacion rigurosa que es necesaria en un ejército en campaña, se observa en todas las jerarquías del órden civil. Todos los depositarios de la autoridad ejercen sobre sus inferiores una autoridad absoluta, y obedecen pasivamente á los superiores. La misma religion toma un carácter bélico: glorifica la carnicería y santifica la venganza; su Dios se llama el



Fuerte, el Dios de los ejércitos: la obediencia es el deber del sacerdote y del soldado.

En la antigüedad, Esparta nos ofrece el ejemplo de una ciudad organizada exclusivamente para la guerra; los éforos intervenían en todos los detalles de la vida privada, ó por mejor decir, la vida privada no existía; todos los actos de los ciudadanos eran públicos, arreglábanse á las leyes y se sometían al fallo de los magistrados. En el Japon, país esencialmente militar ántes de las últimas revoluciones, la ingerencia del Gobierno llevábase á mayor extremo; todas las clases se sometían al ceremonial; desde el comerciante hasta el gobernador de provincia, cada cual debía levantarse, dormir, salir é ir á acostarse á horas fijas.

Sin ir á buscar tan léjos los ejemplos, pueden encontrarse en la organizacion de la sociedad francesa huellas evidentes del largo predominio del tipo guerrero; la centralizacion administrativa, el sistema de educacion pública que semeja nuestros liceos á escuelas militares, la ingerencia gubernamental en todo. Inglaterra, por el contrario, se organiza con arreglo al tipo industrial. Bajo los Tudors, el poder real era tan fuerte como en Francia; la libertad inglesa se ha engrandecido á medida que por su agricultura, comercio y manufacturas Inglaterra aventajaba á los Estados del continente. El carácter principal de las sociedades industriales, la cooperacion voluntaria del individuo se muestra en todo allí.

El ejército se recluta allí por medio de enganches á precio subastado; nadie está obligado al servicio militar. Las iglesias son asociaciones libres que se gobiernan como pueden; grupos de ciudadanos se encargan de funciones que en el continente se reservan á la administracion.

La conexion entre el *self-government* y la paz, entre la centralizacion y la guerra, es tanto más notable cuanto más restricta se ve la libertad individual, cada vez que se turba la paz europea. Así es como la república holandesa se ha transformado en monarquía dos veces bajo la influencia de la guerra: así como en tiempos del protectorado de Cromwell las luchas interiores y exteriores transformaron el gobierno parlamentario en gobierno personal, y así como las conquistas de la



primera república francesa prepararon el establecimiento de un despotismo militar.

Es curioso notar que M. Renan, considerándolo bajo opuesto punto de vista, llegó á conclusiones muy semejantes á las de Mr. Spencer. En el prefacio de su último volumen de *Miscelánea* pone en comparacion dos sistemas de gobierno. En el uno el individuo se ve sacrificado al Estado: todo está calculado para dar á todos los servicios de la fuerza y el vigor: las clases privilegiadas en apariencia, en realidad se separan para el servicio de la nacion, lo que justifica y consagra la desigualdad social. En el otro el Estado, constituido por la universalidad de los individuos, no tiene más fines que la felicidad de éstos, entendida como ellos la entienden, negándose toda mira más allá de lo que concibe y siente la universalidad de los individuos. La consecuencia de este estado de cosas es la persecucion del bienestar y de la libertad, la destruccion de todos los privilegios que restan y del espíritu de clase, la debilidad del principio del Estado.

M. Renan cree que este último tipo de gobierno está destinado á triunfar definitivamente: distingue ya en toda Europa síntomas de la debilidad del espíritu nacional que hace ochenta años tuvo en el mundo esplendente aparicion; pero está muy léjos de regocijarse por ello. En una brillante fantasía que recientemente ha publicado, nos muestra con ironía melancólica el triunfo de Caliban, es decir, de los instintos groseros de la humanidad sobre el noble Próspero, representante del ideal.

Mr. Spencer no experimenta pesar; no oculta sus preferencias por el tipo industrial para las sociedades y sus antipatías hácia los gobiernos centralistas. A su entender, el Estado no debe preocuparse de hacer virtuosos á los ciudadanos, ni felices, ni siquiera instruidos: su papel debe limitarse á asegurar el respeto á los contratos. Estima que el gobierno inglés, el que ménos se ocupa de la libertad de los ciudadanos, entrométese aún en muchas cosas. Irrítase al verle entrar por la vía de la reglamentacion: vitupera la legislacion sanitaria, los esfuerzos del Parlamento para el desarrollo de la instruccion primaria. En su opinion, la libertad del individuo, vasta en



aparición por la extensión del derecho de sufragio, se ha limitado en realidad por la intervención del Estado en muchas materias que en otro tiempo se abandonaban á la libre iniciativa de los ciudadanos.

A pesar de su predilección por las sociedades organizadas conforme al tipo industrial, parece, sin embargo, que no las considera como el último término del progreso, porque entrevé la posibilidad de un tercer tipo tan diferente del tipo industrial como éste lo es del guerrero, y en el cual los productos de la industria se consagrarán, no ya á mantener una organización militar ó á realizar mejoras materiales, sino á desarrollar actividades de más elevado orden. La multiplicación de las instituciones consagradas á la cultura intelectual ó estética, y sin tener un fin puramente utilitario, parece un signo precursor del advenimiento de estas sociedades futuras.

#### IV.

Los límites en que nos vemos obligados á circunscribirnos, nos han forzado á exponer muy someramente algunas ideas de Mr. Spencer, omitiendo por completo la mayor parte. Ni aún hemos podido indicar de pasada sus opiniones acerca del desarrollo progresivo de la familia, y acerca del pasado y porvenir de las relaciones entre el marido y la mujer, los padres y los hijos. Hemos debido limitarnos á los grandes rasgos, y no lo sentimos, porque estos grandes rasgos son precisamente lo más discutible que hay en su sistema.

Si la doctrina de la evolución estuviera destinada á convertirse en doctrina definitiva de la humanidad, si estuviese tan sólidamente cimentada como las ciencias positivas, los *Principios de sociología*, que son su aplicación, se fundarían en bases inquebrantables. Pero permítasenos suponer sin desconocer el vigor del genio filosófico de Mr. Spencer, que su metafísica podrá algún día sufrir la suerte de todas las grandes construcciones metafísicas del pasado, desde la de Aristóteles hasta la de Hegel. Todas no han sido más que hipótesis provisionales, que reunían todos los hechos conocidos y conde-



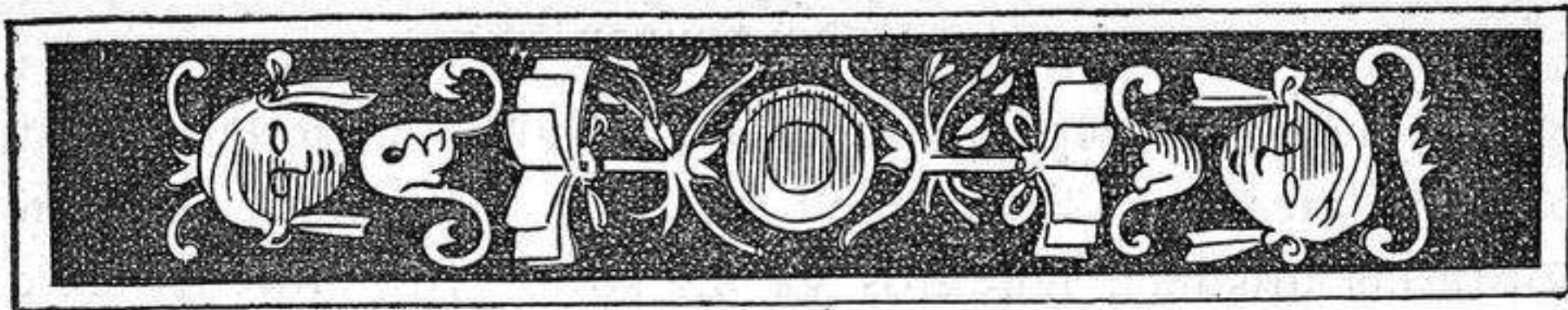
nados á desaparecer cuando el progreso de las ciencias y del pensamiento demostraba su insuficiencia.

Los *Principios de sociología* no por ello dejarán de conservar el mérito de haber sido la audaz tentativa de fundar de un solo modo una ciencia nueva: Mr. Spencer ha abierto el camino por donde otros no tardarán en seguirle. Hay partes de su libro que pueden considerarse como definitivas adquisiciones para la ciencia. Las teorías sociológicas que no se relacionan de un modo íntimo por completo con la doctrina de la evolucion, las que se fundan más directamente en la observacion y el análisis penetrante de los hechos, subsistirán, sea cualquiera el destino reservado á la filosofía que las sugirió. No será la primera vez que se habrán visto ciencias supervivientes de la metafísica que las hizo nacer. Los descubrimientos de Descartes en física no se ven imputados del descrédito en que ha caído el sistema de los torbellinos.

CH. VINCENS.







## EL FETICHISMO

---

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN WESTMINSTER

POR EL PROFESOR

F. MAX MÜLLER.

---

### DISCURSO PRIMERO.

**E**N otros discursos que hace algun tiempo pronunciamos en este mismo lugar, hicimos ver con toda claridad cuáles sean los fundamentos en que debe cimentarse el edificio de toda religion. Si negamos al hombre la facultad de comprender en algun modo el infinito, siquiera sea en sus formas primitivas y ménos explícitas, deberemos tambien negarle todo derecho á hablar de una vida futura, interminable, despues de la presente, y mucho más aún de un Sér Supremo, á quien, por más que la insuficiencia de los signos con que expresamos nuestros pensamientos nos obligue á empequeñecer y abreviar bajo los nombres de Zeus, Júpiter, Dyaus-Pitar ó Señor, todos juzgamos acreedor al tributo de nuestra reverencia y amor, por aparecernos inexcrutable, incomprendible é infinito. Por el contrario, admitida como posible y ajustada á todas las leyes del pensamiento la aprension de lo Infinito, y demostrado, segun otra vez hici-



mos, que su percepcion se halla incluida en todas nuestras percepciones de lo finito y en cuantos racionios formamos sobre las mismas, tenemos ya un sólido fundamento en que estribar tanto al examinar las varias formas con que el sentimiento de reverencia y amor al Infinito se manifestó en los pueblos antiguos como al discurrir sobre los fundamentos de nuestras creencias.

Los argumentos que en otros discursos expusimos á vuestra consideracion, fueron puramente abstractos, por no haber sido la realidad de la percepcion del Infinito la que nos propusimos demostrar, sino su posibilidad. Nada más extraño á nuestra mente que pretender aparezca la perfecta idea del Infinito como primera etapa en la evolucion histórica de las ideas religiosas, pues siempre fuimos de parecer que la religion procede de la idea del Infinito con la misma lentitud que la astronomía se deriva de la gravedad universal, ó en otras frases más explícitas, la idea del Infinito es más bien la postrera que la primera etapa, en la marcha de los conocimientos humanos.

Nuestro primer discurso no debe mirarse más que como un lema que antecede á una proposicion preliminar. A los numerosos y afamados filósofos que quieren cerrar el paso á nuestras investigaciones, proclamando ser imposible en la tierra la admision del Infinito, y protestando que si algo ha conseguido Kant, ha sido obstruir para siempre á los mortales las vías que al Infinito conducen, debíamos demostrar lo indisputable de nuestro derecho en disentir de ellos, presentándoles, como credenciales con que el Infinito acredita serlo, la evidencia misma de nuestros sentidos, tan expresiva y elocuente, que aún al más positivo de los hombres sujeta á su dictámen.

Ahora es muy distinto el camino que emprendemos, debiendo explicar cómo en diversas partes del mundo han ido los pueblos subiendo por distintos caminos, y grado por grado, desde las percepciones más simples sugeridas por los objetos que le rodean, hasta los más sublimes conceptos sobre religion y filosofía; y cómo tambien la conciencia del Infinito, envuelta ahora en cada uno de los pliegues de las impresiones sentidas por el hombre, aún las más tempranas, se fué poco á



poco y de mil maneras desarrollando, hasta que una vez logrado desprenderse de sus elementos más toscos, ha obtenido tal grado de pureza, que fundadamente podemos decir ser el supremo á que puede nuestro entendimiento llegar. Al referir la aludida evolucion, claro está no haremos ni más ni ménos que exponer la historia de otra idea estrechamente relacionada con ella, la de la religion y la de la filosofía que tan unida va siempre con ella. A la filosofía, pues, de la historia enderezaremos nuestras pesquisas, por contenerse en ella las aclaraciones más verídicas sobre la evolucion de la idea del Infinito desde sus más bajos comienzos hasta una altura tal, que pocos lograrán llegar tan arriba, si bien á todos es dado considerarla extasiados desde la base.

Consultando cualquiera de los libros escritos en el siglo XVIII, sobre historia de la religion, observaremos desde luégo en la mayor parte de ellos uniformidad en afirmar que la ínfima forma con que puede la religion presentarse es el *fetichismo*, «por ser imposible imaginar cosa más baja á que convenga tal nombre,» y «por no haber culto alguno que, como él, merezca ser tenido como primer grado de religion.» Sobre cuyas palabras hacemos notar, que siempre que en algun libro encontramos tan flagrante uniformidad de pareceres como la anterior, expuesta casi con las mismas palabras, sin saber por qué la juzgamos sospechosa, imponiéndonos nuestro sublevado entendimiento la obligacion de dirigir una mirada retrospectiva hácia el origen de tales asertos, para examinar en qué circunstancias y con qué determinado fin salió á luz una teoría á que tan general y espontáneo asentimiento se dispensa.

Antes de 1860 nadie, que sepamos, hizo uso de la palabra *fetichismo*. En el citado año vió la luz pública un libro anónimo bajo el título: *Du Culte des Dieux Fétiches, ou Parallèle de l'ancienne Religion de l'Egipte avec la Religion actuelle de Nigritie*. Por más que el autor pretendiera ocultar su nombre, es bien sabido que dicha obra fué escrita por De Brosses, el insigne presidente De Brosses, á quien tantas cartas dirigiera Voltaire, y uno de los hombres más notables del período volteriano, que da principio en 1709 y acaba en 1777.



Impulsado por el gran Buffon, con quien le ligaba estrecha amistad, dedicóse De Brosse á la observacion y estudio de las tribus salvajes, ó mejor dicho aún, de lo que nosotros hoy dia llamamos estudio del hombre, en los tiempos prehistóricos. En la prosecucion de su intento reunió y publicó por los años de 1756 en su obra titulada: *Histoire des Navigations aux Terres Australes*, una coleccion de descripciones las más acabadas que hallarse pueden en cuantos viajeros, marinos, comerciantes y explotadores han escrito despues sobre el asunto. Aunque la obra escrita por De Brosse se tenga al presente por antigua, con todo, cítanse en ella por vez primera, que sepamos, los nombres de *Australia* y *Polinesia*, inventados, segun todas las probabilidades, por el genio del autor que nos ocupa, y los que parecen destinados á perpetuar el nombre de su inventor, en caso de que sus escritos, incluso la teoría del fetichismo, cayeren en perpetuo olvido.

Otra obra del mismo autor, citada por lo comun más bien que leida, es la intitulada *Traité de la Formation mécanique des Langues*, publicado en 1765. Aunque las teorías de esta obra son algo añejas, merecen con todo leerse con cuidado aún en sus caprichosas apreciaciones sobre filología comparada, punto en que, y dicho sea de paso, se adelantó no poco a su época.

Entre la obra de De Brosse sobre los Viajes á las tierras australes, y la que el mismo autor compuso acerca de la formacion mecánica de las lenguas, ocupa un lugar medio por su valor la otra de que ya hemos hablado, y sabemos trata del culto de las divinidades fetiches, libro que debe considerarse como un ensayo ó tratado preliminar á obra más extensa, en que latamente se hablase de la formacion mecánica de la religion. Al ilustrado entendimiento de De Brosse no podían satisfacer las opiniones que en su tiempo corrían para explicar el origen de la mitología y de la religion, pareciéndole, por el contrario, muy natural la explicacion que brotase de estudiar á fondo las costumbres de los salvajes más atrasados, en especial los habitantes de las costas occidentales del África, tan minuciosamente descritos por los navegantes portugueses.

«La urdimbre confusísima de la antigua mitología, dice De



Brosses, no ha sido para nosotros más que un caos indescifrable ó un enigma completamente arbitrario, hasta el punto de que algunos han hecho uso, para resolverle, del figurismo tan en boga entre los últimos filósofos de la escuela de Platon, de quienes se sabe concedían á los pueblos ignorantes y salvajes conocimiento de las causas más sublimes que obran en la naturaleza, y creyendo ver en las triviales prácticas del pueblo más estúpido y grosero, una manifestacion de ideas metafísicas las más abstractas. No andan más acertados los que, apoyados en comparaciones forzadas y mal urdidas, se empeñan en hacernos ver la antigua mitología como una historia, aunque desfigurada, detallada del pueblo hebreo; pueblo que siempre fué un misterio para todos los otros, aún para sus más cercanos, y que guardó con más fidelidad que ningun otro el precepto de no comunicar á los extraños los dogmas y doctrinas... La alegoría fué, y será siempre, un argumento que nada prueba. Una vez admitido el sistema de expresar con figuras las cosas, podremos ver en una sola todas las demas, con tal que abundemos un poco en viveza de imaginacion: por lo demas, ya nos sería fácil encontrar salidas para las respuestas que se nos hicieran y las explicaciones que se nos pidieran, pues el campo es extenso y fertilísimo.

»Algunos doctores, prosigue el mismo autor, más juiciosos y mejor informados, ya sobre lenguas orientales, ya sobre historia de las naciones á que se debe el descubrimiento de las regiones del Este, despues de haber desenterrado la mitología de entre el monton de ruinas con que los griegos la cubrieron, han hallado por fin la verdadera clave de aquélla en la historia actual de los pueblos primitivos, en las opiniones y maneras comunes de obrar de los mismos, en las falsas interpretaciones dadas á cierto número de palabras ó expresiones, muy sencillas por cierto, pero cuya significacion es ignorada aún por los mismos que con más frecuencia las usan, y, finalmente, en el error cometido por los escritores del dia al juzgar eran séres ó personas distintas los designados por los varios nombres con que los antiguos querían significar un mismo objeto.

» Pero las expresadas claves, que tan fácil acceso nos ofrecen



para la inteligencia de las fábulas históricas, no siempre bastan para dar razón de la singularidad de las opiniones dogmáticas ni de los ritos practicados en los pueblos primitivos. Estos dos puntos de la teología gentílica tienen por fundamento la veneración de los cuerpos celestes, conocida bajo el nombre de *Sabeismo*, y la veneración, de probable y no lejana existencia, tributada á ciertos objetos terrestres y materiales, llamados por los negros africanos ó, cuando ménos, por los que los visitan, *fetiches*, por cuya razón nosotros llamaremos á este culto *Fetichismo*. Suplicamos se nos permita el uso que de la anterior palabra haremos en todo el decurso de esta obra, y advertimos al mismo tiempo de antemano, que si bien la palabra Fetichismo se refiere particular y exclusivamente á los negros de África, nosotros la emplearemos cuando nos refiramos á cualquier otro pueblo que tribute adoración á los animales y á las cosas inanimadas tenidas por dioses, así en el sentido riguroso de esta palabra, como en el lato ó ménos propio, ó sea, cuando por ella se designan cosas que sin ser propiamente dioses, se hallan enriquecidas con alguna divina virtud, como serían los oráculos, los amuletos y los talismanes protectores contra la mala suerte. No cabe duda alguna en que todas estas maneras de pensar reconocen un origen común, propio también de una religión general, esparcida en los primeros tiempos por toda la tierra, religión que debe estudiarse en sí misma, ya que aún hoy día constituye una clase distinta entre las varias religiones que forman la teología universal.»

Tres son las partes en que De Brosses divide su libro. En la primera de éstas recoge todas las noticias que entónces recogerse podían sobre el fetichismo, tal cual le practicaban á la sazón las tribus bárbaras del África y otros puntos del globo. En la segunda compara el fetichismo con las prácticas religiosas de las principales naciones de la antigüedad. La tercera, por fin, tiende á demostrar, que siendo estas prácticas tan semejantes unas á otras, aún en sus apariencias extrínsecas, hay gran fundamento para creer que el fin último con que las practican los negros de hoy día, y en otro tiempo lo hicieron los egipcios, los griegos y los romanos, debió ser uno mismo.

Todas las naciones, es su tesis, debieron comenzar por e



fetichismo, para llegar al politeísmo y en último término al monoteísmo. De esta ley general excluye solamente el pueblo escogido de Dios, los judíos, los cuales, según De Brosses, no fueron jamás adoradores de fetiches, mientras las otras naciones, habiendo al principio recibido la revelación primitiva, olvidáronse de ella con el tiempo, para volver de nuevo al principio de todo orden sobrenatural, que es el fetichismo.

Merece ser observada con atención la influencia que en el ánimo de De Brosses ejercían las ideas teológicas de su tiempo. Si se hubiera atrevido á buscar restos del fetichismo en el Antiguo Testamento con igual agudeza que lo hiciera al buscarlos en Egipto, en Grecia, en Roma, ó en cualquier otro punto, seguramente que el Ceraphim, el Urim y el Thummim, para no decir nada de las vacas de oro y las serpientes de bronce, le habrían suministrado material abundante. (Génesis, xxviii, 18; Jer., ii, 27.)

Ahora bien, aunque acerca de los asuntos señalados y otros más, difieran de De Brosses los que han adoptado y defendido como verdaderas las doctrinas de aquél, debemos, no obstante, decir que en los últimos cien años nadie se ha atrevido á modificar en lo más mínimo el sistema del gran maestro. Y, en efecto, aparece tan sencillo, tan natural, tan aceptable, que muy pronto se hizo un lugar para él en los libros manuales y de texto, de modo que no titubeamos en creer que todos los presentes hemos sido instruidos según las máximas del ingenioso autor. De nosotros sabemos decir que fuimos constantemente de sus ideas hasta quedar cada vez más y más sorprendidos, por ver que mientras más nos esforzamos en buscar entre los documentos más antiguos en el día existentes sobre ideas religiosas, algunos vestigios evidentes del fetichismo, espontáneamente se nos presentan con inusitada frecuencia, donde quiera que el progreso religioso dejó huellas de sus anteriores etapas, pudiéndosele señalar con infinita más facilidad en las religiones hoy día corrompidas (1) del Indo, que en los primitivos cantos de *Veda*.

---

(1) «Al extranjero que llega á la India, y en esta ley general nos comprendemos nosotros, se presentan muy luego muchas prácticas religiosas,



¿Por qué causa los marineros portugueses, cristianos sí, pero cristianos al modo con que era practicado el cristianismo en aquel estado metamórfico que caracterizó al catolicismo del pueblo rudo hasta fines del siglo pasado, por qué, repetimos, al punto que se vieron entre los negros de la Costa de Oro reconocieron lo que allí vieron como *feitiços*? La respuesta es bien sencilla. Porque á ellos mismos les era bastante familiar un *feitiço*, talisman ó amuleto, cosa muy corriente y admitida en aquellos tiempos. ¿Qué cosa, pues, más natural en aquellos portugueses, al ver á los indígenas abrazar cualquier adorno, rehusar con todas sus fuerzas el desprenderse de algunas piedras brillantes, ó tal vez postrados en ademan suplicante ante algunos huesos cuidadosamente guardados en las cabañas, qué cosa más natural, repetimos, que suponer no era la casualidad solamente la que impulsaba á los negros á guardar aquellos objetos, sino el ser estos considerados como reliquias sagradas y en un todo semejantes á lo que ellos llaman *feitiço*? No habiendo los portugueses descubierto en aquellos naturales, vestigio alguno de culto religioso, con toda naturalidad dedujeron que en la expresada muestra exterior de respeto hácia los *feitiços*, consistía toda la religion de los negros.

Supongamos, por otro lado, que habiendo los negros observado con detencion el modo de vivir de sus huéspedes blancos, se les pidieran pormenores sobre la religion de los europeos, ¿cómo se hubieran expesado? Veían á los marineros portugueses con el rosario en la mano, quemando incienso ante imágenes de madera, de hinojos al pié de los altares, llevando vistosos estandartes y postrados ante un leño en forma de cruz; sin que en ninguna de estas ceremonias se oyesen grandes gritos al hacer oracion, ni se presentasen ofrendas ni sacrificios á los dioses para aplacarlos y tenerlos propicios. Unido todo esto á que de la conducta moral de los portugueses no se deducía tuviesen éstos idea de un Dios cuyo temor les hiciera

---

no ménos degradantes que degradadas, como expresion de verdadero politeismo, y estamos por decir, fetichismo.»

*De la Superiorité du Brahmanisme sur le Catholicisme.*—Conferencia dada por M. Goblet d'Alviella.



abstenerse del crimen, ¿qué otra cosa podía naturalmente resultar sino que los negros respondiesen «no tener los portugueses, según todas apariencias, más religión que un culto hacia los *gru-grus*,» nombre que ellos dan á lo que aquellos llaman *feiticos*, y carecer sus huéspedes europeos de toda creencia en un Señor de los cielos, puesto que ninguna adoración le tributaban?

Por lo que hace á la palabra portuguesa *feitico*, á poco que se piense sobre su origen, la hallaremos venir de la latina *factitius*, voz que, por expresar en un principio lo que se hace á mano, vino más tarde á significar lo que es artificial, y de aquí lo que no es natural, lo que es efecto de magia y encantamiento. A la llave falsa se da en portugués el nombre de *chave feitiça*; mas la general y conocida aplicación de la voz en cuestión, es para expresar los amuletos y otros adornos tenidos por medios sagrados, con los cuales se traficaba en la Edad Media en Europa, según es notorio, no de otro modo que se hace hoy día entre los negros del África. Al que hacía ó vendía fetiches se daba el nombre de *feiticero*, palabra que también se empleó para designar los hechiceros y encantadores, llegando en unas y otras acepciones á ser aquella palabra tan común en Portugal, que para manifestar el cariño que hacia una persona se siente, no hay frase más común que la de *meu feitiçinho*, esto es, mi pequeño fetiche ó predilecto.

No es el portugués la única lengua en que se verifican semejantes cambios de acepción en las palabras, pues lo mismo aconteció á la voz italiana *fattura*, hacia el año de 1311 (1), en que el latín de la Edad Media la convirtió en sinónimo de encantamiento, á la voz francesa *charme*, que en un principio no fué más que la latina *carmen*, y á la española *hechizo* que tan naturalmente sale del participio *hecho*. Otro tanto se puede afirmar de la palabra griega *ἐπωδή*.

De todo lo expuesto, claramente resulta que los marineros portugueses, á quienes se debe la introducción de la palabra

---

(1) *Synodus Pergam.*, ann. 1311, apud *Muratorium*, tomo IX, colección 561; incantationes, auguria, vel maleficia, quæ *facturæ* sive *præstigia* vulgariter appellantur.



*fetiché*, la aplicaron nada más que á un cierto número de cosas tangibles é inanimadas, debiendo por lo tanto mirarse como libertad inexcusable la que se tomó De Brosses al emplearla para expresar los animales y otros objetos, tales como las montañas, árboles y rios. Y aquí nos encontramos ya con uno de los pasos mal dados por De Brosses, pues con él dió claramente á entender no conocía las dos fases, ó por mejor decir tres, completamente distintas, con que se presenta la religion: primera, veneracion tributada por el hombre á los objetos naturales que más impresion suelen causar en su imaginacion, sea moviéndole á miedo, sea á gratitud, en cuyo grupo comprendemos los rios, los árboles y las montañas; segunda, veneracion manifestada á los animales, como de ello tenemos un famosísimo ejemplo en los habitantes del antiguo Egipto; tercera y última, la supersticiosa veneracion sentida y demostrada hácia meras ruinas, sin que éstas aparentemente exijan tal distincion.

Hubiera sido muy de desear que el nombre de fetichismo se aplicase únicamente á la forma supersticiosa últimamente citada, y que las dos primeras fases de que hemos hecho mérito se distinguieran así de aquélla y entre sí con los nombres de *Fisiolatría* y *Zoolatría*.

No es esto sólo, sino que además, De Brosses parece como que no halla perfecta distincion entre el fetichismo y la idolatría, siendo así que, en nuestro juicio, existe, y muy digna de tenerse en cuenta. El fetiché, propiamente tal, es y debe considerarse como una cosa algún tanto sobrenatural; miéntras que el ídolo, al contrario, fué originariamente considerado nada más que como imágen, semejanza ó símbolo. Enhorabuena que el ídolo tuviese cualidades para llegar más tarde á ser fetiché; pero, si hemos de hablar con propiedad, deberemos confesar que el fetichismo partió, al nacer, de fuente muy diversa de la que produjo la idolatría.

Oigamos al propio De Brosses explicando lo que, segun su concepto, es un fetiché: «Estos fetiches, dice, son cualquier cosa que á la multitud place tomar para adorarla, un árbol, una montaña, el mar, un trozo de madera, la cola de un leon, una piedra, algun pez, una planta, una flor, y ciertos ani-



males, como las vacas, las cabras, los elefantes, las ovejas, y otras muchas cosas parecidas á las expuestas. Estos son los dioses, los talismanes, los objetos sagrados del negro, á los que tributa adoracion, á los que dirige sus plegarias, conduce triunfalmente en procesion, y consulta con todo respeto en las ocasiones solemnes. Por ellos juran, por ellos testifican, y desgraciado de aquel que en algun tiempo osare romperlos.

«Hay fetiches para toda una tribu, y otros que son propios de cada individuo. Los hogares, donde los primeros reciben adoracion, son una especie de santuarios públicos, miéntras que los segundos son con todo respeto guardados en sitios á tal fin exclusivamente destinados en cada casa. Si los negros (1) necesitan de lluvia, ponen ante el fetiche un jarro vacío; si marchan á combatir á los enemigos en la guerra, ponen ante el mismo sus flechas y espigas de pescado; si carecen de carne ó pescado, les presentan y dejan delante esqueletos humanos, y cuando hay falta del vino ó jugo que los negros sacan de las palmeras, manifiestan á los fetiches sus deseos, dejando ante aquéllos los instrumentos con que suelen practicar las incisiones en las palmeras. Si los negros ven atendidas sus plegarias, todo va bien; pero si ven que no se les hace caso, luégo caen en la cuenta de que tal vez hayan cometido alguna falta, en cuya virtud se hallen en desgracia de los fetiches, y al momento procuran de todas véras desagraviarlos.»

Lo anteriormente citado es un breve compendio de lo que De Brosses pensaba sobre el fetichismo, del parecer del mismo autor sobre la esencia de las religiones de los negros, y de lo que á su juicio debieron ser las de todos los grandes pueblos antiguos primero que alcanzasen á las etapas superiores del politeismo y monoteismo.

Nada más puesto en razon que aquel juicio por muchos sabios emitido, segun el cual, para llegar á entender lo que fueron ántes de conseguir su actual bienestar los pueblos llamados civilizados, debemos estudiar con ahinco las tribus salvajes tales cuales hoy las encontramos; aplicando, á lo que bien pudiéramos llamar extratificacion de la raza humana,

---

(1) Véase á Waitz, *Anthropologie*, vol. II, p. 177.



las reglas que la geología nos enseña. Sobre cuyo particular advertimos, que si es grande en geología el peligro de confundir las rocas metamórficas con las ígneas primarias, mucho mayor es el que la antropología presenta de que se confundan los objetos similares. Séanos permitido citar algunas excelentes observaciones escritas por Mr. Herbert Spencer (1) que hacen mucho al caso.

«Sería muy fácil, dice este autor, determinar cuáles fuesen las ideas verdaderamente primitivas, si se tuviesen noticias de los hombres realmente primitivos; mas hay poderosísimas razones que nos inducen á sospechar no se deben considerar los tipos humanos más inferiores que existen, y que forman grupos sociales de las especies más simples, como ejemplares de la raza primitiva; ántes al contrario, es muy probable que la mayor parte, si no todos, de los tipos existentes sean restos de otros que vivieron en mayor grado de cultura; así es que entre las creencias de aquéllos se cuentan algunas, cuyo desenvolvimiento debió tener lugar en situaciones más prósperas. A nuestra manera de pensar, tan insostenible es la teoría de la degradacion de la especie humana, tal cual hoy se defiende, como la del progreso, explicada por medio de las formas incalificables que en el dia se le quiere hacer revestir. Repugna, seguramente á la evidencia la idea de que la barbárie sea efecto del tránsito, ó mejor dicho, caida de los pueblos del estado de civilizacion en que se hallaban á otro inferior; mas no es ménos repugnante defender que el más extremado salvajismo ha sido siempre tan degradado como hoy es. Es muy posible, y áun á nosotros nos parece grandemente probable, se haya visto la humanidad en su curso expuesta á tan frecuentes retrocesos como continuos progresos.»

Las referidas palabras contienen un aviso de no pequeña importancia para aquellos etnólogos que se imaginan bastarles unos cuantos años pasados entre los Papuas, los Fuegianos ó los habitantes de las islas Andaman para poder venir

---

(1) *Sociology*, pág. 106. Véase tambien un artículo «Sobre ciertos caracteres de los Malayo-Polynesios,» publicado en la revista *Journal of the Anthropological Institute*, Febrero, 1878.



en conocimiento de quiénes hayan sido los progenitores de los griegos y romanos. Háblase del salvaje de nuestros días en tales términos, como si hubiera sido enviado al mundo por separado, olvidando quizás que, como especie viviente, es muy probable no sea ni un solo día más joven que nosotros mismos. Será el salvaje un ser estacionario, será todo lo que se quiera; pero también debe haber pasado por no pocos altos y bajos antes de subir al nivel que hoy ocupa. De todos modos, aun dado caso que se pudiera probar haber pasado los salvajes por continuos progresos en todo género de materias, por ningún concepto se probará poderse decir lo mismo en punto á religion.

La historia de la humanidad hace ver con inusitada frecuencia cómo la religion está no poco relacionada con la corrupcion de costumbres; de suerte que, en cierto sentido, pudiera muy bien llamarse á la historia de todas las religiones «la corrupcion lenta de la primitiva pureza de las mismas.» Por consiguiente, nadie se aventurará á defender que la religion lleva siempre igual paso que la civilizacion general. Es más, aun admitido que tocante á lenguaje, vestido, hábitos y costumbres, se hubieran los griegos y romanos, los germanos y celtas, presentado en el primer día de la historia en el mismo ser en que hoy día se encuentran algunas razas de negros del Africa, nada podría, con todo, justificar la conclusion de que debieron pertenecer á una misma religion, y adorar, como los salvajes del día, los fetiches, los troncos de árboles, las piedras y otros objetos semejantes.

Confirman nuestros asertos numerosos ejemplos. Así es de ver á Abraham, amo de rebaños errantes, profundamente impresionado por la necesidad de creer en un solo Dios, mientras el célebre entre los reyes de la tierra, Salomon, levanta altares á Chemosh y Moloch. Las calles de la ciudad de Éfeso, en que seis siglos antes de Cristo escuchaba la multitud absorta á Heracleitos, uno de los hombres más sabios nacidos en Grecia, resonaron mil años despues con las contiendas promovidas por Cirilo de Alejandría, y con los dogmas definidos en el Concilio de la misma ciudad. Y la India, que mil años hace demostró con el *Upanishads* haber subido á la más ele-



vada cumbre de la filosofía, se encuentra hoy día, en no pocas regiones, encenagada en la vil adoración de las vacas y de los monos.

Fuera de lo expuesto, hay otra dificultad que merece considerarse por ser mayor que las expresadas. Al sentirnos inclinados á atribuir á los progenitores de los griegos y romanos igual religion que la seguida en el día por los negros y otros salvajes, ¿nos hemos seriamente preguntado á nosotros mismos qué es lo que en realidad sabemos acerca de las opiniones religiosas de los llamados salvajes?

Hace cien años hubiera aún sido disculpable quien hablase en términos confusos y poco exactos sobre la religion de los salvajes. Ya se ve, mirábaseles entónces como meras curiosidades y rarezas, sin que nada de lo que á ellos se refería fuese fácilmente creído. Se les confundía y mezclaba, al describirlos, con una facilidad parecida á aquélla con que ciertos predicadores citan al mismo tiempo desde el púlpito en Inglaterra á Neandro y Strauss, como representantes de la moderna filosofía alemana, sin que por parte de nadie se parasen mientes en distinguir entre negro y negro, ni entre salvaje y salvaje.

Hoy día, empero, es muy grande el cuidado que los etnólogos, verdaderamente sabios, ponen en evitar los términos generales. Así, por ejemplo, el lenguaje vulgar emplea todavía la palabra *negro* para designar toda gente de color, en tanto que la ciencia ha restringido la citada palabra para con ella expresar nada más que las razas habitantes en las costas occidentales del África, entre los rios Senegal y Niger, corriéndose por la derecha hasta el lago Tchad y aún más allá, sin que definitivamente se sepa hasta dónde. Cuando se habla del negro inferior á todos los de su raza, debe sobreentenderse, por lo general, el que vive en las costas occidentales del África, ó sea aquél que por primera vez suscitó en la mente de los europeos la idea del fetichismo ó adoración de los fetiches.

Las tribus de berberiscos y coptos, de que se hallan pobladas las regiones septentrionales del África, deben considerarse como completamente distintas de los negros; tanto, que bajo el punto de vista histórico, más fundamento hay para considerarlas europeas que africanas. Conquistadas por los ejérci-



tos mahometanos á mediados del siglo VII, y cuando aún los árabes poseían en toda su integridad las cualidades de asimilación que les son características, se unificaron bien pronto con sus conquistadores. Como en los países aludidos se encuentra la Mauritania, de aquí el dar á casi todos los que habitan en el África Septentrional el nombre de moros, pero nunca el de negros.

También se distinguen de los negros las razas que viven al oriente de África, y en las regiones del Nilo hasta el Ecuador; unos de ellos son abisinios, otros nubios, y las lenguas de todos están relacionadas, aunque remotamente, con las de la familia semítica.

Desde el Ecuador hasta el país habitado por los hotentotes, nos encontramos á los cafres hablando idiomas perfectamente definidos, siguiendo religiones de ideas las más sublimes, y ostentando aspectos y estaturas en completa discordancia con los llamados generalmente negros.

Los hotentotes y habitantes de los karrus ó vastas llanuras incultas, que son en África lo que las pampas y sabanas en ambas Américas, merecen ser estudiados por sí mismos, tanto por causa de su lengua, como por sus cualidades físicas. La división que acabamos de hacer contiene las principales razas que pueblan actualmente el África. Si hemos aplicado á todas el nombre genérico *negros*, ha sido en el mismo sentido y con la misma mira con que los griegos hablaron de scitas, y los romanos, ántes de César, de celtas. Por lo demás, si la ciencia consulta á su noble destino, debiera omitir completamente el uso del término *negro*, ó á lo ménos restringirlo, para designar únicamente las razas que viven á uno y otro lado del paralelo 12, desde el Senegal hasta el Niger de Norte á Sur, y que despues se esparcen en el interior del continente africano por los países comprendidos entre la Berbería, la Nubia y la Cafrería.

Como quiera que los etnólogos no entran en más detalles sobre los habitantes del África, ya sean negros, ya no, es sobremanera difícil convencer al hombre aficionado á la historia, de que no todas las razas del citado continente han de mirarse como salvajes, sino que se debe, ántes de pronunciar fallo



sobre la materia y establecer las comparaciones posibles, hacer muchas y muy meditadas distinciones. Muchos ha habido, que hablando sin reparo alguno de cuanto les venía á la cabeza sobre los salvajes del África, de América ó de la Australia, se han visto despues en grandísimo aprieto al querer definir con toda propiedad lo que ese término comprendía, y han añadido que existe diferencia esencial entre nosotros y los pueblos por civilizar. Para nosotros el número de salvajes actual es tan grande como era para los griegos el de los bárbaros. Mas la verdad es que si los griegos conocieron, y algunas veces á su costa, que los tales bárbaros poseían virtudes dignas de ser envidiadas, nosotros debemos confesar al mismo tiempo ser tal la religion de algunos de aquellos salvajes y tan profundas las muestras de sabiduría dadas por los mismos en no pocos actos de su vida, que si se establece comparacion entre la religion y filosofía de los pueblos antiguos que llamamos civilizados y las de los salvajes, será muy poco lo que falte para que las últimas se lleven la palma. De todos modos la idea que generalmente se tiene sobre los salvajes debe modificarse muchísimo, sin que para ello sea un obstáculo el que apenas haya parte alguna de la antropología tan erizada de dificultades, como el estudio de las llamadas razas salvajes.

Examinemos algunos de los prejuicios comunmente defendidos cuando se trata de los llamados salvajes. Todos creen que los idiomas de la gente no civilizada tienen que ser muy imperfectos y muy inferiores á los nuestros. Sobre este particular, la ciencia del lenguaje ha demostrado un hecho muy importante, cual es, que no existe raza alguna en la especie humana sin lenguaje articulado ó idioma. La importancia de esta proposicion no hay nadie que no la vea, pues con ella quedan relegadas al catálogo de las fábulas etnológicas, aquellas famosas narraciones de tribus sin idioma, ó con tales idiomas que más que sonidos articulados de séres humanos, parecían chirridos de pájaros.

Pero lo más importante es, que no pocas lenguas de los pueblos llamados salvajes han demostrado con toda evidencia poseer gramática de las más perfectas, y aún algunas demasiado, pues no pueden ser más artificiales; y por lo que res-



pecta á diccionarios de las mismas, más de un poeta europeo hubiera deseado en su lengua la riqueza de voces que ha encontrado en las de los salvajes (1). Aunque tambien es verdad que tanta riqueza de formas gramaticales y tan gran superabundancia de voces (2), para designar un mismo objeto, si bien se mira, lo que indica es mucha debilidad en los principios de la lógica y no pequeña falta de poder generalizador ó de abstraccion. Las lenguas que poseen casos para expresar la afinidad de una cosa con otra, el movimiento alrededor de un objeto, el movimiento hácia otro, y la penetracion dentro de un lugar, por más que les falten casos puramente objetivos y acusativos, deben ser consideradas como ricas, no hay duda; mas realmente su riqueza no es más que verdadera pobreza.

Lo mismo hay que decir acerca de los diccionarios. Contendrán ciertamente nombres para cada especie de animales, más aún, cada animal, miéntras jóven, miéntras viejo, cuando macho, cuando hembra, será designado con nombre particular, y aún no tendremos mucha dificultad en admitir que para el pié del hombre, la pata del caballo, del leon y de la liebre tengan sus nombres particulares y distintos; mas, en cambio, es muy probable carezcan de un nombre genérico con que decir animal, y de términos que revelen tantos conceptos como miembros ó cuerpos. En este particular, como en muchos otros, hay ventajas y desventajas por ambas partes.

Mas por imperfecto que sea en este ó el otro punto un idioma, es de suyo cierto y averiguado que cada lengua, aún la de los Papuas y Veddas, representa una obra maestra tan excelente en materia de abstraccion que más de un filósofo ha caído en la simpleza de querer producir algo que se le parezca. En muchos casos, la gramática de los dialectos hablados por los salvajes presenta pruebas evidéntísimas de desarrollo intelectual muy elevado, adquirido por los pueblos

---

(1) A. B. Meyer, *On the Mafoor and other Papua Languages of New Guinea*, p. 11.

(2) Véase á Caplin en su obra *The Narrinyeri, South Australian, Aborigens*, p. 77.



que los hablaran en anteriores tiempos. Por último, conviene no olvidar que cada una de las lenguas en cuestion puede perfeccionarse más y más si de ello se tratase, no habiendo ni una sola á que no se haya podido traducir con toda propiedad, la oracion del *Pater noster*.

(*Se concluirá.*)







## LOS CONGRESOS DE ORIENTALISTAS

---

### EL CONGRESO DE FLORENCIA.

**E**L Congreso de Florencia debe mirarse como un acontecimiento; con estas palabras ha juzgado la famosa reunion en el momento mismo de la clausura el profesor de Oxford, Mr. A. H. Sayce, uno de los jueces más autorizados y competentes en la materia, y á su manera de ver se han asociado cuantos en aquélla tomaron parte.

La institucion de los congresos internacionales de orientalistas es muy reciente. Al inaugurarse en Paris el año de 1872, nada parecía prometerle feliz éxito, pues la abstencion de muchos y la oposicion de no pocos se presentaban como origen perenne de insuperables obstáculos. Mas hé aquí que celebrada en Lóndres la sesion, fijada para 1874, y en San Petersburgo la de 1876, la nueva institucion adquirió con el necesario desarrollo y robustez aquel carácter científico de que tanto necesitaba, y que le ha proporcionado en la segunda sesion, celebrada en Florencia, cuantos elementos se requieren para que una obra de su clase sea imperecedera. De hoy más la insti-



tucion de los congresos de orientalistas puede prometerse la asistencia de todas las personas entendidas en las materias que forman su programa, y la ciencia podrá esperar grandes ventajas de sus fallos.

Gran parte del buen resultado obtenido en el Congreso de Florencia se debe al celo, actividad, inteligencia y buen tino de sus organizadores, y muy especialmente del presidente monsieur Amari, y del secretario general M. de Gubernatis.

Tambien es acreedor á no pequeña gloria el comité italiano, encargado en San Petersburgo de organizar la nueva reunion, poniendo en el desempeño de su cometido singular cuidado para que la reunion presentase un carácter exclusivamente científico, como, en efecto, así fué. Gracias á la severidad por el comité empleada en la admision de miembros del Congreso, éste se vió formado de personas sábias al par que serias, y libre de la presencia de viajeros ociosos é impertinentes, de curiosos papanatas, de personalidades excéntricas, y de esos extravagantes soñadores que son la peste de todos los congresos. Otro de los puntos en que aparece el comité digno de grandes elogios, ha sido la cuestion económica, pues ha tenido por lema hacer mucho con reducidos desembolsos. Cuantos hayan tenido noticia de la estrechez de recursos con que se contaba, habrán podido apreciar el mérito grande que encierra haber organizado de manera tan decorosa los salones de sesiones, haber reunido y expuesto tan numerosa coleccion de objetos orientales, y haber publicado tan presto las actas de la reunion. Quince dias habían transcurrido tan sólo desde la última conferencia, y ya veía la luz pública la serie completa de todas ellas, y tocante á las Memorias leidas ó presentadas, se halla en prensa un volúmen que las contiene todas, y que será publicado ántes de seis meses.

Del modo expuesto justificó abundantemente M. Peruzzi la eleccion que para tesorero del Congreso se hiciera en su persona; eleccion que ofreció materia para agudos chistes á los diarios italianos en los dias que siguieron á los desastres financieros sufridos por la municipalidad florentina.

Algunos juzgaban no ser bastante autoritaria la direccion, y hubieran deseado el ejercicio por parte de ésta de una ver-



dadera dictadura; se quejaron en las primeras sesiones de falta de orden en el Congreso; pero tales quejas eran infundadas, mucho más si se atiende á los excelentes resultados producidos por lo que ellos tenían por defectuoso. Por nuestra parte, afirmamos sin reparo ninguno que la conducta de la dirección del Congreso, léjos de ser una falta, debe tenerse por muy gran virtud, pues se dirigía á mostrar la amplitud de miras y gran respeto al *self-government* de la reunion que la animaban.

Es necesario proclamar en alta voz la excelente acogida y buena voluntad con que todos, sin distincion, acogieron en Italia esta reunion, lo cual queremos dejar consignado para honra de un pueblo que tantas pruebas está dando de elevado sentido político y científico. Es verdad que el gobierno italiano no ha contribuido con subsidios pecuniarios al logro de los deseos del Congreso; mas como *nemo dat quod non habet*, y la gran calamidad de Italia es la escasez de dinero, mal podía esperarse de aquél otra cosa: en cambio ha dado muestras de las más finas atenciones para honrar á los representantes de la ciencia universal hospedados temporalmente en su territorio. El mismo rey, impedido á la sazón por verificarse en el norte de Italia las grandes maniobras militares á que todas las naciones se han dedicado durante el otoño, dirigió desde el campamento un telegrama al Congreso, expresando su sentimiento por serle imposible recibir personalmente en Florencia á los sabios que lo formaban, y envió como sustituto suyo á su hermano el duque de Aosta, que en nombre del rey inauguró la apertura. El ministro de Instrucción pública, M. de Sanctis, persona muy simpática y altamente apreciada de todos por sus excelentes prendas, fijó su residencia en Florencia por todo el tiempo que durase la reunion, y asistió á todas las sesiones invocando para ello su derecho como «antiguo profesor,» y tomando asiento cual uno de tantos entre sus colegas sin tener para nada en cuenta su título de ministro. Igualmente solícitos por el buen éxito del Congreso, y no ménos deferentes que el ministro para con los sabios que le componían, se mostraron el baron Reichlin y el prefecto, que no sólo mandó despejar y poner á disposicion de los congregados la



mejor parte del magnífico palacio Ricardi, actualmente convertido en prefectura, sino que obtuvo por sus gestiones se ofreciesen á los huéspedes extranjeros al concluirse las sesiones muy agradables distracciones, costeadas por la municipalidad, en aquel entónces bastante escasa de recursos, como es público y notorio.

Demás de las distracciones á que nos hemos referido, se organizaron á expensas de la municipalidad muy divertidas expediciones á la *villa* del marqués de Panciatici, en Sanmezzano, cerca de Vallombrosa, á la de los Médicis, á Careggi, teatro de la muerte de Lorenzo el Magnífico, como también á San-Donato, hallando en todas ellas los del Congreso, y en especial cuantos por vez primera pisaban el suelo de Toscana, muy numerosos por cierto, singular deleite y esparcimiento de ánimo.

Omitimos por no ser prolijos la notable reducción de precios que en el transporte por los ferro-carriles acordó liberalmente el ministro de Obras públicas á cuantos presentasen el documento que certificaba su admisión como miembro del Congreso; mas en manera alguna debemos pasar en silencio, porque todos los sabios las han traído grabadas en su pecho, las grandes pruebas de simpatía y aprecio dadas á los sábios por todas las clases sociales de Florencia. Grande tiene que ser la cultura de un pueblo, y muy elevada su estimación hacia la ciencia, cuando tan universal y espontáneamente demuestra singular aprecio á personas consagradas al estudio de asuntos tan abstrusos como los tratados en el Congreso, impropios para crear aprecio y estimación universal por ser del alcance de muy pocos.

El Congreso de Florencia ha sido ocasión de un fenómeno curioso y de no pequeña importancia, por ser expresión de los sentimientos que dominan en la corte pontificia, desde el advenimiento al trono pontificio del esclarecido Pontífice Leon XIII. Por vez primera, desde que estalló la revolución italiana, se ha visto á la curia romana posponer sus miras particulares al deseo de ver triunfante la ciencia, y asociarse á una empresa en que el gobierno del rey Humberto asumió para sí la alta dirección. La Congregación de la Propaganda, con



una liberalidad que nunca alabaremos bastante, remitió á la exposicion oriental los más preciosos tesoros de sus admirables colecciones de manuscritos, teniendo por muy honroso tomar parte oficialmente en el Congreso oriental. Todos han saludado con júbilo tan fausto suceso que esperan no sea el único en su género, por ver en él una feliz confirmacion de lo afirmado por M. Renan en el discurso pronunciado en el banquete ministerial cuando dijo «que la ciencia es el único medio de unificar los pueblos todos de un extremo al otro del mundo, y el terreno comun en que deben trabajar cuantos deseen ver triunfante la causa santa por excelencia, que es la paz y concordia.»

Todas las grandes naciones de Europa se veían brillantemente representadas en el Congreso de Florencia. Sostuvieron la gloria de Alemania los profundos conocedores de las lenguas y costumbres de la India, MM. Ch. Beufey, Albrecht, Weber y Rudolf Roth, apoyados por M. A. Alerx, autor de la excelente obra *Grammaire arameenne*, M. G. Weil, muy versado en el árabe, M. Krehl, secretario general de la Sociedad asiática alemana, y autor del libro *Religion des Arabes avant l'islamisme*, y por el ilustre profesor de Tubinga, M. A. Socin, á quien se debe el golpe de gracia que recibió la conseja, tan fácil y generalmente admitida, de las pretendidas antigüedades moabitas. Por Inglaterra asistían dos sinólogos de primer órden, MM. Legge y Wilie, y el asiriólogo de Oxford, no ménos sabio que modesto, Mr. Sayce, á los que un poco más tarde se asoció Mr. J. Muir, autor del preciosísimo libro *Original sanskrit texts* que tanta luz ha esparcido sobre los orígenes aryanos de la India. Entre los ingleses hay tambien que contar, aunque no sea más que como adoptivos por ser de nacion alemanes ó húngaros, á los sabios MM. Rost y Leitner, miembros de la administracion en la India, que con admirable constancia y siguiendo las huellas de William Jones y de Prinsep, convierten en arma poderosa para las investigaciones científicas su permanencia como administradores en el extenso país cuyas lenguas, poblaciones y antigüedades revelan á los europeos.

La Rusia presentó un verdadero coloso en ciencia filológica



en la persona de M. A. Schiefner, maestro por excelencia en punto á lenguas altáicas y caucasianas, secundado por las dos autoridades de primer orden en conocimiento de idiomas turco-bárbaros, Veliaminof Zermof y Bérézine. El contingente de los países septentrionales escandinavos y fineses lo componían Lieblein, egiptólogo de Christianía; Mebrun, hábil profesor de árabe en Copenhague; Lagus, profesor de lenguas semíticas en Helsingfors, y Donner, autor del excelente *Dictionnaire comparé des langues hongro-finoises*.

De Hungría se presentó Arminius Vambery, lingüista ilustrado é intrépido viajero, y de Suiza el entendido egiptólogo M. Edouard Naville.

Los franceses que asistieron no fueron muy numerosos, pero sí dignos de representar un papel muy notable, como puede deducirse de los nombres M. Renan, que fué, hablando con propiedad, el *leon* y la persona más visible y festejada del Congreso; M. Schefer, director de la Escuela de lenguas orientales, y persona admirablemente conocedora de las lenguas musulmanas; M. J. Oppert, uno de los fundadores de los estudios sobre la Asiria, y M. G. Maspero, digno titular de la cátedra egiptológica de Champollion.

Los comisionados, para dejar en buen puesto á la nacion que brindára con generosa hospitalidad á los sabios extranjeros fueron los afamados semitistas Amari, Lasinio, de Benedetti, E. Lolli, el abate Perreau é Ignazio Guidi, los arianistas Ascoli, Flechia y de Gubernatis, y el justamente célebre epigrafista y paleógrafo Ariodante Fabretti. Esta robusta falange de sabios italianos se hubiera visto aumentada, si razones de salud no hubiera impedido la llegada de otros dos orientalistas de los más ilustres, vicepresidentes honorarios del Congreso, á saber: el sanscritista Gorresio, traductor del *Ramayana*, y el japonista Severini.

Todos estos nombres indican un gran movimiento científico en la península italiana, mayor aún en lo porvenir, si por fortuna se logra reformar la mala legislación que actualmente rige al comercio de libros, por culpa de la cual son poco leídas en el extranjero las obras escritas por los italianos. Afortunadamente para las letras, los sabios todos de la península se han



coaligado para obtener del Gobierno medidas que produzcan relaciones literarias más íntimas con Francia y Alemania, y exporten del lado acá de los Alpes las obras científicas impresas en la hermosa lengua del Dante.

Los trabajos del Congreso han sido muchos y muy serios. Leyéronse Memorias de considerable valor, en las que se refleja de una manera patente el estado actual de los principales ramos de la ciencia en los diversos puntos de Europa. Allí apareció la superioridad de Francia en egiptología y arqueología semítica; la de Alemania en los estudios generales sobre el sanscrit y los arayos; la de Rusia en conocimiento de lenguas altaicas, y la que Inglaterra ha adquirido en todo lo que atañe á los chinos desde que los franceses perdieron á Stanislas Julien.

La reunion fué desde un principio dividida en siete secciones.

La primera tomó á su cargo las cuestiones relativas á Egipto y la etnografía de las naciones situadas al norte del Africa. M. Edouard Naville dió en ella cuenta del estado en que se halla la edicion del *Ritual funerario* ó *Libro de los muertos*, de que por parte del Congreso de Lóndres quedara encargado, y un jóven turines, discípulo de Maspero, leyó un estudio muy concienzudo y bien hecho sobre un modo particular de embalsamar usado entre los egipcios, hasta el presente desconocido. En cuanto á M. Maspero, le debió la sesion una Memoria en que, apoyado en un texto recientemente descubierto, define magistralmente y con grandísimo acierto con qué fin se depositaban en las tumbas de los difuntos los figurines funerarios que en ellas se encuentran. A presencia de los ejemplares remitidos á la exposicion, procedentes del museo de Cagliari en Cerdeña y el de Kircher en Roma, entablóse una interesante discusion sobre los objetos trabajados al modo egipcio descubiertos en las sepulturas fenicias de Cerdeña, resultando como casi cierto que la importacion de tales objetos, y lo mismo se diga de sus análogos encontrados en Italia, no se remonta más que al siglo VIII ó VII anterior á la era cristiana. A todos estos anteriores trabajos debemos añadir otros dos que fueron los últimos; uno la Memoria de M. Letourneux sobre



las inscripciones líbico-berberiscas, punto que dejó el autor sumamente ilustrado con los nuevos adelantos que expuso sobre interpretación de tan preciosos documentos, y la crítica que hizo sobre el valor de algunas cartas tenidas hasta hoy por dudosas; y otro el del abate Beltrame explicando las poblaciones de las orillas del Nilo Azul y los caracteres filológicos de sus idiomas.

Entre los temas leídos en la segunda sección figuran en primera fila el de M. Renan sobre los *graffiti* fenicios del templo de Abydos; el de M. Merx acerca de las versiones armenia y siriaca de la *Historia eclesiástica* de Eusebio, y el de Ascoli sobre las inscripciones hebraicas de la Pulla recientemente descubiertas en Brindis por el celoso arcediano M. Tarentini. Estas inscripciones vienen á llenar un vacío inmenso que se notaba en la epigrafía hebrea, falta, á la ménos hasta el presente, de monumentos pertenecientes al período comprendido desde el siglo VII al XI.

También son de la segunda sección los trabajos que siguen : 1.º Una relación muy interesante compuesta por Lasinio acerca de los trabajos realizados bajo los auspicios del Gobierno italiano, con el fin de formar un catálogo de los manuscritos orientales existentes en todas las bibliotecas del reino. 2.º La exposición que hizo M. Oppert de su ingenioso sistema sobre los orígenes de la Cronología del Génesis, y las nuevas traducciones que adujo de los fragmentos de la epopeya cosmogónica babilónica en la que George Smith creyó ver una relación del pecado original. 3.º Los preciosos detalles que M. Sayce presentó sobre el contenido de las nuevas tablillas cuneiformes con que el museo británico ha aumentado, después de la expedición de Rassam, su ya numerosa colección. Y últimamente, se expusieron á los ojos de todos los miembros de la sección correspondiente algunos monumentos de verdadero valor científico, entre otros, un martillo de pedernal, con una dedicatoria en lengua arcadia formada por tipos de los más antiguos en la escritura cuneiforme, y un cilindro asirio, propiedad hoy de la duquesa de Sermoneta, y en el cual, á la imagen de la diosa Vénus, representada por el planeta de este nombre, acompaña grabado el nombre de la diosa.



En la tercera seccion, consagrada á estudios sobre el árabe, fué origen de importantes discusiones el tema propuesto por M. Weil, y excelentemente tratado por el mismo, «si supo Mahoma leer y escribir.» Despues de él hablaron: Dieterici, sobre el estado de la filosofía musulmana en el siglo x; Lagus, de las fuentes en que Edrisi pudo tomar sus noticias sobre geografía de los países bañados por el Báltico; Krehl de la verdadera historia de la destruccion de la biblioteca de Alejandría; y Schefer de las inscripciones cúficas halladas en algunos instrumentos astronómicos. Sobre todos los anteriores asuntos, llamó la atencion del auditorio una disertacion de M. Mehren, en que se trataban cosas pertenecientes á Italia, la correspondencia del filósofo árabe Ebn-Sabin con el emperador Federico II.

El campo de la cuarta seccion no pudo ser más vasto. A ella pertenecían primeramente los estudios iranios, que fueron motivo de varias comunicaciones por parte, primero de monsiur Ascoli, sobre algunas monedas sassanidas del museo de Nápoles; despues de Oppert, acerca del origen probable del alfabeto cuneiforme persa, y últimamente de Fabio Gosi, sobre un santuario de Mitra, recientemente descubierto cerca de Espoleto. En punto á materias de filología general aryaná, fueron notables los estudios de Contantinescu respecto á la lengua de los Tziganes de la Rumanía, y los ensayos de Braudreth sobre las leyes seguidas por las lenguas modernas de la India en su derivacion, y en las analogías que en esto presentan con las neo-latinas.

En defecto de una seccion exclusiva para las lenguas del Cáucaso, tan distintas de las otras que forman familia aparte, Schiefner leyó sobre el *thousch* y el *tchetchene* una Memoria que debe considerarse como el primero entre los trabajos lingüísticos expuestos en el Congreso.

No menor es el mérito de una disertacion de M. Roth acerca de un manuscrito del *Atharva-Vede*, recientemente traído de Cachemira, y en el cual se halla una redaccion muy particular de dicho libro sagrado, acompañada de nueva crítica sobre el mismo. Este asunto fué el núcleo de la seccion quinta, aumentado con una declaracion muy importante de M. Cust sobre



las lenguas no aryas de la India. A estos trabajos siguióse un excelente tratado, original de Leitner, sobre los descubrimientos, hechos por él en el Pendjab, de monumentos fehacientes de que el arte griego, á consecuencia de las conquistas de Alejandro, y como resultado de la influencia ejercida por el reino Bactriano, penetró hasta el corazon de las poblaciones budhistas de la Pentapotamia india, y los instruyó sobre el modo de representar las figuras y símbolos de la religion nacional, valiéndose de procedimientos plásticos. La Memoria á que aludimos, fué considerada como comentario de una rica colección de esculturas greco-budhistas, halladas en las excavaciones practicadas en Swat bajo la direccion del entendido orientalista de Lahore, y liberalmente prestadas por el mismo á la exposicion oriental de Florencia.

En la seccion sexta, consagrada exclusivamente á lenguas altaicas, presentáronse solamente algunos fragmentos de la gran obra que M. Vambéry se dispone á dar á luz sobre la civilizacion primitiva de los pueblos turco-tártaros, y un discurso de M. Donner acerca de la afinidad, por unos admitida y desechada por otros, entre los idiomas samoyedos y turco-tártaros.

Confesamos falta de competencia para discurrir sobre los puntos ventilados en la sétima sesion relativos al chino y japones; pero, segun oimos decir á los que en la materia tenían voto, expusiéronse en dicha seccion Memorias de gran valor.

Aunque no hayamos podido aducir aquí más que la rápida y escueta enumeracion de las Memorias presentadas en el Congreso, lo dicho basta, sin embargo, para dar una idea de la importancia científica del Congreso de Florencia, y de lo íntimamente que ha unido en fraternal cordialidad á personas venidas de todas las partes del mundo á reunirse impulsadas por la aficion á estudios tan nobles y fecundos. «Muchas veces he oido preguntar para qué sirven los congresos, dijo M. Renan en uno de los discursos pronunciados con esta ocasion; el vuestro, señores, hará raya en la ciencia, y de ello tengo firmísima esperanza por ver aquí reunidos los hombres más eminentes de Europa por sus conocimientos en filología y crítica. Mas aún cuando los congresos no sirvieran sino para procu-



rar á los que, por más que otra cosa parezca, en el fondo trabajan con un mismo fin, ocasion de saludarse y estrechar sus manos, estarían suficientemente justificados. Cuando se ven amistades antiguas, de veinte y treinta años, momentáneamente interrumpidas á causa de acontecimientos nada agradables, renacer con toda su lozanía, y darse al olvido con un solo apretón de manos todos los sentimientos que dividen, conócese con toda evidencia que los congresos sirven para algo.»

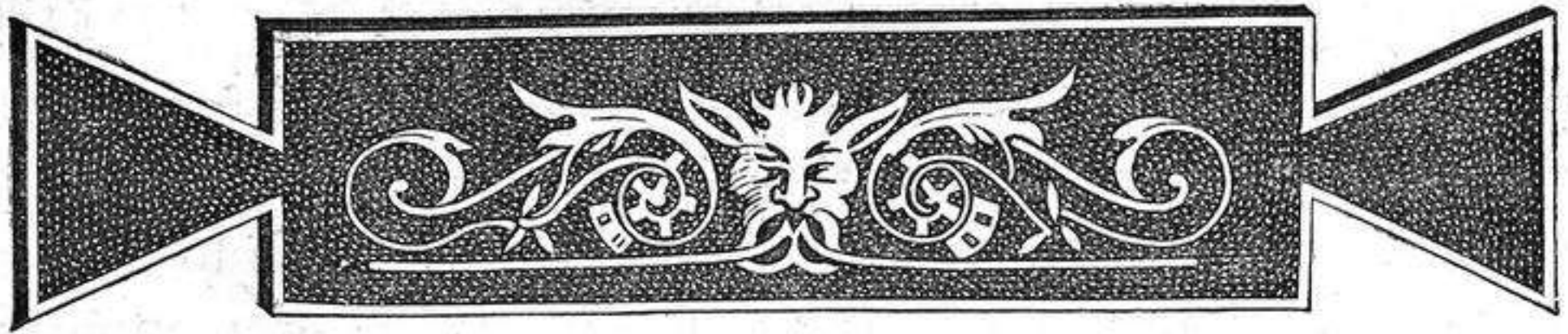
Con ocasion del Congreso de Florencia ofreció el gobierno italiano, un premio de 5.000 francos para la mejor obra manuscrita acerca de las vicisitudes de la civilizacion aryaná que se presentase. El jurado que había de juzgar del mérito de la obra lo componían: O. Boehtlingk, R. Roth, Albrecht Weber, Max Müller, Michel Breal, Gorresio y Ascoli. Ninguna de las obras presentadas fué considerada digna de la totalidad del premio, que segun lo convenido hubo de fraccionarse entre los cuatro opositores Heinrich Zimmer, Mahadeva Moreshwar Kunte, Prawatha Nath Bose, y Gerson de Cunha. Este último es un indio de Goa, de origen brahmánico, cristiano, y portugues por adopcion, uno de los miembros del Congreso, por las cuales razones su nombre fué acaloradamente aplaudido.

El quinto Congreso de orientalistas tendrá lugar en 1881 en una de las ciudades de Alemania, que será, pudiéndose afirmar otro tanto acerca del presidente, la que el consejo superior de la Sociedad Asiática alemana designe.

M. F. LENORMANT.







# LAS CAUSAS DE LO BELLO

SEGUN LOS PRINCIPIOS

DE SANTO TOMAS

IV.

OBJETO DE LA FACULTAD ESTÉTICA.

I.<sup>o</sup> LO SUBLIME.

SUMARIO.

1. Consideramos la facultad para dar con el objeto que le es propio.—
2. Este objeto es el Sér en sustancia y en actividad.—
3. Su superioridad con respecto al entendimiento engendra la idea de lo sublime.—
4. Esta idea es bajo dos distintos aspectos clara y oscura.—
5. En lo creado lo sublime no es la oscuridad.—
6. Imágen correspondiente á lo sublime en grandeza.—
7. Idem en potencia.—
8. Aplicacion á las cosas.—
9. Idem á las imágenes.—
10. Idem al canto litúrgico.—
11. Idem á la elocuencia.



ONSIDERAMOS LA FACULTAD PARA DAR CON EL OBJETO QUE LE ES PROPIO.—Lo que hasta aquí hemos raciocinado, ha tenido por objeto explicar de qué modo, uniéndose las cuatro formas de la facultad intuitiva en un acto único, y por lo tanto conforme con la unidad compuesta de la naturaleza humana, producen en el hombre una manifestacion tal del Sér que puede ocasionar aquel reposo, aquel placer, cuya causa, cuando se trata de objetos visibles, recibe el nombre de *Belleza*. Empero, como todos desde luego ven, hemos considerado á ésta más bien como perfeccion de la facultad contemplativa, que como belleza del objeto contemplado; y si hemos creído deber anteponer el análi-



sis del objeto, únicamente ha sido para tener un dato que nos permitiese luego determinar cuál es el objeto en que puede hallar su reposo la facultad. Mas ¿cómo podremos asegurar que una facultad, una naturaleza ha de hallar reposo en un objeto determinado, si de antemano no sabemos qué pide aquella naturaleza, aquella facultad? ¿Podría acaso satisfacer el apetito del convaleciente el enfermero que no procurase indagar antes lo aquel apetece? ¿Obtendría acaso la atención de sus discípulos el profesor que discutiese de ciencia que aquellos no anhelan aprender? Así, pues, creimos necesario explicar primeramente la tendencia de la facultad en cuestión, á fin de que pudiésemos hacer despues con acierto la elección del objeto en que aquélla halla su reposo.

Tiempo es, pues, de que analicemos este objeto, proporcionándolo á las facultades que tienden hácia él, y son: la *inteligencia*, última perfección del conocimiento; las *sensaciones*, materia del conocimiento; la *union interna*, de éstas, unidad material del conocimiento; y la *fantasía*, renovadora y combinadora, principio vivificante para el manejo de estos instrumentos.

2. ESTE OBJETO ES EL SÉR EN SUSTANCIA Y EN ACTIVIDAD.—Y en primer lugar, digamos alguna cosa del objeto en que puede hallar reposo la inteligencia, el cual, segun poco ántes apuntamos, es el *Sér* de las cosas que, considerado en sí, se nos presenta bajo dos formas, es decir, como sustancia y como actividad, puesto que en todo sér por nosotros considerado, somos inducidos á contemplar, ó lo que en sí es, ó lo que obra. Cuanto mayor es el concepto de aquella sustancia y de aquella actividad por nosotros conocida, tanto más atrae á sí á nuestro entendimiento, que siendo por naturaleza llevado á la contemplación del Sér, cuanto más de éste halla, tanto más reposa en él.

3. SU SUPERIORIDAD CON RESPECTO AL ENTENDIMIENTO ENGENDRA LA IDEA DE LO SUBLIME.—Mas para que repose en un objeto nuestro entendimiento, há menester de comprenderlo plenamente. Por consiguiente, si el objeto que con el *Sér* que posee lo atrae, llega á tal colmo que sobrepuja las fuerzas naturales de la facultad, entónces á la satisfacción de aquel colmado cono-



cimiento se junta el conocimiento de nuestra inferioridad en conocer, la cual, conocida por el agente en cuestion y entrevista la sobredicha superioridad del objeto cognoscible, viene á constituir con ésta lo que distinguimos con el nombre de Sublime, que no reside, segun se ve, en la oscuridad, sino en la superabundancia de luz que puede contemplarse, y que por *insuficiencia* de la facultad contemplativa y harto impropriamente, se llama *oscuridad*.

Sublimísima es aquella *luz inaccesible* en que *habita* el Eterno; mas por lo mismo que parece inaccesible al hombre, es conocida con el nombre de *sagrada oscuridad*, en la cual, á pesar de todo, halla reposo plenísimo la facultad intelectual por encontrarse allí la plenitud del Sér que puede ser abarcado por ella con todo aquella hartura que cree misteriosamente ver aparecer sobre los límites de su conocimiento, sin que pueda, por lo tanto, hacer más que admirarla y venerarla. Así, por vía de ejemplo, de la contemplacion del universo, mediante el principio de causalidad, nos elevamos á la comprension evidente de una causa no inferior á la extralimitada grandeza de este efecto. Mas observando, además, que semejante causa debe ser primera, y que, por consiguiente ha de abrazar todo lo posible, ó lo que es lo mismo, la posibilidad indefinida, el entendimiento, que sólo potencialmente es indefinido, pero que en acto es finito, en esta propia potencialidad indefinida entrevé aquel colmo de la esencia que queda por conocer en la causa primera y que sólo potencialmente conoce, pero que por vía de raciocinio ve que debe ser actual en la causa primera.

4. ESTA IDEA ES BAJO DOS DISTINTOS ASPECTOS CLARA Y OSCURA. —Fácilmente se ve que esta superabundancia de Sér, bajo dos distintos aspectos, puede llamarse conocida y desconocida al mismo tiempo, justamente como era desconocido y conocido á la vez el planeta Neptuno cuando, aún no descubierto por el telescopio, lo fijaban ya los cálculos del ilustre Verrier, siendo, por lo tanto, conocido en lo que tocaba á su existencia y desconocido con respecto á la intuicion. Con este doble conocimiento vienen á unirse en el entendimiento, claridad que amortigua la sed del apetito y misterios de luz inaccesible.



Para la causa que conoce reside evidentemente este calmante en el efecto para el que aquélla es adecuada, y el misterio consiste en aquella superabundancia de Sér y potencia que, no manifestada en el efecto, es entrevista por la razón en la propia potencialidad, llenándose por ende de admiración y veneración.

5. EN LO CREADO LO SUBLIME NO ES LA OSCURIDAD.—Además, en los objetos criados el entendimiento no percibe lo sublime á proporción del Sér que aquél no llega á abarcar cumplidamente, de lo cual bien se deduce la gran diferencia que media entre la sublimidad y la oscuridad de concepto.

Toda locución contradictoria es esencialmente oscura, puesto que diciendo y desdiciendo llega en último término á la nada, y la nada no es visible si suministra alimento alguno al entendimiento. Semejante proposición es, por consiguiente, esencialmente oscura.

Por el contrario, los teoremas de ciencia más alta parecen sublimes al principiante, porque por una parte ve éste en ellos ciertos elementos que ya comprende, y en virtud de ellos comienza á columbrar ulteriores verdades, de las cuales, sin embargo, con solos los principios elementales no puede obtener plena comprensión.

Parécenos, pues, que lo sublime inteligible no es otra cosa que la superabundancia de Sér desproporcionado á la potencia que contempla. Mas, porque, como se ha dicho, todo objeto puede considerarse ya en sí mismo, ya en su operación, esta superabundancia puede considerarse, tanto en la plenitud del Sér, como en la potencia de la operación, pudiendo uno y otra superar los límites del entendimiento é inclinarlo á reverencia, para constituir así lo Sublime con respecto á la inteligencia.

6. IMÁGEN CORRESPONDIENTE Á LO SUBLIME EN GRANDEZA.—Como en otro punto se dijo, la inteligencia no puede formar el concepto, si no recibe previamente de las facultades inferiores, materia ó imágen, en que, mediante la facultad de abstracción, pueda modelar el concepto universal. De aquí es, que después de la consideración de lo Sublime con respecto á la inteligencia, debemos considerarlo al presente con respecto á las imá-



genes representativas. Estas pertenecen al hombre sensitivo, que, siendo esencialmente compuesto de espíritu y materia, debe tener operaciones intelectivas que vayan á una con las operaciones sensitivas y áun con las materiales.

Ahora bien; considerada la grandeza en la sustancia material, se mide por la extension. Por consiguiente, siempre que el hombre intelectual llama en su auxilio á la fantasía y le pide una imágen apta para formar el concepto de *sustancia grande*, por ejemplo, aquélla no puede suministrar más que una *gran mole*; y si pidiese una imágen de sustancia infinita, la fantasía le daría una mole cuyos límites fuesen invisibles; y si el vocablo *Mole* con su tosco peso desagradase á la inteligencia, que pretende formarse la idea de *Espíritu infinito*, valiéndose de la abstraccion fantástica, quitará á aquella mole la materia, y por imágen de *Espíritu infinito* presentará una extension cuyos límites vayan á perderse en horizonte indefinido.

Así, precisamente, suele el vulgo imaginarse y representarse el Sér infinito de Dios, y abrigamos la sospecha de que el mismo Newton, á quien ciertamente no se puede confundir con el vulgo, se dejaba quizás engañar por tal imágen cuando discurría acerca de la divina grandeza. Vice versa, la enormidad de una mole gigantesca excita en nosotros admiracion y reverencia, el cual sentimiento raya en lo ridículo, cuando para demostrar Voltaire que los astros no habían sido hechos para el hombre, parangonaba las moles de Saturno y Urano con la pequeñez material del pigmeo que los contempla.

El espacio infinito es, pues, la imágen que corresponde naturalmente en la fantasía al concepto del Sér infinito, y que nada obsta que, si así place, reciba el nombre de *Sublime matemático*.

7. IDEM EN POTENCIA.—Mas el Sér, segun poco há dijimos, no sólo se presenta como *sustancia*, sino tambien como *actividad*. ¿Cómo responderá la fantasía, cuando le pidamos una imágen para extraer de ella la idea de la actividad infinita? La actividad, que de suyo es invisible, no es más que causa ó en potencia ó en acto, y la causa no tiene mejor imágen en que contemplarla que sus mismos efectos. Ahora bien,



la actividad infinita puede producir estos efectos, ora extendiéndolos desmesuradamente en el espacio, ora alargándolos desmesuradamente tambien en el tiempo. Luégo la imágen de la actividad infinita puede hallarse tanto en una mole inmensa cuya resistencia aquélla supera, por ejemplo, en el Pelion ó en la Osa, que un gigante arroja, cual nosotros una piedra ó una saeta, contra el cielo, y en esto radica lo Sublime dinámico de la potencia, como en la duracion del efecto continuado por indefinida sucesion de tiempo, en cuya imágen radica la sublimidad de lo Antigo y de lo Eterno.

Así precisamente tambien nos ingeniamos para formarnos el concepto de la eternidad, y cuanto más numerosos sean los términos sucesivos que la fantasía nos presenta, tanto más nos hará creer su ilusion en la presencia de la eternidad, de modo que áun las mismas personas instruidas creerían ser aquél el verdadero concepto, si no acudiese la razon á persuadir las de lo contrario, enseñándonos la repugnancia existente entre lo Sucesivo y lo Eterno.

De todos modos, no pudiendo desembarazarse el conocimiento fantástico, de las condiciones materiales de espacio y tiempo, y repugnando á estas lo Infinito actual, la fantasía no posee en sus tesoros otra imágen para suministrar el necesario elemento á la idea, sino la remocion indefinida de límites.

8. APLICACION Á LAS COSAS.—Establecidos así los principios que señalan las fuentes de lo Sublime en lo *Infinito* y que esta nocion no halla otra imágen que la de lo Indefinido, fácilmente podrá el lector hacer por sí mismo la aplicacion artística que de cuanto queda dicho se deduce. Así, pues, verá en primer lugar que lo *Sublime* de los objetos creados debe contener participacion de las dos condiciones requeridas por lo Sublime infinito, ó lo que es lo mismo, plena satisfaccion por parte de que conoce y superabundancia, ya del espacio, ya del tiempo, ya del Sér, ya de la propia.

Dígase lo mismo de la fuerza que á modo de la opuesta por Horacio Cócles en el célebre puente, rechaza ejércitos enteros, ó de la audacia con que el mártir menosprecia las amenazas del tirano. En todas estas grandezas el hombre contemplativo ve primeramente plenitud de luz adecuada á las exigencias de



la inteligencia que juzga sumamente justo que el soldado quiera defender á su patria y que no quiera el cristiano hacer traicion á su fe; en segundo lugar se le representa superabundancia de fortaleza tal que no se encuentra ordinariamente en los soldados ó cristianos vulgares, como es la que hizo al valiente ántes aludido detener por sí solo el ímpetu de un ejército numeroso, ó la del mártir que inerme desafía, digámoslo así, la prepotencia del tirano.

Bajo cierto aspecto, los mismos vicios pueden tener apariencias de lo Sublime que ilusiona entónces las cabezas en que domina más la imaginacion que la razon. Como ejemplo de esta asercion puede citarse la impiedad de Prometeo y de Ajax, narrada por la fábula, donde la estolidez de los dioses hace aparecer ménos torpe el vicio y ménos evidente la absurda irracionalidad.

Sin embargo, doquiera que falte la realidad del sér, como precisamente acontece cuando se trata del vicio, no puede hallarse lo verdaderamente Sublime, puesto que en dicho caso faltará la primera condicion de toda Belleza, que es la plenitud de intuicion necesaria para el reposo de la facultad intuitiva; y ¿cómo ha de hallar el entendimiento en que reposar, cuando la base del acto conocido sea una repugnancia, una contradiccion ya lógica, ya moral que, si me es lícita la metáfora, causa náuseas á la inteligencia?

Sapientísima es, por lo tanto, la observacion del célebre Pianciani, el cual, despues de haber presentado muchos ejemplos sublimes «me place, añade, advertir que Dante hace, sí, sublimes descripciones del monstruoso Lucifer y de los gigantes condenados; pero adviértase que á ninguno de ellos da sublimidad alguna moral que aparente sea, ni los junta en actual lucha con el Omnipotente, ni revolviéndose con impío desatino contra la mano que los castiga. Casi lo mismo hay que decir del restante número de los precitos. En suma, nada hay más necio que la falsa grandeza de quien locamente da, usando palabras textuales, *di cozzo* contra los rigores de la justicia divina, sin poderse prometer más que aumento de pena, consumiéndose interiormente de rabia... En el *Infierno* del eminente poeta italiano causa espanto y fastidio la desvergüenza



de las blasfemias del ladrón de Pistoya, y si Farinata conserva la magnanimidad de su carácter, no la emplea en desafiar neciamente al autor de sus penas (1).»

9. IDEM Á LAS IMÁGENES.—La segunda aplicación que puede hacer el lector de los dos sobredichos principios, se refiere á las diversas maneras de imágenes, de lo Sublime propio de las distintas facultades intuitivas. ¿Quereis representar lo Sublime con colores? Si lo Infinito no puede tener fantásticamente imagen más análoga que la extensión indefinida, claro está que deberá evitarse, digámoslo así, el corte de las tintas y líneas, como todo lo que desmenuzando, permítase la frase, y como triturando el espacio, cancela todo elemento de grandeza. Por idéntica razón, la vivacidad y gracia de las tintas, determinando con exceso la sensación del ojo, y aproximando, por lo tanto, en apariencias el objeto, contribuirá á desvanecer lo indefinido.

¿Quereis representarlo con el sonido? La prolongación de las notas, la plenitud de los sonidos, la simplicidad de la armonía, y mejor aún, el unísono de inmenso coro, ayudarán á la expresión de lo sublime, que sufriría detrimento con artificios de acompañamientos y contrapuntos, con muelle suavidad de sonidos, y con interrupción de melodías.

Con todos estos medios, que podríamos llamar orgánicos, el sensorio interno debe formar un todo; mas cuanto menor sea en él la discernible multitud de elementos, cuanto más éstos, ya de suyo pocos en número, se reúnan en un solo objeto, tanto mejor ayudarán para expresar la sublimidad de la idea. Y si debe intervenir, no sólo en la descripción sino también en la invención, la fantasía, cuanto ésta con más prudencia discierna el elemento característico con que lo imaginario inviste á la idea, y cuanto más sobria sea en presentar aislado á este elemento único, pero enérgico, de los accesorios, tanto más favorecerá la formación del concepto sublime y el sentimiento de veneración que del concepto debe nacer.

10. IDEM AL CANTO LITÚRGICO.—Lo dicho podrá demostrar-

---

(1) L. c. páginas 215 y 216.



nos por un lado la inspirada sabiduría de la Iglesia en su predilección por lo lento, grave y unísono de su canto litúrgico, destinado precisamente para expresar en coro de inmensa multitud la idea de lo sublime religioso, y á mover el corazón á sentimientos de veneración y recogimiento; y por otra parte, servirá también para poner de manifiesto la impresión que verdaderamente siente cualquier alma dotada de sensibilidad cuando bajo las augustas bóvedas del majestuoso templo, al canto devoto del numeroso coro de sacerdotes responde alternativamente la multitud de fieles adoradores.

II. IDEM Á LA ELOCUENCIA.—Cuanto de la pintura y la música dejamos dicho puede aplicarse al lenguaje, para comprender filosóficamente la sabiduría de aquel precepto de los retóricos, que excluye de la elocuencia sublime tanto la fraseología charlatanesca, como el múltiple capricho de imágenes y la desmenuzada variedad de conceptos. Asimismo comprendemos por qué vamos á buscar los ejemplos más ilustres de lo sublime en los libros sagrados, donde todo es verdad de concepto, grandeza de imágenes, simplicidad de expresión.

Parangonad, si os place, algunos rasgos de esta divina sublimidad con cuanto de más sublime puede encerrar la elocuencia humana, y vereis cuán pequeña y oscurecida os parece ésta. Ved sino, por vía de ensayo, cuán sencillo es aquel *Fiat lux et fuit lux*, y qué obra más inmensa manifiesta al entendimiento. Ved también en el Éxodo la tan sencilla como terrible descripción del Dios de Moisés que promulga la ley desde el Sinaí y hace temblar á Israel. Ved, en fin, en los Salmos, al Dios de David, que salta sobre los querubines, que vuela sobre las tempestades.

Al llegar á este punto, se agolpa á la memoria tanta copia de ejemplos, que cada cántico se nos figura el abismo en que se derrumba el polvo de que fuimos formados. Y así tiene que suceder, puesto que bajo la simplicidad de aquellas fórmulas se revela, con verdad que no deja manera alguna de duda, la grandeza infinita del Sér, la acción de la omnipotencia.

Áun los profanos y los mismos paganos tienen sublimidad especial; pero ¡cielos! cuán pigmeos nos parecen en estas que



podríamos llamar con respecto al fondo, vaciedades ó mentiras, por más que se nos presenten veladas con formas las más nobles! Comparad si no con el Dios de Moisés que desciende de los cielos para promulgar su ley, comparad, decimos, el Apolo de Homero que baja irritado del Olimpo para fulminar contra los Aqueos.

.....De las altas cumbres  
 Del Olimpo bajó, inflamado en ira  
 El corazon. Pendían de sus hombros  
 Arco y cerrada aljaba; y, al moverse,  
 En hórrido ruido retemblando  
 Sobre la espalda del airado númen  
 Resonaban las flechas; pero él iba  
 Semejante á la noche. Cuando estaba  
 Cerca ya de las naves, se detuvo,  
 Lanzó una flecha y en chasquido horrendo  
 Crujió el arco de plata. El primer dia  
 Con sus mortales tiros á los mulos  
 Persiguió, y á los perros del ganado;  
 Pero despues, enherbolada flecha  
 Disparando á la hueste, á los Aquivos  
 Hirió, y de muertos numerosas piras  
 Ardiendo siempre en la llanura estaban (1).

¡Cuánto trabajo de palabras en la descripción! ¡Cuánta fatiga en un dios para combatir contra los hombres! ¡Cuánta diferencia entre las anteriores y las lacónicas palabras del canto de Moisés donde Dios *sumerge el carro de Faraon y todo su ejército como plomo en las arremolinadas aguas!*

Y este Dios airado contra Faraon, sumergido por él en lo profundo nos trae á la memoria el Dios de las ondas, el Neptuno de Virgilio indignado contra Eolo y sus satélites que acababan de turbar su reino.

*Non illi imperium pelagi sævumque tridentem,  
 Sed mihi sorte datum.*

Verdad es que tambien la elocuencia, tanto profana como pagana, habla alguna vez de verdades que una y otra conocían

---

(1) *Iliada* de Homero.—Traducción de D. José Gómez Hermosilla. t. I. lib. I.



ya por la sola luz natural ya por la tradicion, y adviértase que en estos casos tambien ellas sabían encontrar los senderos de lo infinito y elevarse á las cumbres de lo sublime. Ved sino cómo en el diluvio de Deucalion deja Píndaro entrever la historia verídica del diluvio universal.

Oid. Si el gran Tonante  
De enojo en el instante  
Con un diluvio sin igual castiga  
A la manchada tierra,  
Luégo las iras del furor mitiga,  
Las negras nubes á prision reduce  
Y á su trono de nuevo al sol conduce (1).

Ved, por último tambien á Horacio que bajo el nombre de Júpiter describe al Dios del Universo.

Qui terram inertem, qui mare temperat  
Ventosum et urbes regnaque tristia  
Divosque mortalesque turbas  
Imperio regit unus aequo (2).

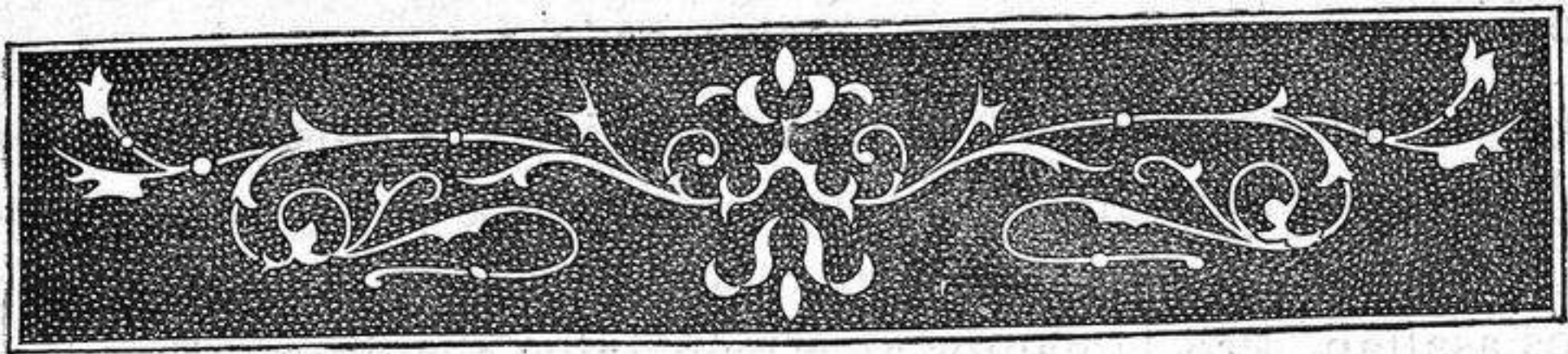
¿Qué añadiremos de los poetas cristianos? ¿Qué del divino Alighieri cuya trilogia en toda su extension respira por todas partes el concepto y grandeza de la idea cristiana? Empero conocemos que insistiendo sobre este punto seríamos insensiblemente conducidos fuera de los límites que nos hemos trazado, si intentásemos poner el pié en el camino que se abre ante nuestros ojos para campo tan inmenso. Bástenos, pues, los pocos ejemplos que acerca de la primera forma del sér considerado en su superabundancia relativa con respecto á las facultades intuitivas, acabamos de proponer con el nombre de Sublime.

(1) Píndaro.—Oda IX.

(2) Horacio.—Lib III, Oda IV.







## EL DERECHO PÚBLICO.

---

L'IDÉE MODERNE DU DROIT EN ALLEMAGNE, EN ANGLETERRE ET EN FRANCE, par  
*Alfred Fouillée*; Paris, Hachette, 1878.



EL pensamiento que ha inspirado á M. Fouillée la redacción de este libro es más político que científico, aunque en algunos lugares parezca que trata de establecer un concepto puro del derecho ó de criticar ese concepto mismo en la forma en que lo exponen y presentan las obras y los actos de los filósofos, políticos y jurisconsultos de Alemania, Inglaterra y Francia. Nosotros no pensamos seguirle por éste último camino. Abandonamos sus investigaciones sobre la idea fundamental del derecho, y nos refugiamos en las que lleva á cabo para determinar las ideas que influyen y dirigen la vida política interior y exterior de las naciones.

Cualesquiera que sean los puntos de vista que se juzguen aquí más acertados y racionales, no puede desconocerse que ese estudio es importantísimo. Sobre la organización del Estado y sobre la conducta que cada pueblo debe observar respecto á los demás, versan la mayor parte de las disputas que en ta actualidad nos preocupan. Circulan y se acogen las ideas



más extrañas en esa complicada materia, y todos pugnamos por establecer un norte, un derrotero, un guía seguro en medio de las continuas dudas y de las diarias vacilaciones que nos asaltan. Proclamamos ayer principios absolutos, derechos ilimitados, garantías superiores á la ley misma, frente á frente de un despotismo opresor que ahogaba toda iniciativa y cohibía toda libertad. Simpatizamos hoy con los medios de represión vigorosa, con los poderes fuertes y robustos, con las limitaciones del derecho individual, frente á frente de un desbordamiento de pasiones y de licencia que atropellaba toda autoridad, y destruía toda organización. Evidentemente no prestábamos el obsequio de nuestra fe, ni rendíamos el tributo de nuestro acatamiento á los mismos principios en uno y otro caso. Nos importa mucho reflexionar cuándo nos encontrábamos dentro de las exigencias y demandas del ideal, porque á menudo, en estas contradicciones y luchas, si esa investigación no se practica, suele ocurrir que se pierde la fe en toda idea y se abandona el ánimo al más desolador y anárquico escepticismo. Necesitamos una noción segura y cierta en que sea posible fundar los principios que inspiran el derecho político; necesitamos una noción segura y cierta, y para que lo sea, menester es que satisfaga todas las necesidades que han de asaltarnos al paso, todos los inconvenientes que han de surgir como obstáculo á nuestra marcha. No tratamos de subordinar los principios á los hechos, sino de que aquellos tomen en cuenta la realidad; porque la nueva idea del derecho no debe ser el patrimonio de filósofos abstraídos y alejados del mundo, que discurren para los venideros maravillas inexplicables é ininteligibles; ha de ser la base de la política moderna.

No ménos excita el afán de llevar á cabo estas investigaciones, el estado de los problemas internacionales. Desde hace algun tiempo los hechos y el cañon hablan con demasiada elocuencia. Cada pueblo invoca una fórmula que llama su derecho, y cada ejército batalla por una idea que juzga elevadísima y salvadora, símbolo y expresión la más fiel de la justicia humana. De un lado nos fascina el brillo de la victoria, en la que si hay algo deslumbrador y grandioso, pocas veces falta mucho útil y fecundo que justifique aquel entusiasmo. Las simpatías



que nos atraen y las repugnancias que nos alejan; los intereses que imponen al ánimo su criterio incontrastable, nos hacen juzgar acciones, en el fondo análogas, de diversa manera. Conviene también, pues, nos detengamos un punto aquí á reflexionar sobre las ideas que son base del derecho público exterior y sobre las ideas que legítimamente influyen en los actos que entran bajo el extenso dominio de ese derecho. Venimos en demanda de una regla segura de exámen y de crítica.

Pero, ¿hemos emprendido el camino más seguro de descubrir algun principio eterno? No, ni es esto lo que pretendemos tampoco. Quédese para otra ocasion la disputa de si el concepto del derecho es ó no permanente é inmutable. Quédese para otra ocasion el averiguar si las contradicciones que aparecen en el proceso histórico de su concepto, son verdaderas contradicciones ó términos de una evolucion sin fin. Prescindimos de estos problemas. Como hipótesis que, á nuestro juicio, es en gran manera admisible y difícilmente criticable, afirmamos la idea de que esos principios del derecho político y del derecho internacional que hay necesidad de investigar, no son hoy los que eran ayer, y sin duda no serán mañana los de hoy. Dejamos también á un lado la Antigüedad y la Edad Media; nos imponemos un discreto silencio sobre el porvenir. Vamos sólo á escudriñar muy á la ligera el presente. Hé aquí, de un modo conciso, cómo formularíamos el plan de estas observaciones inspiradas en el libro de Fouillée: ¿Qué ideas se toman hoy por base del derecho público? ¿Qué ideas deben legítimamente influir en el derecho público moderno?

## I.

Fouillée es un vencido que protesta en toda ocasion contra los vencedores de su patria. Casi cree principios de derecho de Alemania las violencias y exageraciones que el ejército imperial pudo cometer en 1870 y 1871. En este libro hay muchas conclusiones que llevan el sello de un noble, de un patriótico apasionamiento; pero de un apasionamiento al cabo. El dere-



cho de Alemania es sólo para Fouillée la ley del más fuerte, el derecho de Inglaterra es el cálculo del más egoísta. Fouillée pinta casi más que escribe. Hay pasajes suyos que son un verdadero lienzo, digno del inspirado pincel de Munkacsy, de Pradilla ó de Sandt. En su fondo se destaca la figura horrible del genio de la guerra, vestido á la germana, que acuchilla sin piedad esa jóven Galia entusiasta, soñadora, ideal, purísima; Inglaterra, una matrona avara é indiferente, contempla sin conmoverse la lucha ó mejor la agonía de Galia. El cuadro podría llamarse 1870. Ese es el símbolo de la idea moderna del derecho de Alemania, Francia y la Gran Bretaña á juzgar del tono en que se expresa algunas veces Fouillée.

Y no es posible negar que en el fondo de esos símbolos, como de otros muchos, hay algo exacto. Sucede en Alemania lo que nos ocurre á nosotros, según la confesión que hacíamos líneas atrás. En una época de reacción, por combatirla, exageramos el sentimiento de libertad; en una época de anarquía, por enfrenarla, exageramos el sentimiento del orden. Los alemanes, en una época de victorias militares que les permiten realizar sus más lisonjeros sueños de engrandecimiento, por consolidar el resultado de esas victorias y justificar el fruto que les deben, las exáltan y glorifican. ¿Hacen de ellas la nueva fórmula del derecho? En rigor no puede contestarse esta pregunta afirmativamente. Fouillée no obstante, trata de probarlo. Recuerda á Lutero sosteniendo la justificación por la fe y no por las obras; las opiniones de los teólogos y sabios que tienen por escándalo el libre arbitrio; la pasión de la historia que inspira á los alemanes una especie de adoración por los hechos consumados; la frase de Spinoza: «Cada uno tiene tanto derecho como poder;» las opiniones de la escuela histórica, según la cual el derecho no es una obra reflexiva y libre de la voluntad humana, sino el desenvolvimiento espontáneo y fatal de las tendencias de un pueblo; el concepto absorbente y panteístico del Estado, según Hegel, y las palabras de este filósofo, que á nosotros aún siendo tan partidarios de la libertad como Fouillée, se nos antojan muy exactas: «Una nación no se eleva sobre las demás sino sostenida por una idea.» Menciona además las declaraciones de Strauss, que afirma haberle



enseñado «una inteligencia más profunda de la historia, que el instinto de expansion de los pueblos, es lo que hay en el fondo de la ambicion de los conquistadores; que estos no son sino representantes de aspiraciones generales; que la supresion de la guerra no es ménos quimérica que la supresion de las tempestades, ni sería ménos peligrosa, y que la *última ratio* de los pueblos en el porvenir como en el pasado será el cañon;» advierte que la teoría hegeliana de la guerra se ha combinado con el sistema germánico de las razas y con el sistema de Darwin; copia á Schopenhauer cuando dice: «En el mundo del hombre como en el mundo animal, lo que reina es la fuerza y no el derecho... El derecho no es sino la medida de la fuerza de cada uno,» y para coronamiento del singular edificio levantado con esa serie de extractos discurre largamente sobre el famoso postulado que se viene atribuyendo al príncipe de Bismark mucho tiempo há: «*La fuerza ántes que el derecho*» Oigamos á Fouillée:

«¡La fuerza ántes que el derecho, ó mejor todavía, no hay derecho, no hay sino compromisos ó conflictos entre las fuerzas!

»Este parece ser el pensamiento íntimo del Sr. Bismark, aún cuando es cierto que no ha empleado nunca la fórmula que se le atribuye. Esta temeridad de palabra hubiera sido, por lo demas, poco compatible con la prudencia política del ministro-presidente.

»En la sesion del 27 de Enero de 1863 habíase entablado una discusion empeñadísima entre la Cámara y la Corona sobre el uso ilegal que ésta última había hecho del presupuesto. El Sr. Bismark, despues de esforzarse en demostrar que la violacion de las leyes constitucionales no era sino el cumplimiento de esas leyes mismas, dió á entender que si no se concedían los subsidios pedidos, los tomaría. Hé aquí sus frases: «Un hombre de Estado de una grande experiencia en materias constitucionales, ha dicho que la vida constitucional no es más que una serie de compromisos. Si uno de los dos poderes persiste en mantener sus puntos de vista con un absolutismo fanático, con un exclusivismo doctrinal se interrumpe la serie; surgen toda especie de conflictos, y como la vida y la



»existencia del Estado no pueden suspenderse, los conflictos  
 »llegan á ser cuestiones de fuerza. El que posee esta última,  
 »continúa avanzando en la direccion que su propio sentido le  
 »marca, porque la vida del Estado, debo repetirlo, no puede  
 »suspenderse ni un solo instante.» El conde de Schweim tra-  
 dujo esa doctrina *soi-disant* constitucional de esta manera:  
 «*La fuerza es ántes que el derecho.*» El ministro-presidente  
 no podía aceptar una fórmula tan escueta. «No recuerdo, dijo,  
 »haber empleado semejantes expresiones y á pesar de las  
 »muestras de incredulidad con que acogéis mi rectificacion,  
 »apelo á vuestra memoria; lo que he hecho ha sido aconsejar  
 »un compromiso, porque si el compromiso no se lleva á cabo  
 »se producirán violentísimos conflictos, se planteará una cues-  
 »tion de fuerza, y como en la vida del Estado no pueden  
 »abrirse paréntesis, el que tenga la fuerza se verá en el caso de  
 »usar de ella.» Nadie ignora como usó de ella el conde de  
 Bismark, ni que el mismo Parlamento que le había negado  
 los subsidios le otorgó despues un *bill* de indemnidad por ha-  
 ber violado la ley.

»Todo lo justifica el éxito. El conde de Bismark, sin embar-  
 go, ha mostrado empeño en que no se le atribuya la fórmula en  
 que resumieron sus principios y su conducta, fórmula que ha  
 llegado á tener cierta celebridad. «Debo recordar, dijo, en  
 »la sesion de 12 de Marzo de 1869, que la famosa máxima de  
 »que la fuerza es ántes que el derecho, que yo jamás he usado,  
 »fué pronunciada por el conde de Schweim.» Éste replicó que  
 no había querido atribuir al conde de Bismark la máxima en  
 cuestion, que se había limitado á decir que las palabras pro-  
 nunciadas por el ministro-presidente, podían condensarse en  
 aquella fórmula, y que seguía creyendo que al hacerlo así las  
 había interpretado con exactitud.—En la sesion de 1.º de Abril  
 de 1870, el estadista prusiano volvió á reiterar sus exculpacio-  
 nes. En la de 1.º de Abril de 1871 rectificó de nuevo.

»Lo que nos interesa aquí, en definitiva, es saber qué teoría  
 se deduce de las palabras de Bismark. A mi juicio es la si-  
 guiente: Lo que se llama en Francia *derecho* y en Alemania  
*derecho abstracto* no existe, y la fuerza superior avanza siem-  
 pre en su direccion propia, sin otra regla que ella misma;



¿puede entenderse y concertarse con las demás fuerzas? Entonces hay compromiso. ¿No puede entenderse? Pues hay conflicto: el Gobierno que representa la vida del Estado y que tiene en sus manos la fuerza, prescinde del concurso del Parlamento. En dos palabras: Prestadme vuestro concurso; si me lo negais pasaré adelante. Pero, puede preguntarse, ¿si el pueblo alemán se hallara en posesión de la fuerza y juzgase que la vida del Estado, ó lo que es lo mismo, la suya, no puede suspenderse, y usara de aquella para derribar al Gobierno, tendría á su vez el derecho por cuanto tenía el medio de realizar su voluntad? ¿Ha meditado Bismark esta consecuencia necesaria de su metafísica política?»

¡Qué cándida pregunta y qué pueriles observaciones! M. Fouillée discute con la *naïvete* de un aprendiz de periodista. En todo esto se funda para asegurar que la perspectiva á que en último término nos condenan las escuelas alemanas, es á la de una sociedad reducida á un sistema de fuerzas, dentro de la cual el triunfo pertenece de hecho y de derecho al más poderoso ó al más inteligente. ¿Hay exactitud en tal apreciación? A nuestro juicio no, ni en ella, ni en sus fundamentos. El que se juzgue falsa y escandalosa la existencia del libre arbitrio no es incompatible con cierta libertad social que tiene manifestaciones tan señaladas y categóricas como las de una extraordinaria libertad de conciencia, de pensamiento y de palabra; la pasión de la historia es una cualidad literaria estimable y un freno bastante poderoso á contener los extravíos de la imaginación, cuyos efectos más que en parte alguna han podido apreciarse en estas sociedades meridionales, y en la obra de esos propagandistas que á nombre de ideas absolutas, de principios abstractos y de vagos idealismos quisieran establecer entre el pasado y el presente una solución de continuidad y renovar por completo la sociedad actual, asentándola sobre bases distintas de sus bases históricas. Sino un apasionamiento, se concibe la admiración por los hechos consumados que como cosa vitanda imputa Fouillée á los alemanes. Los hechos consumados forman ese brillante tejido de la historia del mundo que es la obra maravillosa del progreso humano. Necesítase abrigar en el pecho el sombrío escepti-



cismo de los pesimistas para no contemplarla con extática sorpresa, con verdadero júbilo. Los adelantos que cada día se registran en todas las esferas de la actividad humana, son otros tantos testimonios vivos que deponen sobre la excelencia de los hechos consumados. No es un hecho inexplicable el culto que estos inspiran, ni es un argumento contra la libertad, porque esos hechos, si en gran parte son hijos de otros anteriores y de las circunstancias en que se produjeron, llevan también impreso el indeleble sello de la libertad humana.

No hay que protestar tan alto contra la escuela histórica y contra su criterio. Ni los hombres, ni las ideas, ni las instituciones son productos de generacion espontánea. El que no podamos determinar con precision su génesis, no nos autoriza á pensar que las levantó un día sobre los abismos de la nada la mano de un genio, la voluntad de la Providencia ó la inspiracion del acaso. Burke y Savigny formularon una protesta contra las tendencias á un idealismo absurdo que imperó en los últimos años del siglo xviii. Todavía en nuestro tiempo, Fouillée lo confiesa, políticos y sabios ingleses, de cuyo amor á las prácticas de una libertad sincera, sería imposible dudar, no se explican la teoría de los derechos ilegislables proclamados por la democracia francesa, por la democracia española, por la democracia italiana. En las reacciones hay que apreciar como en los movimientos revolucionarios, lo que es transitorio y lo que es permanente. La escuela histórica fué una reaccion contra las doctrinas abstractas; lo permanente en su sentido era la condenacion del exclusivismo á que se entregaron estas últimas. Examinada sin prevenciones su fórmula, se ve con claridad qué es lo que hay en ella de aceptable y de verdadero. El derecho, como todas las ideas, como las costumbres, como la moral, no es una obra de la libertad humana concebida y ejecutada con abstraccion de la realidad, con abstraccion de los hechos anteriores, de los hechos coetáneos, de las circunstancias físicas y morales en medio de las que se produce. Negar esto, es volver al absurdo de Rousseau, tantas veces impugnado, pero que aparece en el fondo de todos los idealismos. El estado natural del hombre,



fuera de la sociedad, y la creacion del derecho en el puro pensamiento, son dos quimeras imposibles. El hombre nace hijo del hombre en el seno de la familia; la idea nace hija de la reflexion y de la observacion en el seno de otras ideas y de todos los hechos acaecidos ántes que ella se produjera y que se verifican al tiempo de producirse. Es el eslabon de una cadena, y claro está que algo influyen los antecedentes en su aparicion. Dice la escuela histórica que el derecho es el desenvolvimiento espontáneo y fatal de las tendencias de un pueblo. No estamos conformes con esa definicion; pero juzguémosla desapasionadamente, ¿excluye por completo toda idea, todo gérmen de libertad? ¿No hay en las tendencias de un pueblo, que es asociacion de espíritus y de inteligencias, una voluntad que reflexiona y decide libremente? Las ideas de Hegel sobre el Estado nos llevan á afirmar la sustantividad y fin propio de éste contra los que se la niegan, como las ideas de la escuela histórica nos llevan á considerar que debe tenerse en cuenta el elemento histórico contra los que tambien le niegan todo valor. Las palabras de Strauss son asimismo exactas: los grandes conquistadores han sido casi siempre representantes de aspiraciones generales. Europa ha sufrido la invasion de gran número de caudillos bárbaros por Oriente; esos caudillos capitaneaban pueblos ansiosos de venir á habitar en regiones como la Arménia, como la península de los Balcanes, como el Asia Menor, como Palestina y Siria y Mesopotamia, codiciadas por la riqueza de su suelo, la benignidad de su clima, lo favorable de su situacion y aún por lo sereno y plácido de su horizonte. Los bárbaros del Norte anhelaron constantemente poseer nuestras bellas comarcas del Mediodía, tanto más bellas cuanto más triste era la existencia en medio de sus eternas brumas. El mismo emperador de todas las Rusias, Alejandro II, si se le considera como un conquistador, ¿no hay que decir de él que lo impulsa todo un pueblo, que en el fondo de sus ambiciosos proyectos late el deseo de expansion de la raza eslava? Este deseo será más ó ménos legítimo; desde luego lo es más que el de Inglaterra á dominar el mundo; pero existe. La frase de Strauss es verdadera, gráfica. Toma en cuenta un hecho antiquísimo y repetido. Por mucho que se medite sobre



ella no será posible hallar de qué modo guía el ánimo á las conclusiones que sienta Fouillée.

Tan indudable ó más que esas palabras, lo son las que á seguida añade el autor de *La antigua y la nueva fe* y de la *Vida de Jesus* más erudita que posee la literatura contemporánea. Es un empeño quimérico el empeño de suprimir la guerra. Los redactores de *La feuille d'Olivier* merecen bien de la humanidad por sus generosos y nobilísimos sentimientos; pero la humanidad se ha empeñado en no atender los consejos que le prodigan y en no convencerse ni aún con las horribles estadísticas que le ofrecen diariamente los amigos de la paz. El derecho internacional ha realizado en nuestro tiempo grandes progresos, inspirados en el deseo de hacer más duradera la paz y ménos crueles é injustas las guerras; pero no ha sido posible ir más adelante. Miéntras que la humanidad esté dividida en pueblos independientes, éstos abriguen distintas pretensiones y no puedan llegar pacíficamente á un acuerdo respecto de ellas, el cañon será su *ultima ratio*. Puede aspirarse á que disminuya el número de casos en que se apele á la fuerza; pero aspirar á que desaparezca la intervencion de ésta es ilusorio. Por lo demas, la época en que hayan de unirse todos los pueblos y en que hayan de respetar para la solucion de sus diferencias las decisiones de un tribunal libremente elegido por todos, está tan distante de nosotros como esa otra soñada por Spencer, en que desaparecerán los gobiernos, y el mundo convertido en una gran organizacion industrial, no necesitará de fuerza pública para mantener el órden, ni aún de magistrados para que no se consume ninguna violacion del derecho de los ciudadanos. No hemos de discurrir para tan remotísimo período. Nos ocupamos en examinar el concepto de derecho que puede establecerse y admitirse ahora; nos ocupamos en investigar qué ideas deben legítimamente influir en el derecho público moderno, y entre ellas para el derecho público internacional, damos un puesto á la de guerra, como para el derecho público interior damos un puesto á la coaccion por la penalidad y por la fuerza. Un tratadista de derecho público debe admitir, sin dudas de ningun género, la frase de Strauss. Las guerras son inevitables. Sería



hasta peligroso suprimirlas, porque no sólo ha de considerárselas *ultima ratio* de los pueblos, sino medios que el progreso tiene de imponer sus leyes en ciertos casos y medios verdaderamente insustituibles. Ejemplo: China ó Japon se niegan á comerciar con los pueblos cultos de Europa; cierran sus fronteras á todo progreso y exigen en nombre de la soberanía y de la independencia á que sus respectivos Estados tienen derecho á gozar que la civilizacion se detenga ante sus murallas. ¿Es legítimo en este caso luchar é imponer por la fuerza lo que de grado no se admite? El derecho no es la fuerza; pero en ese caso emplear la fuerza es hacer uso de un derecho. Marruecos es nuestra tierra prometida. Si España ha de levantarse algun dia de la postracion en que hoy, por culpas de todos yace, será sólo cuando la inspire el empeño de realizar nuestras grandes reivindicaciones nacionales, cuando la inspire el empeño de deshacer la impía obra de Alfonso VI, cuando arrojemos á los ingleses de la Punta de Europa, ó cuando cumplamos el testamento de Isabel la *Católica*. Tenemos derecho á cristianizar y civilizar, en nombre del mundo culto, el Norte de África. Al llevar á cabo esa mision, ¿quién duda de que necesitaremos emplear la fuerza para vencer la resistencia de los naturales á nuestros propósitos? Pues nos asistirá derecho para emplearla. Por casos de esta ó de índole análoga, ha dicho Bluntschli que la guerra es un medio indispensable para asegurar los progresos necesarios de la humanidad. La guerra, añade el insigne Presidente del Instituto de derecho internacional, concurre á la creacion del derecho; no es sólo una manifestacion de éste, sino realmente una fuente de derechos. ¿Quiere decir el esclarecido maestro con todo eso que la fuerza sea el derecho? No. ¿Quiere decir lo que ya indicaron los jurisconsultos romanos en sus más altas concepciones jurídicas, quiere decir que la fuerza y la guerra son elementos que han de tenerse en cuenta siempre que se fijen las ideas que influyen en el derecho público de las naciones?

La lucha por la existencia es la afirmacion de un hecho. Fouillée lleva trazas de hacer con Darwin lo que con Malthus sus contradictores. Los términos en que Schopenhauer se lamenta de que la fuerza reine sin rival en el mundo, tampoco



son lo que Fouillée supone, ni pueden entenderse con arreglo á la interpretacion que afirma de todas estas manifestaciones del espíritu germánico. Otro tanto sucede con la teoría política de Bismark, falseada por el conde de Schweim más que resumida en esa célebre fórmula de: *La fuerza es ántes que el derecho*, que ha dado la vuelta al mundo.

Y es lógico. Basta concebir la idea de derecho, basta admitirla y otorgarla cierta realidad, siquiera se la asigne un papel más secundario del que le corresponde en este juego de las ideas y de las instituciones que constituyen la economía social, para suponerla en esfera superior y más elevada á la en que se sitúa la fuerza. Subordinarle el derecho, equivale á negar el derecho mismo, y ni Schopenhauer ni Bismark han pensado en esto. Las palabras de Schopenhauer son, y la índole de toda su filosofía justifica esta interpretacion tan lejana del espíritu con que comenta Fouillée aquel extracto, una queja lanzada ante el espectáculo de la injusticia triunfante. Las palabras de Bismark son la enunciacion de una verdad que no puede negarse, de una verdad de que la historia contemporánea de todos los países nos ofrece ejemplos.

Los movimientos políticos no se ajustan siempre á la letra y al espíritu de las leyes; en muchas ocasiones las falsean y desnaturalizan, en otras las violentan abiertamente. Sucede esto, entre otras ocasiones, cuando se extrema el ejercicio de esas leyes mismas, pretendiendo que ellas amparen algo en cuyo fondo existe lo absurdo, ó algo de que pueden nacer inevitables peligros sociales. Entónces un grande interes se opone al cumplimiento de la ley; faltan medios de proceder á su derogacion, y en la lucha empeñada sucumbe el principio que menor número de defensores tiene, que ménos fuerzas cuenta, entre las fuerzas que le apoyan. La teoría de Bismark debe entenderse explicada por los hechos mismos que la hicieron nacer. Bismark alimentaba el propósito, que iba á realizar con las guerras gloriosísimas para Alemania á que va unido su nombre, de constituir el imperio y de dar en él á Prusia el primer puesto, excluyendo á Austria de la patria germánica. No era posible que declarase este propósito, que la publicidad hubiera comprometido, y necesitaba subsidios con que ir or-



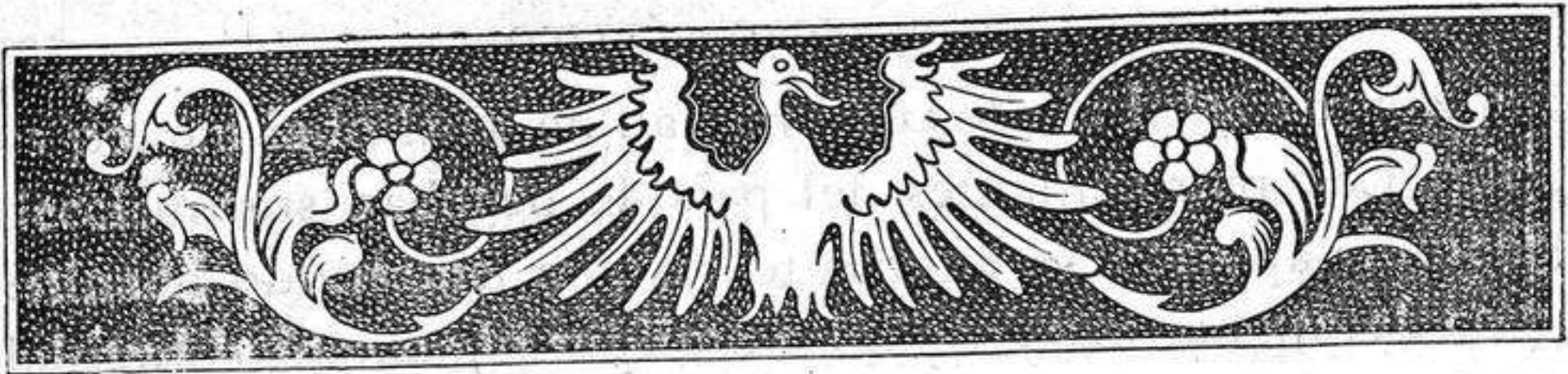
ganizando los elementos que habían de auxiliarle para ejecutarlo. Los representantes del país le negaban sus subsidios. Entónces apareció su famosa teoría que ha servido de base á tantos comentarios y que no es, como hemos manifestado, sino la expresion de un hecho. La vida del Estado, dijo, no puede interrumpirse jamás, y cuando entre los poderes que lo constituyen se suscita un conflicto, cuando sus luchas vienen á constituir un obstáculo, ante el cual parece que aquella existencia habría de detenerse, la fuerza hace desaparecer ese obstáculo. Los diputados de Prusia pudieron quejarse de la falta de cortesía parlamentaria con que el futuro Canciller del imperio los trataba, formulando desnuda y escueta esa terrible amenaza para obligarles á que votaran el subsidio; pero no atribuirle la doctrina que puso en sus labios el conde de Schweim, porque esta doctrina quiere decir una cosa muy distinta de lo que Bismark había expresado.

Nosotros no hemos acertado á ver en nada de esto que se pretenda reducir la sociedad á un sistema de fuerzas, si ese término se emplea para indicar algo que está inseparablemente unido á la idea de violencia, y en cuanto á que gobiernen el mundo los más fuertes y los más inteligentes, sobre que las leyes del equilibrio social lo determinan siempre, no vemos nosotros que haya de acogerse esa idea con muestras tan marcadas de repugnancia. Es una idea á la cual se llega de hecho con todos los sistemas y á la cual acaso es útil y justo llegar, por interes de los pueblos mismos, por interes de todo lo que el gobierno de un país representa y significa.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.







## ESTUDIOS SOBRE SCHILLER (1)

### PRIMER ARTÍCULO.

#### I.

**L**A tendencia á lo grandioso no es en principio favorable al artista ni al poeta: la poesía quiere representar la vida: la medida de la existencia es, pues, la suya. Cuanto más vivas son sus creaciones y más notables sus pinturas, mayor es su perfeccion. La tendencia á la grandeza, á lo sublime, á lo extraordinario, puede arrastrarle fácilmente á lo desmesurado, y de aquí amenazar al arte en sus condiciones naturales. Figurémonos un hombre al que su potente naturaleza impulsa á engrandecer

---

(1) Estos estudios son de M. Kuno Fischer, profesor de filosofía en la Universidad de Jena. Se componen de dos lecciones públicas dadas en Jena por M. Fischer, fuera de su enseñanza académica, ante una reunion de sociedad, y se publicaron despues en Francfort. Nuestros lectores confirmarán indudablemente el éxito que alcanzaron en Alemania: Schiller es bastante conocido, pero se le conoce mejor siguiendo el análisis de M. Fischer. El primer estudio se titula en aleman: *Confesiones (Selbstbekenntnisse) de Schiller*. Las confesiones de que se trata en él son la revelacion del poeta por sus obras. El segundo, que tambien publicaremos, se titula: *Schiller filósofo*.



sus sentimientos, sus conceptos, y á complacerse sólo en los más grandes; un hombre cuya imaginacion se esfuerza en dar al mismo tiempo forma y expresion á estos sentimientos: en tal organismo, la fuerza que concibe entrará fácilmente en lucha con la potencia plástica. La primera pertenece al poeta, y la segunda al artista. Vemos entónces en la misma inteligencia establecerse una lucha entre el poeta y el artista, en la cual no debe sucumbir ninguno, y se forma una de las acciones más grandiosas y arrebatadoras del genio humano, si ambas consiguen vencer equilibrándose.

Tal es el espectáculo que quisiera presentar aquí. Quisiera demostrar cómo Schiller ha atravesado las fases de esa lucha interior, y cómo educó en sí mismo el poeta y el artista. No quiero decir que tuviese que apelar á un esfuerzo artificial, ni que la facultad plástica fuese menor en él que la facultad poética: fueron igualmente poderosas y primordiales; pero la primera debía en principio sucumbir ante la segunda, porque no podía elevar los conceptos desmesurados á las formas puras y transparentes del arte. Y no obstante, esforzóse en ello, y quiso apoderarse de la forma más viva que existe, la forma dramática. El poeta se abstraía en sus conceptos, que la impetuosidad de su naturaleza impulsaba á lo grande y á lo excesivo. El artista quería, no sólo expresarlos, formularlos, sino desprender de ellos caracteres, que así concebidos no podían ser más que los porta-voces, las imágenes multiplicadas del poeta.

El desarrollo poético de Schiller comprende una de las épocas más inquietas y trabajadas de la historia: son los años de 1770 á 1790. Al principio de este período surgió en Alemania la filosofía de Kant; el fin se señala por los albores de la Revolucion francesa. Estos dos acontecimientos marcan justamente los límites entre los cuales transcurre la historia del genio poético de Schiller. Son sus *años de viaje*: empiezan por su fuga; á la cual se resuelve para ser poeta ó más bien para llegar á serlo: acaban despues de muchas agitaciones y borrascas, dándole una nueva patria y un hogar doméstico. En 1780 fué alumno de la escuela Charles, en Stuttgard; en 1790 profesor en Jena.

En ciertas condiciones que no se encuentran en todas las



épocas, el hombre se inclina naturalmente á la contemplacion de su propia naturaleza; la fuerza plástica toma entónces por asunto el alma en sí misma, y procura hacer sensible lo que la conmueve y apasiona. En tal situacion, la poesía, sea cual fuere la forma preferida, adopta un carácter confesional. Se convierte en la confesion íntima del poeta y su revelacion por sí mismo. Expresa lo que todos los corazones conmovidos sienten con él, y lo que siente más poderosamente que ellos. «Y cuando el dolor ahoga en el hombre la palabra, un Dios »le inspira decir lo que sufre.» Este carácter confesional de la poesía no es un accidente: nace del espíritu de una época. Y justamente es muy notado y muy significativo en los orígenes de nuestra poesía moderna. La confesion lírica se ha hecho una necesidad irresistible: es una ley que la poesía obedece; es el tono fundamental sobre el cual se modula. Para comprender una poesía en este diapason, es preciso haber penetrado en el carácter del poeta y en la modalidad del sentimiento que le sirve de base. Es el único punto de vista en que debe colocarse uno para explicar obras de este género. Es más psicológico que estético; considera en el poeta al hombre más que al artista. Elijo, pues, este punto de vista para analizar las poesías que pertenecen á los *años de viaje* de Schiller. Todas son el reflejo de su vida íntima. Su sola regla, la única ley de su sucesion, es la evolucion de su vida. Así, pues, sólo encontraré en ellas el alma del poeta: su desarrollo no lo explicaré más que por el de éste: el original es él, y ellas la copia; de obras de esta naturaleza, determinadas por el espíritu de los tiempos modernos, no podrá indudablemente decirse lo que el mismo Schiller dijo del universo, obra magistral divina: «¡No se ve el artista: modesto, se oculta detras de las leyes eternas!» Pero no se debe aplicar á esta poesía la medida del arte. Se ve el artista, aparece en todo, y él es el que quiere presentarse ante todos. Por las obras de nuestro Goethe y de nuestro Schiller, recibimos la más viva y limpia expresion de ellos mismos. ¿Puede decirse otro tanto de los poemas de Homero y de las tragedias de Shakspeare? Sus obras son claras y sus personalidades oscuras. En ellas se puede decir que no se ve el artista, y que modesto se oculta detras de las leyes eter-



nas. Es de notar que el único personaje de Shakspeare dotado de la vocacion confesional *Hamlet*, es precisamente el único de que Goethe se apoderó, haciéndolo ver claro á sus contemporáneos. Hago esta observacion sin objeto alguno crítico: no puedo pensar en motejar á Goethe y Schiller el no haber sido Homeros ó Shakspeares. Por el contrario, concibo muy bien que no podían serlo. El espíritu de la época en que vivían, y que vivía en ellos, debía hacer de su poesía la revelacion de su alma, y la accion de esta poesía fué irresistible, fatal, como su nacimiento. Empecemos por estudiar desde más cerca la disposicion general de donde salió.

## II.

Si se pudieran descubrir los sentimientos como se descubren las leyes de la naturaleza, diría que el siglo XIX ha descubierto una nueva manera de sentir; digamos más bien que la ha hecho nacer; se nos aparece, en efecto, como el inevitable resultado de las condiciones intelectuales de la época.

Las miras filosóficas y todo el conjunto de la direccion científica, íntimamente ligados al protestantismo, se fundaban ante todo en la investigacion de la naturaleza. Hacia la naturaleza como hacia la sola verdad real y normal, se encaminaba la necesidad de conocer, despierta de nuevo en los hombres. La mirada infatigable del observador recorría el mundo desde las estrellas del cielo hasta los estambres de la flor, y saciada del espectáculo de las grandes masas de la mecánica celeste, registraba la naturaleza microscópica hasta sus últimas ramificaciones y en sus más imperceptibles organismos. La verdad natural transformó en medida de todas las demas y quiso extenderse á todo el acuerdo con la naturaleza.

El alma humana tambien debía aportar al mundo ciertas verdades imprescriptibles, leyes de la vida intelectual y moral, y como consecuencia de estas « verdades innatas » se reclamaba un derecho natural, una religion natural. Persiguiendo este



acuerdo con la naturaleza, llegábase muy pronto á desdeñar las costumbres tradicionales, y este desden debía forzosamente terminar en un conflicto con los poderes de la historia. Esta contradicción debía apasionarse, á medida que se apasionaban los ánimos por la dirección en que se veían guiados. Cuanto más se abstraía uno en la naturaleza, más indiferente y hostil se hacía á las tradiciones de la historia. Supongamos que esta dirección se sigue hasta su extremo grado: nos hallaremos entónces completamente entregados á la naturaleza, completamente extraños á la historia, y de esta manera de sentir es de la que yo trato. Es difícil realizarla en absoluto y absorberse en ella por completo, porque es difícil libertarse por entero de los poderes de la historia y de la educación tradicional. Iré aún más lejos: tal separación realizada seriamente, no sólo es difícil, sino anti-natural, porque la costumbre histórica es para el hombre una segunda naturaleza. Pero el genio de una época no se detiene y va hasta el fin; y aquí, bajo este punto de vista exaltado, el mundo de la historia debe aparecer como una caricatura y la naturaleza como una sirena. Esta no es ya entónces un objeto científico de observación, sino de abandono apasionado; no se estudia ya, se ama, tanto más violentamente cuanto más alejado de ella se está por la vida histórica y los convenios sociales. Es la verdad única, la historia una mentira. Para conferir á la naturaleza este imperio exclusivo, basta solamente divinizarla. Pero la naturaleza divinizada no es ya un objeto del pensamiento ni de la investigación, pertenece al sentimiento y á la imaginación. Así vivió en el sentimiento y en la imaginación de J. J. Rousseau. Llegó á ese límite á que tendía el siglo. La pasión de la naturaleza no podía ir más lejos que este sentimiento patológico, y este sentimiento no podía ser más exclusivo en nadie que en Rousseau. Halló su intérprete en aquel carácter notable y trágico. Ya no son en este punto las leyes naturales las que encienden la curiosidad científica del espíritu, es el poder mágico, elemental de la naturaleza que le encanta: es la naturaleza solitaria, la naturaleza sin el hombre, la que repuebla con los hijos de su imaginación, son las rocas de Meillerie, es el lago de Ginebra, donde Saint-Preux piensa en su Julia; la ermita y los bosques de Mont-



morency donde Rousseau crea su nueva Eloisa; el lago de Biemme donde, perseguido, se refugia para pedir seguro á la soledad. Allí abandona al viento y las olas su barca aislada, y sumido en los ensueños de su fantasía, exclama con pasión: «¡Oh naturaleza! ¡Oh madre mia! ¡Aquí estamos solos, aquí soy feliz!» En este goce devorador y solitario de la naturaleza los únicos objetos que le ocupan son sus sentimientos. Lo que su imaginación ve son hombres que sienten como él; y cuanto más ama á estos seres imaginarios, más huye de los hombres reales, que cree le engañan y persiguen por doquier. No sorprende que estos sentimientos le fueran tan caros y que se le representen como «únicos.»

A menudo, cuando expresa en sus *Confesiones* una emoción viva, un sentimiento apasionado, añade: «Nadie sintió jamás de este modo.»

Pero en este orden de sentimientos, ¿qué resta del mundo humano? Nada más que la inclinación del individuo hácia el individuo, del hombre de la naturaleza hácia el hombre de la naturaleza: nada grande ni envidiable más que la amistad y el amor. La amistad y el amor ganan todo lo que pierde el resto de la humanidad: se convierten en los bienes supremos, que son los únicos que hacen desear la vida: ocupan y consumen todas las fuerzas del alma. Todo el problema de la vida aparece resuelto y conseguido el fin más alto de la existencia, cuando los corazones se conmueven, cuando el sentimiento responde al sentimiento. Ciertamente que la amistad y el amor no eran manifestaciones nuevas del corazón humano, son tan antiguos como el mismo corazón; pero nunca parecieron tan jóvenes, tan seductores, tan mágicos, como cuando se reconoció en ellos solos la verdadera y pura naturaleza del hombre, el ideal humano. Precisamente esta exageración constituye el nuevo modo de sentimiento que quiero caracterizar. Rousseau lo reveló al mundo en una novela que, hablando propiamente, cuenta, no hechos, sino emociones: eran las cartas de dos amantes, y dió á esta novela un título muy significativo: *La Nueva Eloisa*. Por monótona que fuese, actuó mágicamente sobre las almas: caía en un mundo frívolo é indiferente, acostumbrado á burlarse de aquellas pasiones que



el autor de la *Eloisa* presentaba como la más profunda llama de la vida. En el ruidoso torbellino de la vida social, estas pasiones se fingían como un brillante fuego artificial: en la novela del lago de Ginebra, ardían como devoradora brasa. Este contraste actuó de pasmosa manera. El libro apareció en París al principio del Carnaval. Una princesa lo recibe cuando se prepara á ir al baile de la Opera. Lo abre para abreviar la última hora de espera: lee. A las doce manda enganchar y sigue leyendo. Le anuncian que el coche está dispuesto: no contesta. Los criados la advierten que son las dos.—«No hay prisa,» dice, y continúa su lectura. Su reloj se pára: pregunta y la notician que son las cuatro. «Entónces ya es tarde para el baile; ¡que desenganchen!» *La Nueva Eloisa* la cautiva y lee toda la noche.

Pero ¿en qué queda el conjunto de la vida, en la teoría de Rousseau?—La vida, responde Rousseau, debe ponerse de acuerdo con el ideal, natural con una nueva educacion y un nuevo órden de cosas.—Pero este ideal es indeterminado: no existe más que en el sentimiento y en la imaginacion; es un paraíso que es preciso fingir para poseer, crearlo para gozarlo. Así toda la vida del espíritu emigra á un mundo fantástico: disposicion del alma muy poética indudablemente, pero muy peligrosa, si se la considera bajo el punto de vista de los verdaderos intereses de la vida práctica. El ánimo embriagado concibe y varía á capricho la imágen de un mundo nuevo, feliz, sin comprender bien que compone un inocente idilio, ó que tiene la temeridad de instituir con su sueño el mundo real, ó que se subleva contra la historia, y se refugia en la Arcadia primitiva. Las almas sobrecitadas llegan á un estado de tension apasionada, donde su juvenil intemperancia de innovaciones alterna con sentimientos de idilio; donde sus impetuosos proyectos para el porvenir rivalizan con embriagadores sueños de felicidad y amor. Vése sin trabajo que, á despecho de su pasion y ardor, este esfuerzo de la imaginacion no puede hallar satisfaccion real y duradera. Estos deseos son vagos y confusos como nuestras primeras sensaciones de la primavera, y como ellas, están llenos de presentimientos y seducciones. Pero el corazon humano se consume necesariamente



en esta tension apasionada : de cada contacto sério con el mundo y los hombres, tiene que rehacerse desengañado en sus ilusiones. Principia con el entusiasmo ardiente y amable, para terminar con la hipocondría impotente y morosa. Tal fué la suerte desgraciada y muy comprensible de Rousseau. Hubiérase necesitado una fuerza moral y poética muy superior á la suya para reconciliarse con el mundo tal como es, posesionarse de él con amor, y henchirse de su rica belleza, en vez de aislarse en la amargura de su alma y devorar sin cesar las propias ilusiones, ya tantas veces muertas. «Sólo teme á los hombres el que no los conoce, y el que huye de ellos no los conocerá nunca,» dice el príncipe en el *Tasso* de Goethe. En este caso se vió Rousseau y de este modo pereció. La oposicion permanente semi-trágica, semi-idílica contra el mundo, no sólo arruina el corazon, sino que empobrece la mente. El destino del poeta está, pues, ligado de todos modos á esta cuestión : si tiene ó no fuerzas para renunciar á tiempo á una dicha imposible y falsa, y por tanto, para dejar derrumbarse su mundo fantástico ante el mundo real y abandonar la posicion donde estuvo Rousseau enclavado, tratando en vano de desquiciar el mundo y sin conseguir más que verse colocado fuera de todas las condiciones de la vida : si sabe ó no huir de la sirena que inevitablemente le atrae al abismo para ver en la historia algo más que un mundo decaído, desfigurado, infiel á su ideal. En una palabra, la cuestión vital para el poeta es saber si podrá conciliar su mira ideal del mundo con las miras históricas.

### III.

Debo decirlo inmediatamente : esta cuestión está resuelta. El genio de la poesía vino hácia nosotros para pasar del mundo de los ensueños, donde lo confinó Rousseau, al mundo real, no sin dolor ni destrozo, pero con una fuerza tanto más grande y un noble impulso hácia el fin, cuanto más alto éste se hallaba. Nuestro Schiller es el que efectuó el paso revelándonos



todas sus etapas en sus *años de viaje*. Ha vuelto á levantar y purificado la imaginacion, elevándola á un concepto del mundo á la vez poético y positivo, que se une á la historia con amor. Nadie con más fuerza que él sintió el encanto de Rousseau, ni lo experimentó más en su vida, ni más lo expresó en sus obras, hasta que tuvo energía bastante para romperlo. Su evolucion empieza por un himno á Rousseau y concluye por un himno á la gloria de la historia. Y como su imaginacion tiende naturalmente á lo grande é inaccesible, Rousseau se le aparece en un principio como el más grande de los hombres, y comparados con él todos los demas son pequeños, y pequeños sobre todo sus perseguidores.

«¿Y qué son los que juzgan al sabio?—Escorias impuras que se abisman en las profundidades.—Sombras que disipa la mirada luminosa del genio.—Olvido de la creacion.—Contra el gigante Rousseau, niños enanos.—Para los que nunca encendió su Ílama Prometeo.»

Como Rousseau, Schiller se pierde en la adoracion apasionada de la naturaleza. En su juvenil efervescencia, no trata más que de elevar sus sentimientos tan alto, y expresarlos tan violentamente como sea posible, para darles la fuerza de apoderarse de otras almas y penetrar en ellas. Su sentimiento es para él más que toda realidad. Tiene conciencia de él, y lo confiesa en alta voz. Cuando se trata de representar su segundo drama, hace imprimir y fijar cerca del cartel una advertencia al público, en la que dice: «Una sola emocion grande, si mi temeraria ficcion consigue hacerla nacer en el pecho de mis oyentes, vale para mí más que la más estricta verdad histórica.» Y en esta misma advertencia añade, con motivo del héroe del drama: «Fiesque, á quien recomiendo desde ahora, recordando que J. J. Rousseau lo tenía en su corazon.»

Esta exuberancia de sentimiento y de imaginacion, esta exaltacion de la naturaleza, esta oposicion apasionada al orden histórico, toman involuntariamente en Schiller la forma dramática, y los primeros dramas suyos tienen su razon de ser en esta tension de espíritu, semi-trágico, semi-idílico. La apreciacion estética conviene ménos aquí que la apreciacion psicológica. No pueden explicarse estas obras por sus personajes; es



preciso explicar los personajes por Schiller. Son las proyecciones de su imaginacion bocetos que copian ante nuestra vista á él mismo ó á su opuesto. Son confesiones bajo forma dramática. La forma dramática es el método de que se sirve para afirmarse y describirse. Le es indispensable: aquella poderosa naturaleza quiere manifestarse del modo más vivo, más enérgico, y duplicarse, por decirlo así, en esta exposicion de sí misma: el drama es su ley, su elemento, y nadie podrá renunciar á descubrir en sus obras juveniles una fuerza que anuncia el primer genio dramático de Alemania. Pero el valor y la significacion de estos dramas cambian mucho, si en ellos se consideran los personajes en sí mismos y si se buscan sus caractéres. La materia de un drama es una accion que se realiza por medio de personajes; pero los personajes deben llevar consigo la regla de su conducta. «Cuando me apodero del fondo de un hombre, dice el mismo Schiller en su *Wallestein*, conozco tambien su voluntad y sus actos.» Ahora bien: es preciso que todo personaje tenga tal fondo que constituya verdaderamente un carácter. Si no lo tiene, no es dramático. Si un poeta no siente más que el deseo de manifestarse él mismo y de dar salida á las emociones de su alma, podrá arrebatarnos si su aliento es poderoso; pero una cosa le faltará, y es la fuerza y madurez para producir caractéres distintos de él, consistentes, fundados en sí mismos: no representará más que á sí propio en las crecientes imágenes de su fantasía: no nos mostrará más que copias de su alma, jamás un carácter original, independiente que viva con vida propia. Sigamos sus creaciones hasta el postrer principio, y no hallaremos más que el alma del poeta pasando de forma en forma en un mundo imaginario ó revelándose en todos los caractéres que ponga en accion. Observaremos entónces si el poeta se conduce como los caractéres que representa, ó si hace que éstos se dirijan por él, si los desprende de su vida ó si los conduce por el lindero del sentimiento propio. En el último caso, los personajes serán hijos y no darán un paso sin su padre; hijos poderosos, sin duda, por serlo de tal padre, pero niños.



## IV.

Representémonos ahora al joven Schiller simpatizando con Rousseau, viviendo en el ideal de la naturaleza y del pasado, apasionadamente excitado contra el orden histórico, que le parece ficticio, y bajo el yugo de circunstancias que favorecen y estimulan estos sentimientos. ¿Qué emprenderá una imaginación tan alta llena de fuerza y ávida de acción? Se creará un tipo de potencia humana en el orden natural, y una caricatura de depravación humana en el orden de una civilización ilusoria y corrompida: su ideal será un desheredado al que no reste más que el sentimiento de su fuerza: ante el estado histórico fundado sobre las leyes, constituirá un estado natural de las fuerzas desencadenadas, sin lazo y sin relación alguna con el mundo social y civilizado. Estos cuadros tomarán los colores más vivos en la fantasía del poeta: ved las selvas de Bohemia, ved á Karl Moor, ébrio de naturaleza, fanático de los tiempos primitivos, hijo desheredado, jefe de bandidos, adversario armado del orden establecido. Su primera palabra sale del alma del poeta. «¡Me repugna este siglo papeleador cuando leo en mi Plutarco la vida de los grandes hombres! Guarecíanse contra la sana natura con absurdos convenios. Necesito aprisionar mi cuerpo en un corsé y mi voluntad en leyes.»—«La ley hace arrastrarse como gusanos á los ánimos nacidos para volar como águilas.»—«¡La ley no ha formado aún ningún grande hombre, pero la libertad engendra colosos!» Sentimientos por cierto heroicos; pero que en vez de salir de un carácter, salen de la imaginación del poeta. Esta exaltación no es real, porque á ella se sigue inmediatamente el idilio. Junto á las reminiscencias de Plutarco viene á colocarse el recuerdo del lugar natal, y el vuelo del águila se olvida. Ahora Karl suspira por la sombra de los bosques paternos y el enlace con su Amelia, como hace poco por las victorias de Anníbal y de Escipion. Lo heroico y lo idílico alternan en él como en el sen-



timiento del poeta. Rechazado, expatriado por las viles intrigas de su hermano, se abandona á una cólera indomable, y por un terrible juramento, se hace bandido en la más espantosa acepcion de la palabra. Pero el oficio de bandido es bajo y abominable en la realidad: Karl por la imaginacion se hace un bandido ideal. «La represalia será su oficio, la venganza su profesion.» Quisiera improvisar la justicia que no encuentra en las relaciones sociales; pero sus fantasías de derecho natural las ve desmentidas, destruidas por sus compañeros, que son bandidos verdaderos y cometen con alegre corazon atrocidades sin número. Moor se halla confundido: se encuentra obligado á confesarse á sí propio que no es el hombre destinado á empuñar la vengadora espada del tribunal supremo. Su imaginacion le ha llevado contra la sociedad organizada, que le parecía mala, y se rodea de la más detestable. Desde el bandolerismo real, necesita refugiarse de nuevo en su fantasía, en los sentimientos heroicos é idílicos. El aspecto del sol poniente le conmueve hasta el llanto. «¡Así muere un héroe!» dice, perdiéndose en tal contemplacion. Los pensamientos de la infancia reviven y con ellos los insaciados ardores de la amistad, y el amor y el recuerdo del paterno techo, y los verdes valles de otro tiempo. Pero á su vez los sentimientos tiernos, idílicos, despues de expulsar al sentimiento heroico, no resisten ante él. Los bandidos se han batido como leones, han realizado un hecho de alta imaginacion: sólo han perdido á uno de los suyos y han matado á trescientos sitiadores! Esta magnífica accion subyuga su sentimiento heroico, los recuerdos de su infancia desaparecen, y por los huesos de su Roller jura no abandonar nunca á sus camaradas los bandidos.

Tal es este voluble jóven; toda impresion poderosa le arrastra, y la sensacion del momento le subyuga irresistiblemente. Poco hace que, dominado por la impresion de sus crímenes, quería huir de los bandidos; ahora, vencido por la de su valor, quiere no abandonarlos nunca. Con tal de que las impresiones sean fuertes, poderosas, imponentes, obedece á ellas como á una fantasía de poeta; nada más natural, porque él mismo no es más que fantasía. Fáltale el fondo propio, que es el único que constituye un carácter. Y la impresion que recibe es la



que da; impone involuntariamente. Kosinsky llega buscando al *gran conde de Moor*. Lo encuentra, y apenas lo ve lo reconoce. «Deseé siempre ver al hombre de mortal mirada, tal como estaba sentado sobre las ruinas de Cartago. Ahora ya no lo deseo.» Moor es este hombre. Recuérdesele ahora soñando hace poco con la dicha, con la infancia, con el candor y con los frescos valles, llorando á la vista del sol poniente, queriendo comprar al precio del trabajo del jornalero la beatitud de una lágrima, y no se le podrá atribuir con verdad á este tierno y entusiasta jóven una cabeza de Mario. Es la fantasía de Schiller que, ora heroica ó ya idílica, va de Plutarco á Rousseau en el espacio de un instante; siente con el alma de Karl Moor, ve con los ojos de Kosinsky, en ninguna parte hay caracteres propios, en todas reflejos del poeta. Ante la adolescencia de Kosinsky, Moor se muestra como un hombre que conoce la vida y que tiene derecho de advertir á los otros; rechaza al novicio que quiera ser individuo de su estado natural; pero éste, con una sola palabra, destruye todas las poderosas objeciones de Moor. Cuéntale la desdichada historia de su amor, y el solo nombre de Amelia, la sola música de este nombre tan querido, desconcierta al héroe y pone de nuevo ante sus ojos como de un modo mágico el idilio del país natal. Kosinsky se alista y la consigna es: «Ella llora, ¡llora! Pasa su vida en el dolor. ¡Sus! ¡Pronto! ¡Todos á Franconia!» Así los sentimientos heroicos alternan con los idílicos como las selvas de Bohemia con la Franconia.

De regreso al país natal, todo en él es sentimiento, todo éxtasis. El héroe, el bandido desaparece; toda su alma se hace idílica é infantil y se funde en simpatía por la patria.

—«Tierra de la patria, sol de la patria, cielo de la patria, y llanuras y colinas, y rios y bosques, os saludo á todos desde lo íntimo de mi corazón. Qué deliciosamente pasa el aire de las montañas de la patria! ¡Eliseo, mundo poético! ¡Detente, Moor; tu pié huella el suelo de un templo sagrado!»

Los cuadros de su infancia aparecen vivos ante sus ojos. También los juegos de su infancia vagaron del heroísmo al idilio: «Hélos aquí, los nidos de golondrinas en el patio del castillo y la puertecilla del jardín, y este rincón del vallado don-



de tantas veces te ponías en acecho, y más abajo, en el valle, la pradera donde tú, el héroe Alejandro, llevaste á los macedonios á la batalla de Arbela, y allá léjos la colina cubierta de césped donde venciste á los sátrapas de Persia.» De igual modo que la batalla de Arbela puede darse en un valle de Franconia, en la caprichosa fantasía de un niño y el heroísmo al idilio, Plutarco y Rousseau uniéronse en la imaginacion de nuestro héroe. Fué niño: su imaginacion goza en recordar lo que entón-ces le ocupaba y su alma sólo vive en sus ilusiones. Pronto tocará su vez á Plutarco, como en Amelia á Homero. No son las despedidas de Héctor y Andrómaca, él es Héctor y Andrómaca ella; no se sirven de la Iliada más que para trasportar su égloga al tono heróico. Cuando Héctor-Moor dice: «Todos mis deseos, todos mis pensamientos quiero sumirlos en las tranquilas aguas del Leteo, pero mi amor no.» Es sencillamente una declaracion de amor expresada en estilo heroico. Y el encuentro de Bruto y de César en los infiernos despues de la batalla de Filipos, es capricho de la fantasía que tan pronto simpatiza con Bruto como con César, y cuyo entusiasmo juvenil se dirige ménos á caractéres precisos que á la grandeza y á la fuerza en general. El bandolerismo de Moor no es en sí más que un juego de la imaginacion mal urdido. Se idealizó como bandido, quiso jugar á los bandidos, y su verdadera tragedia consiste en que no se juega con la vida real, con la historia y con las relaciones sociales. Esta experiencia termina su fantástica carrera. Al desenlace, necesita hacer esta confesion: ¡Oh, vana niñería! Héme aquí al borde de un espantoso abismo, experimentando con rabia y rechinamiento de dientes, que dos hombres como yo harían arruinarse el mundo moral.» En esto solamente la fantasía sostiene aún la ilusion de su propia grandeza, y se figura que el mundo moral es tan fácil de destruir.

Karl Moor no es un carácter precisado, que tiene en sí mismo su principio: es una creacion de fantasía, y al par el reflejo de Schiller en aquel tiempo. Todos los numerosos absurdos de esta figura, extraña cuando se la considera como personaje dramático, se resuelven cuando se la toma por lo que es, por una confesion involuntaria del poeta. En estas fantasías



con su perpetuo juego, su esfuerzo hácia lo grande, su informe grandeza, no debe buscarse el principio de un carácter: es preciso ver en ellas las manifestaciones de un poeta que investiga aún, y de naturaleza poderosa.

Que este poeta ponga sus sentimientos por encima de todo, que cediendo á la impetuosidad de su fantasía, haya entregado sin reserva lo que en él vivía, que, en una palabra haya sido completamente verídico consigo mismo, y aglomere todas las contradicciones ántes que aminorar una sola vez esta verdad, es lo que se necesita para dar tanto valor psicológico á su poema, y más que una obra correcta, revela la plenitud y la fuerza de su genio. Cuando la obra está ante él, acabada, hace la gran experiencia de ver si esta imágen no se le parece y no debe parecersele. El bandido Moor que, al fin, se asusta de sí mismo, es una confesion del poeta espantado ante su propia imágen.

## V.

La invencion dramática es una obra viril, imposible á la imaginacion jóven, que aún no ha dominado sus impresiones y sus sentimientos. La fantasía, representando con su propia grandeza, tiene un encanto poderoso que no se rompe de una sola vez. El sueño pastoral y el arranque heroico, luchan aún en el poeta jóven, y por largo tiempo el conflicto no se apacigua. El primero apela á la felicidad, á la amistad y el amor. El segundo reclama no ménos imperiosamente el honor, la fama. Uno y otro exigen satisfaccion con la misma impetuosidad de naturaleza.

El bandido Moor no era la figura en que tales imaginaciones deben complacerse y detenerse. Es preciso que se reproduzca en una forma más parecida. Para esto escoge un hombre provisto de todos los talentos y de todas las pasiones que impulsan hácia la grandeza y hacen capaz de alcanzarla, dotado al mismo tiempo de todas las cualidades que hacen amable un hombre, en quien la energía heroica es igual á la capacidad de



goce y felicidad propio á la vez para conquistar los Estados y los corazones. Comparado á los héroes de la antigüedad, no será ni un Héctor, ni un Bruto: será un Alcíbiades, cuya peligrosa grandeza se reviste del seductor envolvente de la gracia: un personaje político que, bajo la máscara de una voluptuosa ociosidad, bajo el velo de goces frívolos, acecha el instante en que podrá satisfacer la más grande de sus pasiones, la ambición, y de ponerse al frente de las cosas que finge mirar con indiferencia. En el fondo, con respecto á todos, no vivirá más que para sus planes, que relaciona al gran fin por hilos invisibles. Todo lo que hará será calculado; hasta las cosas secundarias é insignificantes. Miéntas que hará gala de una vida voluptuosa, indiferente, inactiva, será, en secreto, activo, inteligente, profundo. Nada se escapará á su escrutadora mirada. Suceda lo que quiera, lo utiliza y lo encauza á sus planes, á los que todo lo subordina. Es preciso que llegue el instante de la cosecha de que él solo se utilizará. Ha preparado ya la consigna que debe dar el esclavo al desenlace: sus conciudadanos se informarán de lo que medita, de lo que quiere y el esclavo les contestará: «¡Génova está arrodillada y su dueño es Juan Luis Fiesque!»

Tal debía ser este carácter, pero no lo es. Si el poeta lo hubiera representado así, hubiese producido un verdadero personaje dramático. No lo ha representado de este modo. Su naturaleza ha sido más fuerte que sus designios. Involuntariamente, la creación proyectada ha traído el propio sentimiento del poeta y ella también se ha metamorfoseado en reflejo teatral.

Este Fiesque, es pues, como su poeta, un jóven de genio, de imaginación, pero sin consistencia, al que toda gran impresión arrastra, y que sólo está formado para representar el papel político de que Schiller le ha encargado. Debe siempre conducirse con mesura y cálculo, pero no es hombre que pueda resistir la potencia del momento y está continuamente en peligro de perder sus designios. Para manejar planes semejantes políticos, peligrosos y lejanos, para realizarlos bien con una certeza inflexible, precisa es una fuerza viril, una frialdad, una tenacidad en la intriga, una insensibilidad para toda distrac-



cion seductora, una fuerza de voluntad firme, concentrada, silenciosa, que no iremos á buscar en una naturaleza jóven, irascible y voluble, sobre todo cuando esta naturaleza se recrea en quimeras ideales de grandeza y felicidad. Es preciso ser completamente dueño de sus impresiones y por violentamente que los proyectos fermenten en el alma, poderlos mandar siempre como Ricardo III: «¡Ahogaos, pensamientos!» Y que siempre obedezcan los pensamientos, para que reconozcamos un carácter político, tal como Schiller concibió á su Fiesque. Lo dibujó segun un modelo ejecutado por otro. El poeta conmovido y voluble, y el héroe de su tragedia política tienen ambos poco poder para reprimir sus pasiones y decir: «¡Ahogaos, pensamientos!» Fiesque se conduce en sus planes como Schiller con el plan de Fiesque. A cada instante su trama artificial se rompe por alguna poderosa explosion del sentimiento natural ó se inunda con alguna infusion del alma. A cada impresion seductora deja, sin querer, que se suelte el hilo del complot.

Para adormecer á los Doria, quiere fingir una novela de amor calculado con la condesa Imperiali; pero esta *pasion de teatro*, ella es quien con él la finge. Su imaginacion, de no ser su corazon, se deja arrastrar seriamente por el encanto. En la intencion del poeta, el amor de su héroe hácia Julia Imperiali no es más que un fingimiento, una máscara; pero Fiesque, reducido por el arretrato de la situacion y el inflamado deseo que le irrita, traspasa los límites del frio cálculo. En su intriga con la condesa, hay momentos en que la presencia de esta mujer apasionada y dominadora anima y absorbe á Fiesque, mucho más que el juego de su trama pérfida y complicada, y el embriagador deseo del éxito. Así el poeta se ve obligado á recurrir á los medios dramáticos más violentos para romper la cadena que Fiesque ha estrechado en demasía con la hermana de Doria. Es preciso que la princesa se haga desagradable por sus importunidades, baja y execrable por el más vil de los crímenes, para que Fiesque reciba la impresion opuesta á la que le subyugó. Ni el lazo ni la ruptura se relacionan únicamente con el disimulado plan del conspirador. En los dos casos, Fiesque se ve arrastrado personalmente,



y es preciso que sienta hácia ella repugnancia y asco, para que, al fin, la aniquile. De una manera incomprendible ha reunido en secreto todo cuanto puede dar éxito á esos cándidos Doria; pero no tiene pensamiento preciso guiado hácia el bien público, ni siquiera un proyecto ambicioso bien determinado. La conjuración de los genoveses descontentos le ha dejado, al ménos en apariencia, seguir su camino sin tomar parte en él. Espera que llegue su hora, y cuando llega, ¿qué sucede? Surgirá de pronto como un semi-dios, y el efecto será inmenso, el contraste inaudito, cuando, con sorpresa de todos, se ve jefe de una conspiración formada sin él, un Alcibiades improvisado que se metamorfosea de repente en Bruto. Primeramente estará completamente satisfecho del efecto producido, cuando todos los que le habían abandonado como el hijo perdido y degenerado de la patria, reconocen con asombro en él al más grande hombre de Génova. El contraste aumenta el efecto; Fiesque exagera el contraste. Por un momento sólo representa aún el de Alcibiades, é inmediatamente el de Bruto. Los conjurados quieren despertarle de su pretendido sueño con una impresión poderosa y estética á la vez, completamente calculada ante su pronta imaginación: descubren ante él el cuadro de la muerte de Virginia. Lo ve; pero en él no obra más que impresión sensible, su fantasía no se exalta más que por la jóven romana, y no piensa en el padre, ni en el decemviro. Se aplaca en este entusiasmo compartido entre la naturaleza y el arte. «¡Podría estarme aquí contemplándolo sin sentir un terremoto! ¡Llevaos vuestro cuadro! ¡Para pagaros esa cabeza de Virginia, sería preciso daros á Génova en prenda! ¡Lleváoslo!» Es el apogeo de la fantasía idílica que se satisface en el goce. Tócale ahora engendrar la fantasía heroica que estalla para gozar de su prodigioso triunfo: «¿Pensais que el leon duerme porque no ruge? ¡Antes de que oyerais el ruido de las cadenas, Fiesque las había roto!» Vierte su bolsa, como un dios el cuerno de la abundancia. «Hé aquí soldados de Parma; hé aquí dinero frances; hé aquí galeras del Papa.— ¡Basta! ¡Génova me conoce en vosotros! ¡Mi más inmenso deseo está satisfecho!»

Conviértese en jefe jurado de una conjuración poderosa.



Depende de él por completo ser lo que quiera, el ciudadano ó el dueño del Estado renovado. Un talento político hubiera resuelto esta cuestion por sí mismo en uno ú otro sentido. No hace lo mismo Fiesque. No se decide más que con arreglo á su fantasía, y la fantasía se decide sólo segun la disposicion del pensamiento y bajo el imperio de la más poderosa impresion. Acaba de saborear la admiracion de sus conciudadanos: toda su vida está aún concentrada en esta impresion, en la embriaguez de este goce: quisiera conservarle á toda costa: á toda costa quisiera ser amado de la terrible Génova. Se exalta á la perspectiva seductora é idílica de ser el favorito admirado de Génova, el hombre más virtuoso del Estado, un segundo Timoleon. La claridad de la luna favorece su entusiasmo y la gran cuestion. «¿Fiesque republicano Fiesque duque?» Recibe una solucion conforme á esta impresion momentánea: «¡Sé libre, Génova, exclama al fin de su monólogo, y yo seré tu más dichoso ciudadano!» Tal es su idilio político: un ensueño á la luz de la luna. Pero la aurora siguiente le inspira otros pensamientos. Al acercarse el amanecer, que revela y exalta el sentimiento del yo, al majestuoso aspecto de Génova y del mar, y cuando el sol se eleva regiamente sobre éste y sobre la ciudad, Fiesque siente agitarse en su interior sus talentos monárquicos, y las impresiones del rayo de luna olvidada. «¡Ciudad majestuosa! exclama. ¡Reinar sobre ella, elevarme sobre ella como el espléndido dia y estrecharla en un real abrazo!» Ahora la conquista de una corona parécele indecible grandeza, y toma su resolucíon. Sea: que encubra al ménos hasta el desenlace con un silencio impenetrable este pensamiento atrevido. Pero le es absolutamente imposible el silencio. La gran palabra vaga continuamente por sus labios. Ni siquiera puede disimular delante de su infame criado. Si Mauro le presta algun servicio importante é inesperado, le dirá, como si le debiera el pago ó quisiera atraérselo más: «Lo que el conde te debe, el duque te lo agradecerá.» Lo que el arrebató del momento le hace confesar á Mauro, ménos podrá callarlo á su mujer: «Acostaos, condesa; mañana despertaré á la duquesa.» «Los condes de Lavagne se extinguen, los príncipes empiezan.» El contraste es sobrado fuerte; precisa expresarlo y



repetir la expresion. Su mente juega con estas imágenes, justamente porque no son resoluciones maduras y profundas. ¡Con tal de que no sobrevengan otros pensamientos que encantan á su vez su fantasia y la alejan de sus proyectos del momento! Fiesque es fácil de entusiasmar, por poco que se hiera su imaginacion. De esto entiende mucho la sensible Leonora. Con un ardor entusiasta, ofrécele el idilio de la felicidad y el amor, y hace con colores vivos y profundos, y con toda la elocuencia de la poesía, el cuadro del contento pastoral. Se ve conmovido y desarmado: sus proyectos de la mañana se desvanecen ante estas imágenes seductoras: déjase caer sin fuerzas en los brazos de su mujer: «¡Qué has hecho, Leonora! ¡Ya no me presentaré á los ojos de ningun genoves!» Y si en aquel momento no hubiera retumbado el cañonazo señal de la accion, el idilio hubiese triunfado del héroe y Verrina no hubiese necesitado ahogar á Fiesque.

Para terminar, aún resta un hecho que atestigua de notable modo que Fiesque no es bastante dueño de sí mismo para sacrificar á sus grandes proyectos la impresion del momento; que lo es todo, ménos lo que debiera y quiere ser: un carácter político. Ha confiado su secreto á Mauro, luégo le maltrata y Mauro le delata al dux. Pero el dux sigue el ejemplo de Alejandro, entregando á su médico la carta por la cual se le advertía que se guardara de él. Hace más aún: hace que lleven á Mauro, atado, ante su amo, y anuncia que pasará la noche sin guardias. La magnanimidad es grandiosa, el efecto será irresistible y de nuevo el contraste viene á aumentarlo: el mensaje sorprende á Fiesque en medio de los conjurados cuando todo está ya dispuesto para la explosion que debe derribar al dux. ¿Qué dice Fiesque? «¿Un Doria me ha de vencer en generosidad? ¿Faltará una virtud á la raza de los Fiesque? No, por quien soy. Separaos, voy á casa del dux y lo confieso todo.» Y Fiesque va en efecto á casa del dux, pero en el fondo no es más que por amor á lo fantástico. No deja por eso de querer derribar á Doria, pero ántes quiere advertirle, aunque sepa que su enemigo desprecia el peligro y el aviso. Descúbrele su traicion: le dice que hay un hombre más temible que el mar enfurecido, Juan Luis Fiesque. ¿Y por qué dice todo



esto? Sencillamente para darse la satisfaccion de poder añadir: «¡Pago magnanimidad con magnanimidad; estamos iguales, Andres!»

Esta escena, llena de efecto dramático, y más bien debiera decir teatral, sedujo en tal modo la imaginacion de Schiller, que descuidó audazmente todas las condiciones exteriores. Verdaderamente no se podía poner á Fiesque y Andres frente á frente de una manera más sencilla. El conde de Lavagne se presenta de noche ante el palacio, y adopta, fuerza es convenirlo, la manera más sencilla y más corta para hablar al dux. Llama. Inmediatamente el mismo dux se presenta al balcon, y pregunta: «¿Quién ha llamado?» Es un pequeño cuadro de género que empieza la entrevista destinada á terminar de tan grandiosa manera. «¿No sabes que Andres Doria tiene ochenta años y que Génova es feliz?»

## VI.

La imaginacion sueña y no obra. Las grandes acciones que arrebatan, renuevan y transforman la vida, necesitan grandes naturalezas prácticas, reflexivas y perseverantes, que conozcan los hombres y el mundo; apasionadas, pero no volubles. Karl Moor y Fiesque son precisamente lo opuesto de estos caracteres. Los héroes reales tienen más motores que el sentimiento y la fantasía. Miéntras que el poeta vive en el ideal de Rousseau debe renunciar á pintarlos. Se satisfará más creando personajes, en los que la necesidad idílica de amor y felicidad no se vea turbada por la necesidad heroica de grandeza y fama, en los que no brote nada más que el sentimiento puro, la pasion de los corazones como Rousseau la soñaba. Aquí un sentimiento único, una sola pasion, rige al corazon humano, y es fácil renunciar á los bienes del mundo, porque no existe más que un solo bien apetecible, único, elegido, sobre el cual se concentran las preferencias del alma. Todo lo demas es indiferente y sin eco. La pasion se resuelve á sacrificarlo todo á



este bien supremo. Si es tan dichosa como exclusiva y fuerte, nos dará un idilio en las mejores condiciones del género.

Pero el poeta no puede figurarse este puro sentimiento natural más que en cortada oposicion con la vida histórica, con las relaciones establecidas. Se ve obligado á concebirlo, á crearlo en esta oposicion, sin la cual faltaría el fondo para exaltar tan desmesuradamente, para exagerar tan apasionadamente un sentimiento natural y sencillo. El alma satisfecha gozaría, en vez de perderse en el infinito. El contraste obra como presion, hace subir la pasion y la pone frente á las potencias positivas del mundo, como grandeza negativa. De un lado el sentimiento puro, del otro su extremo opuesto, el puro egoismo: allí solo el corazon decide: aquí el interes, evaluado por el cálculo inexorable. Así la oposicion se convierte en un contraste dramático y el idilio en una tragedia. El amor lucha contra la cábala, y como la fuerza exterior y brutal vence, el amor se ve envenenado por la cábala. Un gentil-hombre y una hija de un campesino se convierten en los héroes de una tragedia, puesto que no pueden ser los afortunados personajes de un idilio. Sus almas, sus imaginaciones se han penetrado, la exaltacion del poeta pasa entera á ellos, y las novelas de amor á la manera de Rousseau los han puesto al diapason necesario. Fernando y Luisa no son nada y no quieren ser nada más que dos amantes. Ambos apelan al derecho natural de la pasion contra el deber de las distinciones sociales. «¿Quién puede desatar el lazo de dos corazones ó dividir los tonos de un acorde? exclama Fernando: veamos si mis cartas de nobleza son más antiguas que el plan del universo infinito, y mis armas más auténticas que esta promesa del cielo en los ojos de Luisa: *«Esa mujer está destinada á ese hombre.»*

En el contraste entre *La cábala y el amor* revela el poeta su alma: opone á los dos amantes un mundo asqueroso poblado de monstruos que conspiran contra la pasion de los corazones.

Resisto con pena el atractivo de abandonar un instante el punto de vista en que me he colocado y examinar la produccion en sus detalles. Entre los poemas dramáticos de este período de Schiller, es decir, entre los que preceden á Wallens-



tein, *Cábala y amor* es la obra más feliz, en el sentido dramático. Aquí el plan y la ejecución concuerdan, la acción marcha, los personajes se colocan como Schiller los concibió. Es dueño absoluto de su asunto, y lo desarrolla sin modificar el concepto original. No se ve arrastrado contra su voluntad y separado del plan de su composición. En los dos dramas anteriores: *Los Bandidos* y *Fiesque*, como después en *Don Carlos* las principales figuras se metamorfosean involuntariamente bajo la mano del poeta, el cual se combina con ellas y se manifiesta inopinadamente en medio de sus creaciones. Pero de que los personajes de *Cábala y amor* poseen una vida propia, independiente, no debe deducirse que estén en relación menos estrecha con el alma misma del poeta. Es una tragedia campestre. El asunto, los personajes, la acción, todo está más próximo del medio que el autor conocía, familiar á su experiencia, comprendido en su horizonte poético y mucho más accesible á su imaginación. Sus dotes dramáticas podían, pues, desarrollarse aquí con más cómoda libertad. Está más en su elemento, más *en su casa*, por decirlo así, con las figuras de su drama. Los dos amantes hablan su lenguaje: el mundo su enemigo, se pinta con los más cargados colores, bajo los rasgos de la más vil malignidad, del extremo ridículo. Lleva el sello de la fantasía de Schiller, que refleja las figuras como un espejo cóncavo; pero cuando el poeta quiere dar un tipo de verdadera y buena vida de la clase media, crea, con una imaginación simpática y concreta, un carácter verdadero, el músico Miller, una de las figuras más vivas y de más franco relieve con que se honra nuestra literatura dramática, y al mismo tiempo un modelo que ha suscitado hasta nuestros días gran número de copias, sin que nadie lo igualara.

En general es conforme á la naturaleza de Schiller sentir y crear por contrastes cortados. Es una particularidad muy notada en su manera. Su inspiración opera como una hoja de doble filo, bajo la cual los sentimientos se dividen y oponen: los contrastes resaltan de sorprendente modo, no como el resultado de un laborioso análisis del entendimiento, sino como un juego fácil y libre de la fantasía. Esta facultad lógica de la autonomía es uno de los elementos de su potencia dramática;



concorre á explicar dos particularidades que merecerían cada una un exámen aparte. El contraste exagera por una parte el sentimiento de la fuerza moral, y por otra arruina hasta el aniquilamiento lo que le es contrario. De esta suerte conviértese involuntariamente en satírico y obra como fuerza cómica, traduciéndose ora en *humor*, ora en caricatura.

De aquí ese poder cómico singular, irresistible que posee Schiller y que desarrolla sin querer en sus composiciones dramáticas, en el *humor* salvaje de los bandidos, en el *humor* enérgico y sanamente satírico del músico, en la caricatura grotesca del mariscal de la córte, Kalb, á la cual hace decir su última palabra en el sermón del capuchino (1) para no dejarla ya reaparecer casi en el porvenir.

Pero lo que no se acomoda con esta exageracion y estos contrastes acentuados es el sentimiento femenino. Así los caracteres de mujeres son lo que ménos ha conseguido representar el genio dramático de Schiller.

En las obras de su juventud, sobre todo, son los productos arbitrarios de una imaginacion viril que aún no ha encontrado su armonía, séres fantásticos sin ningun rasgo viviente. Lo que falta á esa Amelia, á esa Leonora, á esa Luisa es lo natural y lo sencillo. Lo que tienen de comun es ese entusiasmo exaltado y muy monótono en el fondo, que tan pronto se expansiona en sentimentalismo, como estalla en arranques heroicos, pero que siempre conserva la viril huella del poeta.

## VII.

Con *Cábala y Amor* tocamos al extremo límite á que ha llegado la imaginacion de nuestro poeta, bajo la influencia del ideal de Rousseau. En los héroes de sus tragedias nos ha revelado sus disposiciones y sus pasiones personales. Todas estaban en lucha con el mundo constituido histórico; todas fue-

---

(1) En el *Campo de Wallenstein*.



ron á estrellarse contra realidades hostiles, más poderosas que ellas mismas. En vano trataron de renovar el mundo; de subyugarle y gozar de él los planes sublimes, así como los sueños idílicos han fracasado trágicamente. Una gran crisis se prepara en el alma del poeta. Llega á un punto difícil en que se le ofrecen muchas vías. Si guarda firmemente la creencia en su ideal, es preciso que desespere; si renuncia á él, ¿qué es del poeta? No puede decidirse por uno ni otro, ó no será tan gran poeta como es. Si no debe, como Rousseau, perderse en una vida de contemplacion, y llegar á la impotencia en último resultado, es preciso que se aleje de él, elevándose á una altura desde donde pueda dominarle por completo.

¿Qué han perdido los héroes de sus tragedias en su lucha con el mundo? La felicidad que buscaban. La aspiracion á la felicidad es un derecho inherente á la naturaleza del hombre, y todo ideal concebido segun la sola naturaleza y por una necesidad de la naturaleza misma, su satisfaccion inmediata. ¿Debe el poeta desesperar igualmente porque no ha sabido llegar al goce? ¿Debe permanecer bajo el yugo de este impulso natural por vivamente que lo sienta? ¿Será tambien para él la pérdida de la felicidad igual á la pérdida de la energía? No: ántes debemos preguntarnos dónde encontrará la fuerza creadora, si la disipa en el goce, si la prodiga en el sueño de la felicidad. Concebido en el estado permanente, tal como la naturaleza lo persigue y tal como lo desean los poetas servilmente ligados á la naturaleza, esta felicidad sería la ruina de toda grandeza humana, porque sería la enervacion y el agotamiento de todas las energías del hombre. Ahora bien: quien quiera ser gran poeta, debe ser grande hombre. Por el sentimiento de esta grandeza en que reside su propia naturaleza, Schiller renunciará á la felicidad, concebida como una situacion duradera, y como fin de la existencia humana, renunciará, por consiguiente, al idilio de la naturaleza que le había seducido. Se escogerá un ideal más grande que pueda alcanzar, á pesar de la privacion de felicidad, y que sólo alcanzará por esta privacion.

El cuadro de la vida histórica va á esclarecerse á sus ojos, ahora que comprende que su vocacion es obrar en el seno de la historia y para ella. Quien quiera sembrar en este terreno,



debe tener el valor de renunciar á la cosecha. Los grandes destinos históricos no se cuentan en el número de los destinos felices, y no se ofrecen á los que aspiran á la dicha. Todas las confesiones que hemos sorprendido en las obras trágicas de Schiller, están de acuerdo en este punto: «He deseado la felicidad y no la encontré.» La nueva confesion nos dice: «Ya no busco la felicidad, y sacrifico libremente la felicidad de la vida al genio que me domina.» Esto es un renunciamiento doloroso y altivo. ¡Que se quede en la Arcadia de la naturaleza el que pueda ser feliz; pero que emigre de ella su voluntad y no busque la dicha el que se sienta llamado á obrar por el mundo y para el mundo! En esta altanera conciencia de sí mismo, Schiller renuncia de una vez y para siempre á la felicidad idílica, que tan ardientemente deseó:

«Yo tambien nací en Arcadia; á mí tambien me prometió la naturaleza goces desde la cuna; yo tambien nací en Arcadia, y sin embargo, la corta primavera no me dió más que lágrimas.

»¡Héme aquí ya sobre el puente tenebroso que me conduce á ti, temible eternidad! Recibe la promesa de felicidad que firmaste en mi alma. El sello no está roto: te lo devuelvo intacto: no sé nada de la dicha.»

El presente es sólo objeto del goce. Al que renuncia al goce, no le resta más que el porvenir y la esperanza de que el tiempo cumplirá lo que ha querido empezar grandiosamente: no le resta más que la fe en la historia, fe nueva que va á confesar el poeta:

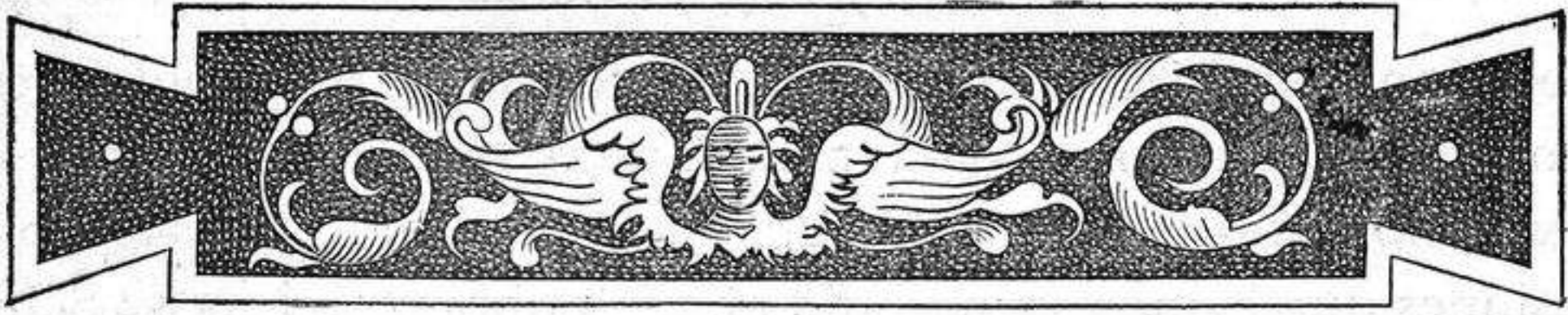
«Que goce el que no puede creer: el precepto es eterno como el mundo. El que pueda creer renuncie á ello: la historia universal es el juicio universal.»

*(Se continuará.)*

KUNO FISCHER.







## TOMAS DE KEMPEN (1)

---



omo coloniense y como cristiano me complazco en escribir la vida de *Tomás de Kempen*; como coloniense, porque aquel socio ilustre de la congregacion de los *Hermanos de vida comun* nació en la diócesis coloniense, y porque en ninguna biblioteca hay tantas ediciones de su obra principal como en la de Colonia (2), y como cristiano, porque del corazon ardiente de Tomás brotó cual ofrenda sagrada, cual llama bendecida, la obra latina *De Imitatione Christi*, libro de oro que nos amonesta imitemos al humilde y manso Señor, armonía celeste que resuena en todos los tonos, ora suspirando, ora dando gritos de alegría, ora tierna, ora conmovedora.

El primero que descubrió en el organismo de la *Imitatio* música verdadera, ritmos entretreídos con las flores de las más

---

(1) Conocido en España por Tomás de Kempis.

(2) Existen en la Biblioteca coloniense más de 400 ediciones de la *Imitatio* de Tomás de Kempen, procedentes de la colección del Sr. de Büllingen, que murió en 1848.



variadas rimas; el primero que vió brillar el sol de la poesía en aquel texto que hasta entónces parecía cubierto con las monótonas nubes de la prosa; el primero que demostró para siempre que el autor de aquel libro tan popular como la *Biblia* no puede ser otro que *Tomás de Kempen*, es el párroco alemán Cárlos Hirsche, que, publicando en 1873 su *Prolegómeno de una nueva edicion de la Imitatio Christi segun la edicion autógrafa de Tomás de Kempen*, honró su patria con su incesante laboriosidad y con su vasto saber. Este sabio, cura de la iglesia de San Nicolás de Hamburgo, vió el famoso Código de la *Imitatio* de 1441, que con mano propia escribió Tomás, y que se halla en la Biblioteca Real de Brusélas. Y luégo reconoció que ninguna edicion está de acuerdo con aquel texto, no teniendo ninguna la misma *puntuacion* que aquél. Se le presentó la de Tomás esencialmente como *puntuacion retórica*, cuya significacion y efecto no puede compararse sino con signos musicales, pues así como éstos representan el tiempo, las pausas, los matices del *piano* y del *forte* de la composicion, expresando al mismo tiempo el sentimiento que llenaba el alma del compositor y que ha de imitar el que la toca, la puntuacion de *Tomás* no explica sólo sus elevados pensamientos, sino que despierta en el alma del lector los mismos sentimientos que á él le animaban al escribir su libro divino, ora levantándonos en alas del entusiasmo hasta las regiones más sublimes, ora hundiéndonos en el polvo, y haciéndonos ora correr impulsados por la tempestad de sentimientos excitados, ora parar entregándonos á contemplacion tranquila. Al cura protestante Sr. Hirsche se le presentó la *Imitatio* como transfigurada, en comparacion con la figura imperfecta en que hasta entónces la había conocido el mundo. No fué ilusion lo que vió, pues recordaba que un manuscrito del siglo xv que contiene los tres primeros libros de la *Imitatio*, y que se encuentra tambien en la Biblioteca de Brusélas, donde lleva el número 15.138, tiene el título *Música eclesiástica*, así como tambien un contemporáneo de Tomás, Adriano de But, escribió en sus *Adiciones á la Crónica de Juan Brandon*, que forma el tomo I de las *Crónicas relativas á la historia de Bélgica bajo la dominacion de los duques de Borgoña*, que el go-



bierno belga dió á la estampa en 1870: «Hoc anno (á saber, en 1480), frater Thomas de Kempis, de Monte Sanctæ Agnetis, professus ordinis regularium canonicorum, multos, scriptis suis divulgatis, ædificat; hi'c vitam Ludivigis descripsit et quoddam volumen *metricè* super illud: *qui sequitur me.*»

Dice, pues, que *Tomás* escribió *en verso* la *Imitatio*, pues las primeras palabras de ésta son: *qui sequitur me.*

Al examinar en las Bibliotecas de Brusélas y de Lovaina los otros escritos de *Tomás*, el Sr. Hirsche encontró en ellos el mismo *ritmo* que en la *Imitatio*, ritmo que no se encuentra en la Edad Media sino en los tratados religiosos, en los sermones y hasta en las epístolas, en las Biografías y en la Crónica de *Tomás*. Voy á dar dos ejemplos de aquel movimiento rítmico. Hé aquí la primera estrofa del capítulo I del libro I de la *Imitatio*.

*Qui sequitur me non ambulat in tenebris:  
Dicit Dominus.  
Haec sunt verba Christi quibus admonemur,  
Quatenus vitam ejus et mores imitemur:  
Si velimus veraciter illuminari,  
Et ab omni caecitate cordis liberari.  
Summum igitur studium nostrum sit:  
In vita Jesu Christi meditari.*

Hé aquí un párrafo del capítulo V, libro III, en el que se observa el efecto pictórico que produce Tomás con las vocales *a* y *o* para cantar el júbilo de los que se sienten bienaventurados por el amor divino:

*Dilata me in amore;  
Ut discam interiori cordis ore degustare  
Quam suave sit amare:  
Et in amore liquefieri et natare.  
Tenear amore:  
Vaden supra me prae nimio fervore et stupore.  
Cantem amoris canticum,  
Sequar te dilectum meum in altum:  
Deficiat in laude tua anima mea jubilans ex amore.  
Amen te plus quam me,  
Nec me nisi propter te,  
Et omnes in te qui vere aman te:  
Sicut jubet lex amoris lucens ex te.*



Ese párrafo es uno de los más bellos que se escribieron en lengua humana.

Encuéntrense en el capítulo LVI libro III los versos:

*Vere vita boni monachi crux est :  
Sed dux paradisi.*

Estas palabras de la *Imitatio* son las mismas que se leen en este epigrama del mismo Tomás:

*Vita boni monachi crux est : sed dux paradisi , etc. (1).*

La *puntuacion* de Tomás es un sistema proseguido constantemente desde la primera hasta la última línea de la *Imitatio*. Quien siga á aquella puntuacion, se penetrará de todos los pensamientos, de todos los sentimientos del autor. Y si como tal no se presentó al lector el mismo Tomás, lo hizo obedeciendo al axioma de su orden: *ama nesciri*.

Por medio de la *puntuacion* de la edicion autógrafa de Tomás se reconoce tambien la *rima*, y constituyendo ésta un elemento esencial de la *Imitatio*, claro es que el que hizo aquella *puntuacion*, es decir, Tomás, ha de ser, por lo tanto, el autor. Quien lea la *Imitatio* con la *puntuacion de Tomás*, encontrará en ella todo género de rimas, las cuales, si de cuando en cuando desaparecen á nuestros oidos y á nuestros ojos, pronto vuelven como buenas amigas. Y la manera con que el autor coloca las palabras demuestra que ha rimado de intento. Y rima, no por el gusto de coger rimas, sino por aumentar y animar la primera impresion haciendo resonar un sonido otra vez. Al autor de la *Imitatio*, ese artista de la rima, le preservó su genio del abuso de rimar palabras que no sean importantes ó de romper por la rima la construccion de los períodos y los pensamientos.

Hállase en la obra de que hablamos, además de la rima, un

---

(1) Véase la edicion de las obras de Tomás publicada desde 1600 á 1601, por el jesuita Sommal, y reimpressa en Colonia en 1759, t. III, pág. 283.



movimiento rítmico, un *ritmo poético*, que es como la atmósfera, como la distribución de luz y de sombra, como el tono que el poeta da á su poesía. Ese ritmo expresa el sentimiento que llenaba el alma del poeta. En el ritmo de la *Imitatio* prevalecen los tróqueos.

Voy á dar un ejemplo: dicen las líneas 14 y 23 del cap. XII del libro II:

*In cruce sálus ,  
 In cruce víta ;  
 In cruce protéctio ab hóstibus :  
 In cruce infúsió supérnae suavitátis ;  
 In cruce róbur méntis ,  
 In cruce gaúdium spíritus :  
 In cruce súmma virtútis ,  
 In cruce perféctio sanctitátis.  
 Nón est sálus ánimæ nec spés aetérnae vitæ :  
 Nisi in cruce.*

Así como por medio de la *puntuación* propia de la *Imitatio* se descubre su *rima*, se descubre también su *ritmo*. Hay, sin embargo, algunos párrafos que no tienen ritmo alguno, por ejemplo, la primera línea de la obra:

*Qui sequitur me non ambulat in tenebris.*

Los ritmos de la *Imitatio* son como las olas de un río, que ora se levantan, ora cabrillean, según las mueve el viento más fuerte ó más débil. La *Imitatio* tiene un ritmo poético como las odas de Píndaro, como los cantos del coro de las antiguas tragedias y comedias helénicas, y entre todos los escritores de la Edad Media no hay ninguno que por su forma rítmica muestre tanta afinidad con el autor de la *Imitatio* como *Tomás de Kempen* y las secuencias. Presume, pues, el Sr. Hirsche que éstas hayan inspirado á Tomás su representación rítmica. Los escritos reconocidos genuinos de Tomás como *El Soliloquium animæ*, *Hortulus rosarum*, *Vallis liliorum*, *De elevatione mentis* son dignos de la *Imitatio*, según ha demostrado



tambien el Sr. Hirsche, y quien haya leído el libro de éste no considerará autor de la *Imitatio* al famoso cancelario de la Universidad de Paris Juan Gerson (1), sino al hijo de Kempen.

Tomás es entre los escritores lo que su contemporáneo menor Juan Memling fué entre los pintores. Así como en el relicario de Santa Ursula, que Memling adornó con pinturas, la idea del artista se representa no en un solo cuadro sino en cantidad de cuadros casi independientes el uno del otro, tambien cada tratado de Tomás consta de capítulos, y la misma libertad que existe entre los diferentes grupos que Memling reúne en cada uno de sus cuadros, existe tambien respecto á los diferentes párrafos de los capítulos de Tomás. El cuidado que Memling dedicaba á los pormenores más pequeños, lo muestra asimismo Tomás, y á las numerosas figuras semejantes de Memling las corresponden en el escritor las construcciones paralelas.

Ya es hora de escribir la vida de *Tomás* (1).

Nació éste en *Kempen*, ciudad modesta y poco conocida del bajo Rhin, que no tiene la pretension de haber tenido relaciones ni con los conquistadores del mundo, los romanos, ni con los mártires de la Iglesia. En cambio salió de ella el que dotó la cristiandad con un libro sin segundo. Nació *Tomás* de un humilde obrero, de nombre Hamerken (2), segun di-

(1) El primero que negó que *Tomás de Kempen* fuese el autor de la *Imitatio*, fué un español que en 1604 publicó los *Aparejos para administrar el Sacramento de la Penitencia*. En 1615 descubrióse en Arona un manuscrito de la *Imitatio* que contenía al final del cuarto libro las palabras: «explicit liber quartus et ultimus Abbatis Johannis Gersen.» De ese desconocido Gersen hizo el abad benedictino Constantin Cayetano un abad de su orden, y desde entónces la orden *benedictina* luchó en pro de *Gersen* como autor de la *Imitatio*, miéntras otros atribuyeron despues el libro al célebre cancelario de la Universidad de Paris Juan *Gerson*. Hoy nadie puede dudar de que el autor sea el *aleman* Tomás Kempen. Eso lo prueban tambien los numerosos *germanismos* que se hallan en la obra, por ejemplo: «si scires totam Bibliam exterius.»

(2) La escribió tambien el párroco Mooren, tio de mi particular amigo el célebre oculista del mismo nombre.

(3) Hamerken quiere decir *martillete*; en latin, *malleolus*.



cen unos en 1379, á saber, en el mismo año en que Tauler se despidió del mundo, como si la Providencia hubiese querido llenar el vacío dejado por éste, ó segun otros, en 1380. Pasó su infancia en su patria, ciudad situada entre el Mosa y el Rhin y perteneciente á la diócesis coloniense, y su juventud en los Países-Bajos, que entónces pertenecían al imperio aleman.

Bajo los auspicios del diácono Gerardo Groot, hijo de Deventer (Países-Bajos), que murió en 1384, y de su amigo Florentius, se constituyó en Deventer la congregacion de los *Hermanos de vida comun* (fratres vitæ communis), que fué al principio una sociedad de discípulos, que ocupándose en copiar los libros de los Santos Padres, vivieron juntos en casa de su maestro. Los *Hermanos de vida comun* contrajeron los mayores méritos respecto á la cultura científica, moral y religiosa de la juventud, siendo en su tiempo y en su lugar lo que ántes respecto á las naciones fueron los benedictinos y despues, respecto á la juventud, fueron los jesuitas.

Cuando adolescente visitó *Tomás* la escuela de Deventer, datando de su estancia en ella al principio de su existencia. Despues de transcurridos algunos años, que pasó en casa de una señora piadosa, Florentius le acogió en la suya, la de los Hermanos de vida comun. Recomendado por su bienhechor, entró en 1399 en el convento del monte de Santa Inés, cerca de Zwolle, cuyo prior era su hermano mayor Juan. En 1407 tomó allí el hábito de la órden de S. Agustín, recibiendo la dignidad de sacerdote en 1412. En el primer año, despues de obtenida aquella dignidad, empezó á escribir la *Imitatio*, de cuyo texto latino salieron despues más de dos mil ediciones. En 1425 fué segundo prior del convento, y como tal había de educar á los novicios. Fué tambien procurador del monasterio, pero las cosas temporales no eran su elemento. Así, cuando en su presencia se trataban cosas mundanas, solía enmudecer; pero cuando hablaban de las cosas del cielo, de Dios y de la Sagrada Escritura, levantaba su voz, y de la fuente purísima de su corazon brotaban torrentes de elocuencia.



No se ilustró su mente con los viajes; sus conocimientos teológicos los debió á la Sagrada Escritura y á las obras de los Santos Padres que había copiado cuando alumno y que no dejaba de copiar cuando clérigo. Ignoramos si tomó parte en las aspiraciones artísticas de su tiempo; floreciendo á la sazón la primitiva escuela de pintura de Colonia; pero sabemos que sus obras recuerdan los cuadros de ésta, respirando la paz de Dios, la serenidad, la calma, la bienaventuranza. Y sabemos que fué una naturaleza verdaderamente rítmica y que compuso melodías para algunos de sus cantos religiosos. Sus obras son floridos jardines de conventos regados con rocío celestial: brotan en ellos flores de todos los matices y de todo género, azucenas de pureza, rosas de santo amor, violetas de plegarias nocturnas, flores azuladas de contemplaciones divinas, rosas encantadoras de Marías, agnocastos y sensitivas numerosas. Sus obras son joyas de ascética, manantiales perennes de consuelo y de santa sabiduría, panegíricos de virtudes heroicas y reflejos fieles de la caridad del autor, soliloquios, sermones, epístolas y biografías de reverendos ministros de Dios, y su conjunto es una peregrina poesía eclesiástica que resuena en este mundo como sonido de esferas más altas. Nuestra Emperatriz Augusta honra la memoria del piadoso hijo de Kempen de la manera más digna: al saber que un virtuoso matrimonio católico celebra sus bodas de oro, le regala un ejemplar de la traducción alemana de la *Imitatio*, corona de las producciones de *Tomás*.

¿Quién enumera todas las versiones que se hicieron de ella? Un italiano, Cayetano Gagliani, la transformó en 1854 en tercetos italianos, y en 1841 salió en Lyon una magnífica edición políglota, conteniendo una traducción francesa, inglesa, griega, alemana, italiana, española y portuguesa.

Murió *Tomás* el 26 de Julio de 1471. Durante dos siglos descansó en medio de sus hermanos, los monjes, en aquel claustro donde había pasado una vida santa. El convento que coronaba el monte se convirtió en ruina en la guerra contra los españoles de Felipe II, y lo que la gobernadora de los Países-Bajos, la infanta Isabel Clara Eugenia, había pedido



en vano de los Estados generales, lo obtuvo en 1672 el Elector de Colonia Maximiliano Enrique: despues de haber mandado desenterrar los restos mortales de Tomás, mandó hacer un relicario y dió los restos al párroco de Zwolle, para que éste los guardase en la capilla de San José de aquella ciudad. Desde 1809 se hallan en la iglesia de San Miguel; pero es escaso el número de los que saben que allí descansa el venerando é inmortal autor de la *Imitatio*.

JUAN FASTENRATH.







# CRISTO

—

## POESÍA

Aun en mi pecho la piedad se inflama  
Y ante la antigua Cruz lloran mis ojos;  
Aun el amor, que las virtudes ama,  
Póstrame triste y con dolor, de hinojos;  
Aun es mi corazón ardiente llama  
Que, aventada al gemir de mis enojos,  
Ardorosa se extiende y me domina,  
Y crece como fiebre que asesina.

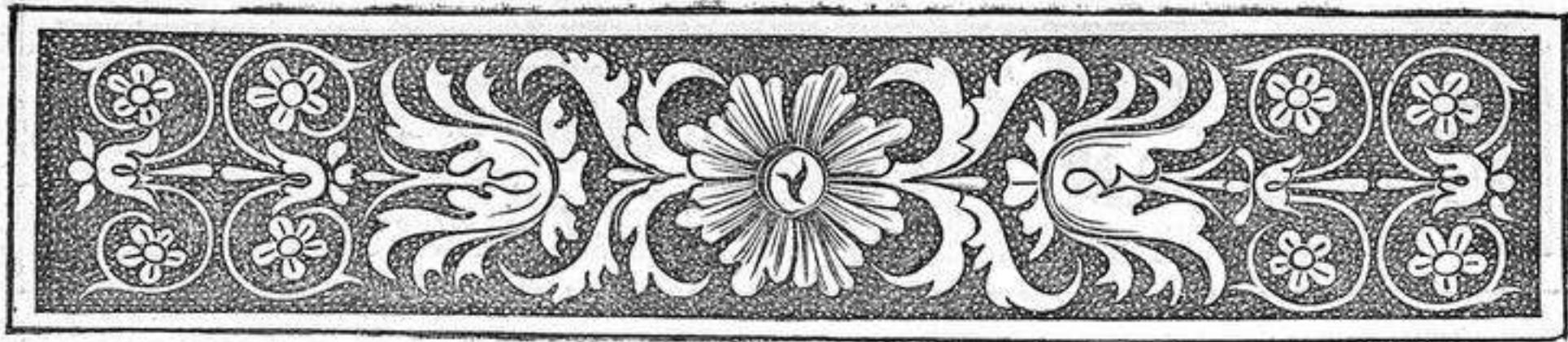
Tus incansables plantas recorrieron  
El sendero del bien y le buscaron,  
Y los hombres tus plantas detuvieron  
Y en el leño al clavarlas las cruzaron.  
Tus brazos amorosos se entreabrieron  
Y por eso también te los clavaron;  
Moriste al fin, y con pavor profundo,  
La sombra de la Cruz aún cubre el mundo.

Tu generosa sangre al fin gotea  
Y á mí me ahoga la que el pecho siente:  
Tú eres el héroe que triunfó en Judea  
Y yo el esclavo culto de Occidente.  
Mi frente, trono en que se alzó la idea,  
Tuvo espinas también, como tu frente;  
Yo, sin saberlo te imité, y por eso  
Beso tu Cruz y tu sepulcro beso.

EDUARDO LOPEZ BAGO.







## CORRESPONDENCIA DE PARIS.

---

PARIS 19 de Noviembre de 1878.

**L**A Exposicion acaba de cerrar sus puertas. El rincon de la gran ciudad donde millares de personas, venidas de todos los rincones del globo, se aglomeraban por espacio de seis meses, no ocupa ya la general atencion: ahora no se oye más que el ruido de los martillos claveteando cajas: no se ve más movimiento que el de los obreros que van y vienen y se llevan todas las maravillas del arte y de la industria que llegaron á agruparse para recreo de los ojos é instruccion de todos. El pensamiento que precedió á la apertura de la Exposicion, fué pensamiento de paz: el que domina su cierre lo es más aún, porque es la idea de la solidaridad humana. Ya no es tiempo, como en otras edades, de que un país pueda creer que representa por sí solo la civilizacion y aplique á los demas el epíteto de Bárbaros; ya no es tiempo de que un pueblo, sea cual fuere, pueda soñar con la monarquía universal y aspirar á la dominacion de toda la tierra. Figúrome que



ni siquiera el prusiano puede alentar su ambición con tal quimera. Lo que una Exposición universal demuestra hasta la evidencia, es que la civilización, tal como la han formado los siglos modernos, es empresa que no puede confinarse en provecho exclusivo de nadie; que, por el contrario, es obra de los esfuerzos libres y de la iniciativa inteligente de todos; es que cada nación da y recibe á un tiempo mismo; es que cada uno posee sus productos naturales y su genio igualmente provechosos al bienestar y la instrucción de todos; es, en una palabra, que la variedad de las aptitudes y de las educaciones no es sólo espectáculo destinado para regocijar los ojos del artista y de los curiosos, sino que al par es el más poderoso instrumento del progreso. Y de esto resulta una consecuencia necesaria, á saber: que ninguna gran nación puede borrarse del mapa sin empobrecer en su valor intrínseco á la humanidad entera: que todos los pueblos tienen algo que aprender de sus vecinos y que no pueden odiarse más que á condición de no conocerse lo bastante, porque léjos de ser enemigos naturales, son por el contrario aliados. Multipliquemos las Exposiciones, demos á todos los países ocasiones de encontrarse y de verse naturalmente en el trabajo. No sólo cesarán de alimentar unos contra otros injustas prevenciones, sino que la simpatía, fortificada por el interés común, reemplazará por doquiera al mezquino exclusivismo. Todos cuando están obligados á medir sus fuerzas en las luchas pacíficas de un torneo industrial, se ven precisados á reconocer que la ventaja no siempre es suya: necesitan confesar que aquí ó allí se hace mejor algo de lo que ellos mismos hacen: esta lección de industria es saludable para el patriotismo, generalmente exclusivo por naturaleza.

España me figuro que no estará descontenta de los triunfos que ha alcanzado en el concurso de las naciones, y el éxito es tanto más lisonjero para ella, cuanto que acaba de salir de dos luchas igualmente terribles: la que ha sostenido en el interior para vencer á los carlistas y la de que ha sido teatro la Isla de Cuba. Puede aprovecharse ahora de la paz de que hoy goza para desarrollar todas las riquezas naturales de uno de los países mejor dotados bajo todos puntos de vista, y de los más admirablemente situados que existen en el mundo! Desde que escribí mi última carta, aprovechándome de una vacación de mi vida de periodista, he recorrido en todas direcciones vuestra hermosa Península, que desde hace mucho tiempo deseaba conocer;



he regresado con la convicción de que no hay país en que el clima sea más admirable, el suelo más fecundo, el hombre más altivo y sobrio, más cortés y más animoso en el trabajo como en el peligro. Soy un amigo, que os desea la multiplicación de los caminos de hierro que facilitan las transacciones, aproximan las distancias y los hombres también; que, por la comunidad de intereses, preparan la comunidad de pensamientos, y de habitantes de diversas provincias forman los hijos patrióticos de una gran nación. Ningún sentimiento de envidia, ninguna lucha de intereses es posible hoy día entre Francia y España: los tiempos de Carlos V y de Francisco I están muy lejanos, á Dios gracias, y aplaudimos vuestros progresos, enviándoos todos nuestros votos para que se realicen otros todavía. La república francesa desea vivir en paz con sus vecinos; está resuelta á no descuidar nada para lograr este resultado: dentro de pocas semanas habrá hecho su reelección senatorial, asegurando la paz interior y podrá desarrollar cómodamente sus tranquilas instituciones; pero entre todos sus vecinos, difícil sería que no experimentase siempre una simpatía particular hácia las naciones que, como ella, pertenecen á la raza latina, y de las que se acerca por su idioma, su tradición, sus gustos y costumbres.

Y ahora hablemos un poco de literatura. Os decía en mis últimas cartas, como estos meses de la Exposición fueron de estancamiento para la librería francesa; cuán pocos volúmenes habían publicado nuestros editores durante ésta época de actividad febril en tantos otros conceptos. Pero en la actualidad toman su revancha y mi único titubeo está en saber elegir entre las interesantes obras que se acumulan en mi mesa.

Demos sus honores al más noble, y á los filósofos el primer lugar. Hé aquí, primero un pequeño volumen, publicado en la librería de Germer Bailliére, por M. Henri Magion, profesor en uno de nuestros liceos de París y uno de los más distinguidos individuos de nuestra joven Universidad. El volumen se titula: *John Locke, su vida y su obra*. Es el resumen exacto de los interesantes trabajos producidos en Inglaterra acerca de este gran filósofo: une el autor á este libro su crítica y sus miras personales. La obra tiene 150 páginas: no puede imaginarse nada más agradable ni instructivo. Deseo la buena suerte y el merecido honor de traducirse al español. He visto durante mi viaje, cuán viva es la curiosidad que impulsa en estos



momentos á vuestros compatriotas hácia los estudios filosóficos. Puede decirse que con Bacon, Locke, sobre todo, es el padre de la filosofía contemporánea, científica y positiva: con él especialmente se relaciona el gran movimiento de la Escuela inglesa de nuestra Edad, el de John Stuart Mill, de Herbert Spencer, de Alejandro Bain. Se aprende en este pequeño libro de M. Magion, á conocer la personalidad de Locke, y no sólo inspira tal conocimiento una viva simpatía hácia el hombre, sino que ayuda singularmente á comprender las doctrinas del filósofo. Locke publicó á los cincuenta y tres años su famoso *Ensayo sobre el entendimiento*: hasta esta edad fué profesor de Universidad, médico, secretario de un ministro de Carlos II, viajero, sobre todo: visitó la Francia, una parte de Alemania, como observador curioso y atento: consagróse á las ciencias naturales: al estudio, tan descuidado entónces, de la Economía Política, se vió enlazado á los negocios de Estado y al gobierno de los hombres: vióse tambien confundido en aquel movimiento tan considerable de la opinion que llamaba y preparaba la revolucion de 1688; y, por último, bajo el azote de una denuncia de conspiracion, tuvo que abandonar su patria y refugiarse en Holanda; su filosofía no es efecto de un sistema concebido desde la juventud y en el cual se limitó, sino más bien la conclusion de las reflexiones de toda una vida: tal es su índole; acaso es tambien lo que hace su influjo duradero.

Otra obra importante de filosofía es la *Idea moderna del derecho* que acaba de publicar la librería Hachette al dia siguiente de esta guerra terrible en que se practicó con largueza la máxima de que la fuerza es el derecho, pues aunque la frase no se ha pronunciado, es preciso convenir que pocos asuntos son de actualidad más palpitante; pero dejadme primero que os presente al autor M. Alfred Fouillée. M. Fouillée, era hace unos doce años un oscuro profesor de Liceo en provincia, de veinticinco á veintiseis años, cuando de improviso se revela en un concurso de agregacion. Se hizo clasificar el primero en las composiciones escritas; en las pruebas orales fué maravillosa su palabra.

Esparcióse inmediatamente por la Universidad el rumor de que Francia tenía un filósofo digno acaso de ser comparado con los más ilustres maestros del siglo, con los Coussin, los Jouffroy y los Ravaisson. Pronto M. Fouillée se vió dos veces laureado por la Academia de Ciencias morales y políticas; primero, por un trabajo sobre las



*Ideas de Sócrates* y despues por otro sobre las *Ideas de Platon*. Fué nombrado profesor de la Facultad en Burdeos, y despues director de las conferencias en la Escuela Normal, la más alta y envidiada cátedra que entre nosotros existe. La ha desempeñado como desde hace mucho tiempo no lo hizo ninguno: positivamente ha reanimado el entusiasmo de los jóvenes, que no obstante—puedo afirmarlo porque yo fuí alumno,—no son un público fácil de sorprender ni admirar. Los retóricos se ven con él en un aprieto. Desgraciadamente la salud de M. Fouillée no le ha permitido seguir mucho tiempo esta noble enseñanza. Trabajó en demasía durante algunos años y expía hoy este exceso de trabajo. Desde 1876 se ve condenado á pasar en Niza todos los inviernos. De estos forzosos ocios ha salido el libro que indico.

El autor examina primeramente lo que es la idea del derecho en las diversas filosofías contemporáneas de Alemania, Inglaterra, de las escuelas francesas. Termina exponiendo lo que es por sí misma. Las conclusiones del libro van más allá que la misma cuestion de la idea del derecho. Todo el problema, ó más bien el solo y único problema filosófico, es el del origen de las ideas que se alza en virtud de una tesis particular. ¿El derecho, como el bien, como lo bello, como lo verdadero, es una realidad objetiva ó no es más que un puro concepto del espíritu humano sacado de la experiencia de la propia naturaleza nuestra? Tal es el debate. M. Fouillée está considerado como un espiritualista: sus doctrinas hallaron gracia ante las Academias y ante los jefes de nuestra Universidad; es preciso convenir, no obstante, en que el espiritualismo de M. Fouillée es de una especie muy singular; no cree en la realidad de las ideas, llamadas absolutas, eternas á nuestra inteligencia; son á sus ojos creaciones y no visiones de nuestra razon. Esto está en el espíritu y en la conciencia del hombre y no en los actos donde reside en su opinion la justicia. ¿Qué más diría el kanteista más determinado, ó el partidario más decidido de las doctrinas empíricas? Ciertamente es que las ideas de justicia y virtud que el hombre creó primero, una vez creadas por él, en él obran é influyen luégo. Deciden de sus juicios y determinan sus acciones. Así adquieren para él, dice M. Fouillée, una existencia real y verdadera. Sea; pero dígase y hágase lo que quiera, esta existencia no es ni una existencia *verdadera* ni una existencia *real*. Es una existencia metafísica y se resuelven unos por una ú otra de las



escuelas que la combaten acerca del origen de las ideas; creo, pues, que la conciliación entre ellas á que M. Fouillée pretende haber llegado, se limita á nuestros ojos á un juego de palabras con que el autor se engaña.

Bajo este título: *El Judaismo*, M. Ernesto Havet, profesor en el colegio de Francia, acaba de publicar el tercer volumen, muy importante y esperado con sobrada impaciencia, de la gran obra emprendida por él acerca de los *Orígenes del Cristianismo*. M. Ernesto Havet, es desde hace treinta ó cuarenta años, uno de los individuos más estimados de nuestra Universidad. El vigor de la inteligencia, el talento del escritor, la dignidad de carácter, todo en él tiene igual altura. Una edición de las *Ideas de Pascal*, publicada hace veinte años, ha hecho tanto por su reputación como pudiera haberlo hecho un libro original, y es en efecto un libro original por el valor de las notas, la inteligencia de los comentarios, la sensata discusión de cada una de las ideas de Pascal, relevando con tanta firmeza como respeto cada una de las paradojas y á veces de los sofismas de aquel geómetra filósofo que pretendió arruinar la razón humana en interés de la fe.

M. Ernest Havet es uno de nuestros libre-pensadores más decididos. Cuando M. Renan empezó por la publicación de la *Vida de Jesus*, su historia de los orígenes del cristianismo, M. Havet, admirando la obra, halló, sin embargo, que el autor no fué muy lejos en sus conclusiones. M. Renan, quitando á la figura de Cristo su carácter divino, persistió, no obstante, en dar á Jesus y á su obra un plano aparte en la humanidad. Para M. Havet, por el contrario, la doctrina moral, filosófica y religiosa de Jesus y de sus discípulos, no era más que el resultado necesario, la consecuencia lógica y forzosa de un movimiento complejo realizado ya en Judea, ya en la civilización antigua que la rodeaba. El cristianismo era á la vez hijo del helenismo y del judaísmo. Para demostrar esta tesis ha emprendido su obra.

Dos volúmenes habían aparecido hace cinco ó seis años consagrados á exponer lo que el cristianismo pidió á Grecia, y á dejar ver cómo la doctrina del Verbo y la doctrina de la Trinidad, salieron de las escuelas helénicas, así como también la pureza de la moral cristiana se derivó en gran parte del origen estoico. No necesito decir que esta obra escandalizó en sumo grado á los creyentes; fué no obstante más fácil indignarse contra él que refutarle, porque M. Havet es



uno de nuestros helenistas más eminentes y de nuestros más serios eruditos. El nuevo volumen de M. Havet concitará uo menores borascas. Los doctores protestantes ó israelitas se conmoverán tanto como los doctores católicos, porque una gran parte del libro se dedica á la discusion de los escritos que componen el Antiguo Testamento, á su autenticidad, á la fecha de su redaccion. Segun M. Havet, gran número de estos escritos son de origen mucho más moderno que el que generalmente se les atribuye. No tengo que decir que no tomo bandera en este debate, en que por otra parte soy incompetente; pero en todo caso hay una cosa de cierto, y es que, tenga ó no razon M. Havet, esta controversia será muy provechosa y útil para la ciencia.

Estos libros serios me han hecho escribir tanto que debo limitarme para los que restan á un árido catálogo. Hay una novela muy agradable de M. Cherburliez, *La idea de Juan Literol*, que la librería Hachette ha puesto á la venta y que creo haber anunciado cuando la *Revista de Ambos Mundos* la publicaba hace algunos meses. Hay una nueva edicion en la librería Charpentier de los *Blasfemos inocentes* de M. Hipolite Babon, distinguido literato, muerto hace pocas semanas; hay una novela muy linda de M. Hector Malot que publica la librería Dentu. Hay dos tomos titulados *Sin familia*; es la historia de un niño robado, que concluye naturalmente por encontrar á sus padres. El relato es sencillo, conmovedor, instructivo. Es un libro escrito para los niños; pero en él tambien se complacen leyendo las personas de otras edades.

Si quereis versos, M. de Banville se dispone á publicar en la casa de Charpentier una edicion completa de sus poesías; dos volúmenes han salido ya. En la librería Hachette, M. Edouard Quinet, poeta á quien laureó la Academia, acaba de publicar una serie de escenas no escasas de mérito, acerca de la Revolucion francesa. Lo que falta un poco es lazo que las una, es decir, interes dramático: se pueden leer junto á la estufa; no creo que ningun director ni el mismo autor piensen nunca en llevarlas al teatro.

Nuestros teatros, hoy que la Exposicion ha concluido, experimentan la necesidad de hacer algo más que obras de repertorio de otros años. El mismo Odeon se ha cansado de esto y ha dado una obra nueva de M. Louis Daveyl, el autor de *La querida legítima*, *M. Cheribois*: esta nueva comedia es una pintura de las costumbres



de provincia, muy detallada, llena de observaciones picantes y á la que no falta ingenio. La obra está bien representada: ha obtenido un verdadero éxito entre los descontentadizos espectadores de los estrenos. Me pregunto aún, no obstante, si el público verdadero, el público que paga, confirmará en absoluto este juicio. El teatro de *Variedades* acaba de poner en escena una gran revista que ha sido muy bien acogida. Es la de los acontecimientos del año, y no necesita decirse que la Exposición hace el papel principal. Se han aplaudido varias coplas espirituales y á muchas lindas mujeres, cuya vista es más agradable á los ojos que su voz á los oídos. Pero una revista no se reseña, y sobre todo cuando está hecha sólo para las parisienas. Se anuncia para esta misma semana una nueva opereta del afortunado compositor M. Charles Lecoq en *La Renaissance*, y una opereta del viril Offembach en las *Folies dramatiques*. En el *Gimnasio*, M. Goudinet hace representar por la noche un *vaudeville* titulado *Las cascadas*. En cuanto al afortunado *Teatro Frances*, se contentó siempre con explotar, ante numerosos espectadores, su antiguo repertorio, *Hernani ó la Esfinge*. Y no obstante, allí es, para no ocultaros nada, donde yo quisiera ver representar una obra nueva que hiciese honor á las letras y al arte dramático. La *Opera Cómica* acaba de repetir una obra, *Las bodas de Fernando*, de que M. Sardou ha escrito las palabras, y M. Capoul en *los Italianos* forma la delicia de las mujeres sensibles que gustan de los lindos tenores cantando *Los amantes de Verona ó el Marqués de Jory*. El *Poliuto*, de M. Gounod, acogido con frialdad en las primeras noches, como muchas grandes óperas, se levanta poco á poco. El asunto es poco dramático, y M. Gounod no hallará por cierto en él los brillantes triunfos de *Fausto ó Romeo y Julieta*. Se hace, no obstante, cumplida justicia al arte del ilustre músico á medida que se conoce mejor su obra, y ciertas escenas, como por ejemplo, la del bautismo, son de las que hoy día ya no se discuten. Lástima que el artista no reservara sus fuerzas y que los tres últimos actos de la partitura sean muy inferiores á los dos primeros.

La Academia Francesa acaba de elegir á M. Taine. El acontecimiento estaba previsto; tan previsto que, por decirlo así, ha pasado desapercibido. El único contrario de M. Taine era uno de esos contrarios que no influyen en nada. Hace cinco meses la situación era muy diferente. La elección apasionaba á todos. M. Taine, presentado



como candidato anti-republicano por el partido reaccionario de la Academia, fué vencido por un voto contra M. Henri Martin, senador é historiador liberal. Se pusieron en lucha, no las personas ni su talento, sino únicamente el carácter de sus candidaturas. Hoy dia M. Taine forma parte de la Academia, de que es digno bajo todos conceptos, y á la que honra: ha recibido la leccioncilla que merecía, y al par la prueba de que nadie desconocía su incontestable mérito: esta es la ocasion de repetir con la comedia de Shakspeare.

«Bueno es lo que acaba bien.»

CÁRLOS BIGOT.



---

Madrid 30 de Noviembre de 1878.

*Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.*

---

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO  
Mendizabal, 64.